



Mueren



Por

Verte

ANDREA LION



Primera Edición:

Caracas, julio, 2020

Muero Por Verte, 2020

Registro de Propiedad Intelectual

SC: 2007194799473

Diseño de Portada y Contraportada:

Ondrea Lion

Montaje, Diseño y Diagramación para versión digital:

Ondrea Lion

<https://ondrealion.blogspot.com/>

Derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio, sin autorización escrita
del autor.

ÍNDICE

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

Capítulo I

Diego creyó haber visto un hada flotando por los pasillos de la universidad cuando reparó en Camila por primera vez, sus cortos y ondulados cabellos hasta los hombros, castaños con destellos dorados; brillaban gracias a los rayos del sol que se filtraban por las claraboyas del techo, evadiendo la espesura del cielo nublado por el mal tiempo. Parecía una criatura mítica con ese rostro redondo, nariz perfilada y preciosos ojos azules. Era una visión que parecía sobrenatural.

Agradeció la presencia de aquella hermosa chica ese día en particular, contradictorias emociones lo mantenían incómodo y con un mal sabor de boca, debería estar satisfecho de haber ingresado a la universidad, pero luego de tantos años lejos de los estudios, había perdido la confianza en sus habilidades académicas.

Aquella encantadora criatura pasó junto a él, su aroma lo embriagó golpeando sus sentidos. No supo identificar el olor, solo estuvo seguro de que era lo mejor que había olido en su vida. Intentó seguirla, necesitaba averiguar su nombre, pero la chica atravesó una puerta que cerró, sin percatarse, en las narices de su seguidor.

Un cartel que indicaba “SOLO PERSONAL AUTORIZADO”, evitó que Diego abriera el portal para alcanzar su meta.

Permaneció unos segundos paralizado, aturdido, indeciso sobre qué hacer, ¿se quedaba ahí esperando a que su hada saliera? Probablemente había otra u otras salidas y perdería su primera clase para nada. Había sacrificado mucho durante los últimos años, por lo que decidió confiar que la vida lo recompensaría con la oportunidad de conocerla. La vería de nuevo, quiso creer eso.

Camila caminó los pasillos de las oficinas administrativas con determinación, rogando para sus adentros no toparse con el Decano Visser, el dirigente de la facultad, a quien no podía evitar identificar como un “viejo verde”, siempre hablando con expresiones de doble sentido, insinuando la posibilidad de encuentros sexuales entre ellos.

Solo una vez se le ocurrió tomar medidas y denunciarlo, debido a que su jefe estaba almorzando, la asistente del Director de Recursos Humanos de aquel momento fue quien la recibió, y cuando Camila le dijo en confidencia la razón de su visita, la secretaria le aconsejó que permaneciera callada y lo aguantara; que fuera fuerte y lo esquivara; Visser tenía el poder de arruinar su vida, acabar con sus estudios y su carrera, y arrebatarle cualquier oportunidad de ingresar a cualquier institución educativa respetable.

De vuelta en el presente, faltaban unos pocos pasos para que Camila llegara a su destino, la contable le había solicitado un par de documentos adicionales para renovar su beca de estudios, en cuestión de segundos los entregaría, y luego saldría de ahí lo más pronto posible. Durante los primeros días de cada semestre académico, Visser se encontraba demasiado ocupado para

deambular las áreas de los salones de clases, y ella podía respirar durante ese tiempo.

—Buenos días, Camila —saludó una voz serpentina, o por lo menos de esa manera lo escuchaba ella, como el siseo de un animal rastrero que quería meterse bajo su piel.

La chica sintió como su espalda se erizó, y una desagradable sensación de vacío en el estómago la mareó. Se detuvo en seco, y observó cómo Vladimir Visser la bordeaba para encararla, cada uno de sus pasos producía un escalofrío que sacudía levemente su cuerpo.

—Buenos días, Decano Visser —replicó Camila con baja voz, conteniendo el asco que sentía ante la presencia de aquel hombre.

—¿Qué haces por aquí? ¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó el profesor, y al hacerlo, le quitó el sobre que Camila llevaba presionado contra su pecho, aprovechando la ocasión para rozar uno de sus senos con sus dedos.

Siempre aplicaba alguna táctica similar para tocarla inapropiadamente, ya fuera para “quitarle una pelusa de su camisa”, o entregarle algún objeto; aquel hombre siempre se las arreglaba para rozar sus senos, su trasero o cualquier otra parte de su cuerpo. Camila se encogió hacia atrás, y dijo tratando de sonar lo más tranquila posible:

—Debo entregarle esos documentos a Alexandra.

—¡Ah! Sí. Los requerimientos faltantes para tu beca —replicó el hombre ojeando los documentos.

Camila supo en ese momento que nunca tuvo ninguna oportunidad de esquivarlo, él sabía que ella iría para allá, y que había fingido no saber la razón de su presencia ahí.

—Así es —susurró la chica intentando recuperar su sobre.

—¿Qué te parece si almorzamos para hablar de tu futuro? —preguntó el hombre lanzándole una mirada lasciva—. Quisiera proponerte que le hagas la suplencia a la profesora Meyer, sus médicos recomendaron extender su reposo para que se recupere totalmente antes de regresar al trabajo.

Camila dudó por unos cortos instantes, necesitaba el dinero que ganaría con esa suplencia, y aunque consumiría gran parte de su tiempo, y le restaría necesarias horas de descanso, la ayudaría a avanzar más rápido en su carrera profesional, pero la idea de pasar un par de horas junto a Visser, escuchando sus comentarios obscenos... un ligero estremecimiento recorrió su cuerpo, y tomó mucho esfuerzo de su parte ocultarlo.

—Me gustaría cubrir las horas de la profesora Meyer, pero no dispongo del tiempo para sentarme a almorzar, debo prepararme para las clases, sabe lo importante que es estar preparada para los seminarios del doctor Remus...

—Tienes que comer algo, mi niña —siseó el hombre acercándose más a ella para tomarle un brazo—. Hay que ponerle más masa a ese cuerpecito que puede partirse si alguien la estrecha con demasiada fuerza.

—Camila —llamó la contable apareciendo en ese momento.

—¿Sí? —replicó la chica aprovechando la interrupción para zafarse del agarre de Visser y aproximarse a Alexandra.

—Te estaba esperando —dijo Alexandra intercambiando una mirada cómplice con Camila, el comportamiento del decano era un secreto a voces, todas las mujeres jóvenes, y relativamente atractivas, eran sus víctimas.

—Hasta luego, Profesor Visser —dijo Camila moviéndose con velocidad para recuperar su sobre y caminar ágilmente tras Alexandra.

Visser quedó solo, fantaseando con aquella hermosa mujer.

Mientras Camila caminaba tras la contadora, se preguntó una vez más, cómo alguien tan asqueroso como Visser había logrado una posición de tanta respetabilidad y poder, sus pensamientos fueron interrumpidos por su acompañante.

—¿Trajiste todos los requisitos?

Camila respondió afirmativamente, y entrando a la oficina de Alexandra, le entregó el sobre, quien tomó el paquete y revisó documento por documento con una lentitud poco habitual de una empleada tan eficiente.

—¿Todo está en orden?

—Es mejor revisar todo con minuciosidad —replicó Alexandra mirando tras Camila con disimulo.

Camila se erizó pensando que Visser la estaba observando a sus espaldas.

—Quiero asegurarme de que se vaya a su reunión, es a las 10 —susurró Alexandra hojeando los documentos por tercera vez.

—A esa hora tengo una clase —masculló Camila preocupada.

—Se irá 15 minutos antes, tendrás tiempo de llegar.

Camila tomó asiento mientras miraba el reloj, era las 9:15. Tendría que esperar media hora para evadir al depredador.

Capítulo II

La primera clase de Diego, realmente no se pudo considerar como una clase, el profesor dio algunas indicaciones y dio por terminada la lección del día. Parecía estar molesto por algo, y que no estaba muy interesado en enseñar esa mañana.

Frustrado, Diego se dirigió a la sombra de un árbol para sentarse a leer, su próxima clase era Literatura Clásica, una cátedra optativa que realmente no guardaba relación con su meta de convertirse en Arquitecto.

Pero necesitaba los créditos, y no todas las opciones que quería estudiar ese primer semestre estaban disponibles. Esa fue una de las consecuencias de enrolarse tarde en la Universidad.

—¿Diego? —preguntó con asombro una voz familiar.

El chico levantó la mirada para encontrarse con dos pares de piernas, unas eran largas, provocativas, y estaban a la vista gracias a la corta longitud de la falda que poco las cubría. Le tomó pocos segundos reconocerlas, inclusive antes de terminar de subir su mirada para encontrarse con el rostro de su ex novia de la secundaria.

—Angelina —dijo Diego a modo de saludo al ponerse de pie.

Ella lo abrazó con fuerza, lo consideraba su primer amor, y por mucho tiempo, pensó que sería el único. Pero él desapareció de su vida, evidentemente, no la amó como ella lo amó a él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Angelina con un leve temblor en su voz, volverlo a ver le revolvió antiguos recuerdos de su pasado.

—Estoy empezando, es mi primer día de clases.

—¿De verdad? ¿Arquitectura?

Diego sonrió asintiendo, le causó cierto placer que Angelina recordara su meta después de tantos años.

Hubo unos instantes de silencio en que ambos se miraron a los ojos sonriendo, rememorando la parte bonita de su romance juvenil.

—Yo estoy terminando mi maestría —agregó Angelina. Por un par de segundos se arrepintió de su comentario, podía parecer que estaba presumiendo, pero en realidad, quería lucirse, verse bien ante él.

—¡Guao! ¿En serio? ¿Qué has estudiado?

Alguien carraspeó al lado de Angelina, su compañera de estudios se encontraba de pie junto a ellos esperando ser presentada.

—Diego, te presento a mi querida amiga, Tessa —dijo Angelina forzosamente, en ese momento deseaba estar a solas con su amor del pasado—. Tessa, este es Diego.

—¡El famoso Diego! —exclamó Tessa con impertinencia—. Me han hablado mucho de ti.

—¡No exageres! Te lo he nombrado porque fui mi primer noviecito de escuela, pero nada más —replicó Angelina avergonzada.

—¡Por Dios! ¡Primer noviecito! ¡Hablas de él como si fuera el amor de tu vida! —insistió su compañera.

—No es cierto —susurró Angelina dirigiéndose a Diego. Con una mueca en su rostro y gesto

de manos intentó restarles importancia a las palabras de Tessa.

Diego se tensó por la incomodidad, recordó con exactitud cómo le rompió el corazón a la chica. No lo hizo intencionalmente; las circunstancias de su vida, siete años atrás, lo coaccionaron a tomar la decisión de sacarla de su vida; y, al verla ese día, se avergonzó de haberle hecho daño.

—Yo solo sé que desapareciste de su vida rompiéndole el corazón, ¿por qué no permitiste que te acompañara en tus momentos difíciles? Las mujeres podemos ser un muy buen soporte emocional —inquirió Tessa.

—¡Tessa! —exclamó Angelina lanzándole una mirada asesina.

—¿Qué? Te has hecho esa pregunta durante años, por qué no aprovechar este reencuentro para averiguarlo —insistió su amiga.

—No necesito preguntar, ni averiguar nada, Tessa. Basta —exigió Angelina de manera cortante.

Diego cada vez se sentía más incómodo, y pensó que ese era el momento de retirarse por lo que dijo:

—Bueno, debo pasar por la biblioteca antes de la próxima clase. Fue un placer conocerte, Tessa. Nos vemos por ahí, Angelina.

La última supo que era una excusa, y asintió bajando la mirada. Tessa tenía la mirada perdida en los jardines, y actuó como si no se hubieran dirigido a ella.

Cuando Diego estaba por entrar al módulo donde sería su próxima clase, el cual no estaba cercano a la biblioteca, sintió unos pasos corriendo hacia su dirección.

—¡Diego! —llamó Angelina con la respiración entrecortada por el esfuerzo.

El mencionado se detuvo, y se volteó para encararla.

—Lo siento mucho —dijo la chica posando sus manos en las caderas para tomar aire—. Tessa tiene Asperger, a veces dice cosas que no debe...

—No tienes por qué darme explicaciones —intervino Diego en tono tranquilizador, aunque sintió alivio de que el momento incómodo que vivieron escapaba de sus manos.

—Fue un momento desagradable, pero no puedo evitarlo...

—De verdad, Angelina, no te preocupes —insistió Diego.

—Soy la única amiga que tiene —agregó la chica mordiéndose los labios.

—Es muy afortunada de tenerte, de eso estoy seguro —replicó el chico sonriendo.

—¿Nos vemos por ahí? —preguntó tragándose las ganas de pedirle una cita.

—Seguro.

Él se alejó por los pasillos mientras ella, esperanzada, observaba su espalda. Pensando que quizás tendría una oportunidad de recuperarlo.

La mirada de Diego se desvió por completo cuando la volvió a ver, su sonrisa era mágica; definitivamente, era un hada transportada de otro mundo. Conversaba con una mujer mayor que le entregaba unos libros y, por sus gestos, parecía darle indicaciones sobre ellos, y ella, su hermosa hada, sonreía agradecida por las palabras de su acompañante.

Quedó paralizado, un par de estudiantes tropezaron con él ya que se ubicaba en el medio de un pasillo obstaculizando el tránsito. Finalmente reaccionó al ver que su ninfa se despedía de la mujer para retirarse, y como si estuviera bajo los efectos de un embrujo, la siguió.

No le importó su siguiente clase, había leído los libros que estudiarían, y sabía que serían pan

comido cursarlo; en ese momento, era más importante saber quién era esa hermosa criatura.

Coincidentemente, la chica se dirigía hacia la misma dirección de su próxima conferencia, y su corazón se aceleró, al verla detenerse frente a la puerta donde él debía ir, la emoción que sintió al descubrir que cursarían juntos le hizo pensar que comenzar sus estudios universitarios sería muchísimo mejor de lo que esperaba. Su intuición le decía que ella optimizaría su vida.

La notó nerviosa, indecisa de cruzar el umbral, y se preguntó la razón. Esa vulnerabilidad le despertó su instinto protector, y se acercó a ella para tranquilizarla y darle ánimos.

—Hola —saludó Diego.

Su voz, algo carrasposa y dulce, sobresaltó a Camila.

—Hola —replicó la chica sorprendida, disimuló su asombro endureciendo sus facciones.

—¿Vas a cursar esta clase?

—Algo así —respondió la chica misteriosamente con una expresión imperturbable.

Diego se extrañó por su respuesta, pero al mismo tiempo, se encontraba embelesado por su voz, era como una sinfonía de sonidos perfectamente sincronizados.

—Nos tocó una fácil —afirmó el chico.

—¿A qué te refieres? —preguntó Camila intrigada.

—Leer libros, hablar de ellos, ¿qué tan difícil puede ser?

—Ya veremos —replicó la chica profundizando su voz, intentando disimular la molestia que le ocasionaron sus palabras—. Creo que es mejor que entres para que ubiques un buen asiento.

—Vamos, me conozco los libros de esta asignatura, te conviene sentarte a mi lado —dijo Diego.

—No creo —replicó Camila de manera tajante.

La mirada de la chica no se prestaba para malinterpretaciones, su inalterable rostro desprendía una energía que indicaba que lo estaba rechazando. Diego no permitió que eso lo desanimara, sabía ser encantador cuando se lo proponía. Esta no sería la última vez que hablaría con ella, lograría bajar sus defensas, no tenía ninguna duda al respecto.

—Nos vemos —dijo el chico entrando al salón.

Camila esperó que el resto de los estudiantes ingresara, la puntualidad era algo muy importante para ella, faltaban unos minutos para comenzar la clase, y eso le daría tiempo para recomponerse.

El intercambio con aquel chico le hizo olvidar los nervios que sentía al iniciar un nuevo curso, siempre experimentó un periodo de desconfianza y aceptación por parte de los alumnos, y a pesar de que llevaba tres años en ese rol, sus inseguridades eran iguales al primer día, pero verlo, oírlo, la perturbó. Nunca había experimentado una reacción así por alguien del sexo opuesto.

No tenía intenciones románticas en su vida, era una persona solitaria, su principal compañía era Tito, un gato naranja y blanco que adoraba con locura. Jamás en su corta vida había encontrado a nadie que la estimulara intelectualmente, y la atracción física era una noción desconocida para ella.

Que aquel chico, la haya sacudido de aquella manera, la incomodó. Evidentemente era mayor que el resto de los participantes de la clase, aparentaba tener entre 23 o 25 años. El descaro de asumir que la cátedra era fácil, le hizo suponer que era un tarado, una mente hueca, un flojo; de aquellos que saltan de clase en clase, de una cátedra a otra, malgastando el dinero de sus padres.

Aquella institución, respetable y de alto nivel, era muy costosa, ¿cuántos años y dinero había malgastado para permanecer en la universidad a su edad? ¿Cuántas influencias habría utilizado para mantener un cupo en un lugar donde estudiar era un privilegio codiciado por tantos que no tienen los medios para lograrlo?

Finalmente, llegó la hora de comenzar la conferencia, con expresión seria, se sacudió la indignación y entró al lugar cerrando la puerta tras ella.

Diego contuvo la respiración, preguntándose si alguna vez le parecería menos hermosa de lo que la percibía, verla caminar era un placer, elegante y firme. Aquel nerviosismo que había notado unos minutos antes había desaparecido.

De pronto sintió un vacío en el estómago, su hada, su ninfa celestial, se dirigía al escritorio del profesor.

Se sintió confundido, la vio recibiendo unos libros, obviamente era estudiante, era demasiado joven para enseñar una clase; pero al observar que colocó sus cosas sobre la mesa ubicada al frente de las asistentes, mientras se dirigía a la pizarra con unas tizas, lo descompuso.

Diego deseó que la tierra se abriera y lo tragara cuando la chica escribió sobre la superficie:
Profesora Camila Cruz.

Capítulo III

Camila giró su cuerpo para encarar a su audiencia, los rostros de asombro eran comunes para ella, ya se había acostumbrado. Consideraba que era normal que sus alumnos se sorprendieran en la primera clase al descubrir que era la profesora. En definitiva, solo tenía 20 años; era totalmente extraordinario que una persona de tan corta edad fuera la educadora de una cátedra en una de las mejores universidades del país.

No había manera de que ellos tuvieran conocimiento de sus antecedentes, de todo lo que había estudiado y luchado para obtener su posición, de su coeficiente intelectual.

Ella provenía de una familia humilde, de muy bajos recursos. Siempre fue muy brillante e inteligente, y pudo haber sido una científica exitosa, pero su madre limpiaba una biblioteca, y a veces la llevaba con ella; lo que provocó que Camila se enamorara de los libros y de la literatura universal. Los números le eran indiferentes, nunca le despertaron la misma pasión. Las novelas clásicas le permitían viajar a otros mundos que la alejaban de las miserias de su vida, su padre era un alcohólico que la golpeaba a ella y a su madre, y muchas veces malgastó los pocos ingresos económicos para saciar su vicio.

Aprendió a leer a los 2 años, y leyó y estudió logrando graduarse de la escuela a sus 14 años; para este momento actual, ya había estudiado 2 carreras -Literatura Clásica y Filología Universal- y ahora estaba a punto de estudiar una tercera: Literatura Inglesa. Adicionalmente había cursado estudios adicionales de filosofía y estudios literarios en diversas ponencias y conferencias que dictaban las instituciones más prestigiosas del estado. Para alcanzar toda su educación, había logrado becas que garantizaron su tranquilidad económica en ese aspecto, su inteligencia y esfuerzos la hacían merecedora de toda la asistencia financiera necesaria para alcanzar sus metas.

Soñaba con escribir textos que enseñaran a otros el maravilloso arte de la palabra escrita, mostrarles a otros lo satisfactorio y grandioso que eran los libros, y toda la información que podía encontrarse en ellos. Educar al respecto era su sueño, y lo estaba logrando.

Tres años atrás, Visser le ofreció el puesto de profesora adjunta, Camila es la estudiante estrella de su facultad; y aunque quisiera acostarse con ella tenía algo que ver en su ofrecimiento, su decisión fue bien acogida por el profesorado debido a que la chica era brillante. Tuvo algunos inconvenientes, por supuesto, como todos.

Por ejemplo, le asignaron una de las mejores oficinas del departamento de Estudios Literarios, lo que para algunos significaba que tenía un amorío con Visser, y demostraban su desaprobación en cualquier oportunidad que se les presentaba, pero otros, los que la conocían mejor porque se ayudaban mutuamente a nivel laboral, sabían que ella era un genio, y un gran activo para la universidad.

Camila navegó su mirada sobre los rostros de los presentes, no solo porque era una costumbre durante sus clases, sino también, para localizar al chico que la había descompuesto antes de entrar a la ponencia; necesitaba tenerlo ubicado para evadir aquellos ojos de color avellana, que parecían desear penetrar hasta lo más profundo de su alma.

Ahí estaba, en la última fila, la más alejada del puesto del profesor. Esa arrogancia, de creer

que su cátedra era fácil, y que, por ello, podía sentarse lejos ya que aparentemente para él prestar atención no era tan importante, la llenó de ira. Difícilmente podían alterarla, pero este alumno lo había logrado con un par de oraciones.

Entonces se dispuso a hablar, dándoles pautas de cómo serían sus lecciones, las condiciones y parámetros a seguir, las exigencias que debían cumplir, la importancia de la puntualidad y la participación en clases, la inflexibilidad de cambio de las fechas límites para entregar los ensayos que solicitaba. Fue clara, precisa. Todo lo dijo con seriedad, pero también con simpatía, sus palabras sonaron más como consejos que como reglas de juego. Si cumplían todo lo que ella mencionaba, tenían garantizado pasar la materia.

Luego se dispuso a hablar de los libros que serían estudiados, a pesar de que el programa estaba publicado en diversas plataformas, ella quiso darle sus notas personales, le apasionaban los temas, y así se lo transmitía a los estudiantes quienes la escuchaban embelesados. Había algo en su tono de voz, gestos y manera de expresarse, que fascinaba a todos.

Utilizando ejemplos, metáforas y diapositivas, explicó que su curso de la Literatura Clásica tendría como propósito revisar obras y autores representativos de la tradición literaria grecolatina, las cuales son bases fundamentales e imprescindibles para cualquier análisis de los libros posteriores a estos.

Con una emoción imposible de ocultar, Camila les aseguró que las fuentes literarias, son las principales para el conocimiento del mundo clásico, por lo que estudiar textos clásicos, los habilitaría a reconocer en la antigüedad, las raíces de los valores de la humanidad.

Finalmente señaló la importancia de los conocimientos conceptuales y formales de la épica, la tragedia y la poesía lírica, no solo por su relevancia en el ámbito cultural, sino porque constituyeron los modelos que influyeron en la creación de otros géneros literarios, y en el juicio que se le da al hombre y su relación con la naturaleza y la vida en general.

Se aseguró de que todos estuvieran conscientes, de la importancia de tener los textos a estudiar, tales como la *Iliada* y la *Odisea* de Homero y la *Eneida* de Virgilio, *Prometeo encadenado* de Esquilo y *Antígona* de Sófocles.

Terminó su primera conferencia unos minutos antes de la hora pautada, y le indicó a su audiencia que se preparan para la próxima ponencia donde hablarían de la épica heroica, enfocándose en el concepto de lo clásico, las etapas históricas de Grecia y Roma, y las diferencias entre la literatura griega y la latina.

Camila bajó la mirada para ocuparse a recoger sus pertenencias, había sido específica al manifestarle a sus alumnos que sus horarios eran muy estrictos, y que, si tenían alguna duda o consulta, debían aclararlas durante las clases, o podían enviarle un correo electrónico, o pautar una cita con la asistente de la facultad.

Manejar las cosas de esa manera lo había definido en su primer año como educadora. Los estudiantes, debido a su corta edad, suponían que podían tratarla como una amiga, una igual, y algunas veces la desautorizaban o irrespetaban. Debía ser tajante para que estuvieran conscientes de que debían tratarla con la misma consideración y respeto que cualquier otro profesor.

Diego esperó a que la mayoría de sus compañeros se retirara, se perdió la mitad de lo expuesto debido a que se distraía fantaseando con aquella chica, con sus embriagantes ojos azules y delicados labios; soñó con besarla entre sus brazos, mientras sentía su piel bajo sus dedos.

Con lo poco que pudo captar, descubrió que la clase sería mucho más interesante de lo que esperaba, siempre le había gustado leer, y muchas veces lo hizo en voz alta para su padre, y luego para su madre mientras se encontraron postrados en cama, cada uno con enfermedades terminales

que los llevaron a sus muertes. Desde pequeño descubrieron que su alto coeficiente intelectual le permitiría estudiar y desarrollarse en cualquier campo que se propusiera. La arquitectura era su sueño, pero eso no evitaba que le apasionara leer.

—Profesora —llamó Diego.

Por segunda vez, Camila se sobresaltó con aquella voz, pero esta vez no ocultó su irritación.

—Cualquier duda, por email o cita, ¿señor...?

—Diego Durand.

—Señor Durand, fui lo suficientemente clara de cómo debían dirigirse hacia mí. Nos vemos la próxima clase —cortó ella.

Diego no se desanimó por esto, lo que tenía que decir no podía esperar, así que caminó tras ella hasta alcanzarla.

—No es relacionado a las clases, profesora. Debo ofrecerle mis sinceras disculpas, pensaba que era una estudiante nerviosa por su primera clase, y quise hacerla sentir mejor, no pienso que la cátedra sea fácil...

—Sus palabras son innecesarias, señor Durand. Lo que dijo no será utilizado en su contra, entendí perfectamente la situación. Hasta luego —dijo Camila de manera tajante para alejarse de aquella fuente de inestabilidad. No entendía los motivos, pero aquel chico la perturbaba de una manera que la desestabilizaba.

¡Por supuesto que entendí perfectamente la situación!, dijo Camila para sus adentros, *¡eres un mujeriego encantador de serpientes! Dices lo que tienes que decir para conquistar, sin importar si debes mentir o menospreciar una cátedra o un profesor.*

Se dirigió a su oficina para tranquilizarse y prepararse para su siguiente ponencia, debía conseguir la manera de evitar que aquel alumno la alterara, debía evitarlo lo mejor que pudiera. Debía pensar en algo, no podía darse el lujo de ser distraída por un vago bueno para nada.

Diego, paralizado en medio del pasillo, tomó una decisión irreversible: la conquistaría. Supo que sería difícil, y que enredaría su vida de una manera innecesaria; pero con lo poco que conoció de ella, estuvo seguro de que la deseaba en su vida, y que haría todo lo posible para lograrlo.

Capítulo IV

Tres semanas después de su primer encuentro, Diego comenzaba a frustrarse. Todos sus intentos por acercarse a ella fracasaban, era escurridiza, y lo evadía con éxito.

Finalmente consiguió la excusa perfecta para encontrarse con ella a solas, el primer ensayo había sido corregido y entregado, y le pareció que su calificación fue injusta y mediocre. Podía querer estar con ella, pero su sueño de convertirse en arquitecto era importante para él, por lo que sus calificaciones debían ser acordes con el éxito que deseaba en su vida.

Solicitó una cita, tal y como Camila lo había indicado. Llegó entusiasmado unos minutos antes de lo acordado, y tocó la puerta de su oficina con suaves golpes.

—Adelante —dijo Camila.

Diego sonrió al escuchar esa voz celestial, y se sorprendió al encontrar dos de sus compañeros de clase sentados frente al escritorio de su hada. Un tímido pecoso llamado Gabriel, y una rubia exuberante -que siempre llevaba escotes que mostraban gran parte de sus gigantescos senos-, llamada Abigail, ambos giraron sus rostros cuando abrió la puerta.

—Lo siento, llegué antes de tiempo —se disculpó Diego—. Esperaré a que termine.

—No, señor Durand —lo detuvo Camila—. Llegó cuando debía, estoy un poco apretada de tiempo, así que los atenderé en conjunto, estoy segura de que podré aclarar las dudas de los tres de una manera que será didáctico para todos. Tienen dudas sobre la calificación de sus ensayos, y mis parámetros de corrección son siempre los mismos, esta reunión servirá para ensayos futuros.

Diego no pudo ocultar su desconcierto, pero controló su actitud para no demostrar los decepcionado que se encontraba, su ninfa no le daba ninguna oportunidad para conocerla fuera de su rol como profesora.

—Preferiría verla a solas, profesora —replicó Diego—. Puedo esperar.

—Como dije, no tengo mucho tiempo. Siéntese, por favor.

Camila estaba consciente de que su decisión no era la más adecuada, pero se había propuesto ser lo más sensible posible para que ninguno se sintiera humillado o menospreciado.

Inició la sesión dirigiéndose a Gabriel, quien tenía algunas dudas sobre las notas que Camila había escrito sobre su ensayo; ella explicó con paciencia y sutileza sus razones. El aludido asintió complacido. Luego fue el turno de Abigail, su trabajo había manifestado inseguridad en los argumentos, aunque se había esmerado, la educadora fue delicada al pedirle que enriqueciera su vocabulario para expresarse mejor, ya que algunas de sus posturas fueron incomprensibles y contradictorias. Le dio algunas pautas para que su próximo trabajo fuera mejor.

Entonces llegó el turno de Diego.

—Profesora —dijo él—. Creo que merezco una mejor calificación, he leído estas obras varias veces, y siento que mi análisis fue bastante acertado.

—Señor Durand —replicó Camila—. Le concedo que acertó en muchos aspectos, el objetivo era realizar un estudio comparativo de la *Iliada*, la *Odisea* y la *Eneida*, y cumplió con ese requerimiento hasta cierto punto, pero les faltó profundidad a las semejanzas, y falló en mencionar algunas de las divergencias más evidentes.

Diego se ofendió, sabía que había hecho un excelente trabajo, y sintió que Camila estaba siendo injusta con él, debatieron durante unos minutos, durante los cuales sus acompañantes se sintieron incómodos, deseaban retirarse, pero la acalorada discusión no les daba oportunidad de solicitar permiso para irse.

Finalmente, Diego perdió la paciencia, y no se contuvo para reclamar:

—Me parece que su calificación no es parcial, nuestro primer encuentro pesa sobre mis hombros, y se basa en una errada primera impresión para calificar mi trabajo. No se está comportando de manera profesional.

Camila pensó que iba a estallar por la indignación, ¿cómo se le ocurría a aquel ser a dudar de su profesionalidad? De manera fría y dura, no tardó en replicar:

—Señor Durand, por alguna razón solicito que todos los ensayos sean impresos con la misma fuente y formato y que sus nombres sean colocados al final. No supe que el ensayo era suyo hasta que terminé de leerlo.

Esto era cierto hasta cierto punto, pero también era cierto que, por la manera de escribir y expresarse, descubrió que el trabajo era de él cuando llevaba unos pocos párrafos leídos.

Diego no supo qué decir al oír la respuesta de Camila, y como un torbellino violento, salió de aquella oficina antes de que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse después. Tímidamente, Gabriel y Abigail se despidieron para retirarse también.

Camila se levantó del asiento para cerrar la puerta, un amargo sabor de boca provocó que se le revolviere el estómago. Nunca había sido capaz de calificar a nadie por la opinión que tuviera de ellos, pero dudó de ella misma, ¿había sido injusta? ¿Lo había calificado basándose en la pobre opinión que tenía sobre él? ¿Había sido influenciada por las sensaciones que despertaba en ella y que trataba de negar?

No. Imposible. Eso nunca ocurriría. Su ensayo estaba incompleto, y eso era incuestionable.

Un par de horas después, Camila se dirigió a uno de los comedores de la universidad, precisamente aquél donde servían una de sus ensaladas favoritas. Eran las cinco de la tarde y no había almorzado, se moría de hambre.

Compró sus alimentos y se dirigió a una de las mesas más alejadas de los portales del recinto, solo unos pocos chicos se encontraban en algunas de las mesillas adyacentes, pero no se fijó en ellos.

Mientras se preparaba para la clase que iba a recibir esa noche, escuchó la voz de una chica llamando con entusiasmo:

—¡Diego!

Camila se tensó, y se negó a levantar la mirada concentrándose en su comida y el libro que estaba leyendo.

—Hola, Angelina —replicó el chico acercándose; se detuvo de manera imperceptible por un par de segundos al fijarse que Camila estaba sentada un par de mesas al oeste que su antigua noviecita de escuela.

—Ven, siéntate con nosotros —invitó Angelina quien se encontraba con un alto rubio de buen aspecto.

—Permíteme que compre algo de comer, llevo toda la tarde en la biblioteca y se me había

olvidado que mi estómago tiene vida propia —replicó Diego.

Al sentir que el chico se alejaba, Camila levantó la mirada notando que la tal Angelina suspiró al ver la espalda de Diego con ojos anhelantes; sintió pena por ella. Nunca se había relacionado románticamente con nadie, pero suponía que fijarse en un mujeriego debía ser una de las peores cosas en esos asuntos de las relaciones amorosas.

Camila trató de concentrarse, pero debido a que el recinto se encontraba prácticamente vacío, era imposible no escuchar lo que ocurría a su alrededor, así como no pudo evitar percatarse de todo lo que ocurría en la mesa donde se había sentado Diego.

El rubio que acompañaba Angelina se llamaba Fabián, y evidentemente, estaba prendado de la chica, pero esta no ocultaba su atracción por Diego, quien trataba a la joven con ternura paternal. Su condescendencia enviaba un mensaje claro: no estaba interesada en ella.

Sin comprender los motivos, Camila se sintió indignada por eso; supuso que Diego tenía un club de fans que suspiraban por él. Imaginó que el chico podía darse el lujo de rechazar a quien quisiera, era innegablemente atractivo, le debían sobrar opciones. Sintió lástima por Angelina, lamentablemente, había caído en sus redes.

Un par de minutos después de terminar su comida, Diego se disculpó para irse, no tuvo ningún reparo en negarse cuando Angelina prácticamente le rogó que se quedara un rato más.

—Parece un buen tipo —dijo Fabián con la obvia intención de averiguar los sentimientos de su acompañante hacia aquel desconocido.

—Lo es —afirmó Angelina de manera soñadora.

—¿Cómo lo conoces? —curioseó el chico, sintiendo la necesidad de conocer a su contrincante para descubrir cómo podía derrotarlo en el acaparamiento de la atención de Angelina.

—Fuimos novios en la escuela, fue mi primera relación, mi primer todo —admitió la chica.

Camila pensó, que quizás Angelina no estaba en desconocimiento del interés de Fabián, y deseaba destruir sus esperanzas al indicarle que su atención estaba en otro lado.

—Muchos años atrás, ¿no? —preguntó el rubio.

—Todavía duele —admitió Angelina.

—¿Por qué? ¿Te hizo daño?

—No creo que haya sido intencionalmente.

Fabián bufó incrédulamente, asumiendo que Diego era un patán rompe corazones. Camila coincidía en esa suposición.

—Cuéntame —solicitó Fabián. Mientras más información obtuviera, mayor era su chance de tenerla junto a él.

—Diego ha tenido una vida difícil a pesar de que no lo parezca.

Fabián bufó de nuevo, y esta vez lo acompañó Camila, solo que su gesto no fue percibido por nadie, ella mantenía la mirada en sus libros, aunque su atención se encontraba en la conversación a su lado.

A pesar de su aire despreocupado y sencillo, se notaba que Diego era de familia pudiente, y su actitud demostraba que no tenía ni una sola intranquilidad en su cabeza.

—¿No me crees? No se debe juzgar a las personas sin conocerlas —dijo Angelina.

—No dudo de tus palabras, dudo de tu percepción —aclaró Fabián—, eres muy dulce y buena, crees que todos tienen una nobleza innata y no siempre es así.

A Camila cada vez le agradaba más Fabián, deseó que tuviera éxito ganándose el corazón de Angelina.

—Mi percepción no tiene nada que ver, es un hecho irrefutable —replicó la chica ofendida de

que la creyera tan inocente.

—Cuéntame —insistió Fabián.

—Para que entiendas, primero debo hablarte de sus padres. Camilo Durand, el papá de Diego, fue un emprendedor que trabajaba muy duro, comenzó como mensajero de una ferretería, y se esforzó en escalar posiciones con su arduo desempeño, hasta que logró el puesto de gerente para luego comprar la tienda, con los años fue adquiriendo otros locales, formando la cadena “Hogares Durand”.

Camila no pudo evitar percatarse que el padre de Diego se llamaba igual que ella, y se sintió complacida con ella misma por no haberse equivocado, “Hogares Durand” era una franquicia nacional exitosa, y Diego, era una persona pudiente que derrochaba su dinero en estudios que no culminaba.

—¡Guao! —exclamó Fabián con sarcasmo—. Debe ser muy difícil ser ricachón.

—No sabes lo que dices, ¿quieres escuchar la historia, o no?

—Disculpa, continúa.

—Camilo era una persona con un corazón de oro y unos principios muy éticos, no quiso tener hijos mientras su meta fuera tener un negocio exitoso, por lo que tuvo a Diego cuando tenía cincuenta y dos años, Manuela, su esposa, tenía cuarenta y cinco, eran ya mayores.

—No eran tan viejos, además tenían dinero de sobra para contratar cincuenta empleadas del hogar sin querían.

—Ellos nunca fueron derrochadores, todo lo contrario, vivían con humildad y donaban mucho dinero a organizaciones caritativas. El comedor para indigentes que se encuentra a un par de cuadras al norte, fue construido por ellos.

—Muchos ricos se inventan causas caritativas para evadir impuestos —intervino Fabián.

—Estás predispuesto a pensar mal de ellos, mejor no te cuento más nada —expresó Camila.

—Lo siento, lo siento. Tienes razón, no te interrumpiré más.

Angelina resopló antes de continuar:

—Con un negocio exitoso, tuvieron el tiempo para entregarse a Diego, muchas veces presencié el amor que se tenían, parecían mejores amigos más que padres e hijo, se respetaban, se complementaban, era maravilloso verlos interactuar.

Angelina hizo una pausa esperando que Fabián insinuara que fue un niño consentido y malcriado para refutárselo, pero el chico cumplió su palabra y no dijo nada, aunque pensó exactamente lo que ella supuso.

—Conocí a Diego cuando ingresé a la secundaria donde él estudiaba al mudarme a esta ciudad, él era dos años mayor que yo, y su popularidad me atrajo inmediatamente; no por el hecho de ser popular, sino por lo que era: estudiante estrella, campeón de atletismo, pianista del departamento musical, carismático y colaborador. Nunca se metía en problemas, nunca lo vi acosando a nadie, todo lo contrario, enfrentaba a los acosadores. Un sueño hecho realidad.

—Eso parece —admitió Fabián, negándose todavía que ella lo retratara como realmente era.

—No lo parecía, lo era. Tanto amor, disciplina y valores familiares tuvieron sus resultados. Diego fue lo mejor que le pudo pasar a esa escuela, y se fijó en mí. Empezamos a salir, éramos muy felices juntos; me enamoré locamente, lo consideré el amor de mi vida, pensé que sería el único... pero su padre enfermó, cáncer. Las primeras semanas después del diagnóstico fueron muy difíciles para él, se volvió distante e introvertido, y cuando se graduó de la escuela, terminó su relación conmigo, abandonó su sueño de estudiar arquitectura, y se dedicó a cuidar a su padre y encargarse del negocio. A pesar de que cuentan con un personal de confianza, Camilo tenía la

filosofía de “el ojo del amo, engorda el ganado”, es decir, es necesario la supervisión de los dueños para garantizar el éxito de los negocios.

Angelina tomó una pausa, claramente le dolía recordar aquella ruptura, Diego le había roto el corazón.

—Intenté que permitiera mi ayuda, que me mantuviera en su vida, pero fue inútil. La enfermedad de Camilo también le afectaba a su madre, y entre atenderlos a ellos, y a la empresa, sintió que no tenía tiempo para más nadie. Los únicos que tenían acceso a ellos, eran sus familiares más cercanos, la hermana de Manuela, Sabina, su esposo, y su hija, Telma, la prima de Diego, a quien quiero mucho y quien tuvo la cortesía de mantenerme al tanto de la situación.

De nuevo, Angelina se detuvo para tomar fuerzas, recordar la descomponía emocionalmente.

—Diego contrató a las mejores enfermeras para ayudar a sus padres mientras él supervisaba los negocios, pero todo su tiempo libre se lo dedicaba a Camilo, le leía todas las noches, algo que también hacía por su madre cuando estaba agotada pero demasiado preocupada para dormir. Supe por Telma, que Diego amplió la biblioteca de su hogar para crear un refugio para sus progenitores, estudiar una carrera fue el sueño frustrado de Camilo, que empezó a trabajar demasiado joven, y Manuela disfrutaba las lecturas porque sentía que eso los unía más.

Angelina tomó su celular para mostrarle una foto de ella junto a Diego y sus padres, Fabián se incomodó de que tuviera esa imagen a la mano después de tantos años.

—Fueron cinco años de intensa agonía para Camilo, hasta que finalmente murió. Eso destruyó a Diego y Manuela, pero ahí no terminó todo. Manuela, enfocada en la enfermedad de su esposo, ignoró las señales de que algo malo le ocurría, pensaba que sus dolores de espalda y piernas se debían a la ayuda que le daba ocasionalmente a su esposo para moverse, pero tenía cáncer de pulmón con metástasis en los huesos, terminal. Diego recibió esa noticia, dos meses luego de morir su padre.

—¡No! —exclamó Fabián sinceramente afectado. No tenía la mejor de las relaciones con sus padres, pero la idea de perderlos de esa manera lo asustó.

—Sí, fue terrible. No puedo imaginarme cuánto sufrió. Después de eso le perdí la pista, Telma también se distanció de mí; amaba a sus tíos, era cercana a ellos, y no estaba dispuesta a hablar con la ex novia de su primo para satisfacer su curiosidad.

—Te preocupabas por ellos —señaló Fabián.

—Por supuesto, pero entendí que no le gustaba hablar de eso, y respeté su decisión de alejarse. Me entregué a mis estudios y no supe más nada de él hasta que me lo encontré hace unas semanas, finalmente está iniciando sus estudios de arquitectura, tal y como siempre lo soñó.

—Nunca es tarde para estudiar —agregó Fabián.

—Así es —secundó Angelina—. Supe el resto de la historia hace un par de semanas cuando fuimos juntos a tomarnos un café. Su madre murió un año después de su diagnóstico, y él se entregó al trabajo resignado a seguir el legado de su padre, hasta que un par de meses atrás encontró una carta de su padre traspapelada, le sugería que persiguiera sus sueños, que no cometiera el error de convertirse en un viejo resentido por no haber estudiado lo que anhelaba. Le aconsejó vender la empresa...

—¿Vender la empresa? —interrumpió Fabián sorprendido.

—Cuando Diego asumió la dirección de la empresa, la mejoró considerablemente, creó sistemas que permiten que la franquicia se maneje prácticamente sola, el modelo operativo es eficiente, las ventas aumentaron y los costos disminuyeron. Hoy en día vale cinco veces más de lo que valía cuando Camilo murió. Traspasar la empresa a otros le otorgaría suficiente dinero para

vivir cómodamente, él, sus hijos, sus nietos, sus bisnietos...

—Entiendo tu punto —cortó Fabián indispuerto a seguir oyendo cómo iba a ser imposible superar a Diego—. ¿Vendió la franquicia?

—Una parte, más que nada convirtió en socios a sus empleados de mayor trayectoria y confianza. No quiso desprenderse de ella por completo, es el legado de su padre —explicó Angelina.

—Además de la fortuna que vale.

—Estoy convencida de que el dinero no tuvo nada que ver, los Durand nunca fueron ostentosos, eran discretos y generosos, además, Diego es muy inteligente, si se lo propone, puede hacer su propia fortuna desde cero.

—Un dios —replicó el chico con sarcasmo.

—No, una persona que recibió una maravillosa educación académica y familiar y que nació con talentos privilegiados.

—No veo la diferencia —murmuró Fabián para sus adentros.

—¿Qué? —preguntó Angelina.

—Nada. Ya es tarde, me voy a casa a estudiar.

—¿No íbamos a estudiar juntos? —preguntó la chica confundida por su actitud.

—Estoy cansado, voy a tomar una siesta primero, te escribo más tarde —respondió levantándose de su asiento para darle un beso en la mejilla y desaparecer. Se fue con un mal sabor de boca, pensando que no tenía oportunidad con Angelina mientras Diego estuviera en el panorama.

Angelina lo observó irse y se encogió de hombros, sospechaba que Fabián estaba interesado en una relación con ella, y aunque no deseaba hacerle daño, ahora que se había reencontrado con Diego, no estaba dispuesta a dejarlo ir.

Camila sintió como el estómago se le revolvió, se avergonzó de ella misma y de sus prejuicios, soltó todo el aire de los pulmones para agarrar fuerzas. Había menospreciado a Diego, lo había juzgado equivocadamente. De pronto, tuvo que admitir que la corrección de su ensayo había sido influenciada por la errada percepción que tenía de él, se cegó al suponer que era un vago, un mal estudiante.

Recordó que le dijo que había leído las obras varias veces, y no le creyó. Lo que más lo unió con sus padres durante los momentos difíciles, fue la lectura. Había actuado mal, y debía remediarlo. Esa noche pensaría cómo lograrlo.

—Señor Durand —llamó Camila al final de su ponencia.

Él estaba camino a salir del salón y se detuvo en seco, entorpeciendo el recorrido de algunos de sus compañeros.

—Espere a que los demás se retiren, necesito hablar con usted.

Todos los que oyeron estas palabras se asombraron, la profesora siempre había sido clara de cómo serían sus interacciones, y conversar al final de la clase no era una de ellas. Algo mal había hecho Durand, como para que la educadora rompiera su rutina. Pero todos no tuvieron otra opción que esperar a que terminara el encuentro, para interrogar a su compañero y así saciar su curiosidad.

Cuando ambos estuvieron a solas, Camila enserió su rostro, y apretó sus pertenencias contra su pecho como un escudo protector para decir:

—Estuve repasando en mi cabeza su ensayo, y creo que me extralimité al evaluarlo. Traiga el próximo jueves otro ensayo sobre las etapas históricas manifestadas en la Odisea, Ilíada y Eneida. Así podrá recuperar su nota.

—¿Disculpe? —preguntó Diego, no les daba crédito a sus oídos.

—La próxima semana. En mis manos. Ensayo sobre las etapas históricas manifestadas en la Odisea, Ilíada y Eneida.

—¿No sería más justo cambiar la calificación del ensayo entregado la semana pasada?

—Tómelo o déjelo. Si quiere mejorar su promedio, ya sabe lo que debe hacer.

Dichas estas palabras, se retiró dejando a Diego desconcertado.

Capítulo V

Una semana después, Camila llegó a su apartamento cerca de las seis de la tarde. Había pasado varias horas en la biblioteca y le dolía un poco la cabeza, se adentró a la cocina para preparar una jarra de café bien cargado, todavía le quedaba trabajo por hacer.

Le sirvió la comida a su gato mientras lo acariciaba, y observó, como al terminar, la mascota se dirigió a la cama para esperarla, todas las noches dormían juntos, pero esa noche, el felino tendría que esperar un buen rato.

Luego de tomarse un analgésico, y sentarse en su escritorio, extrajo el ensayo que Diego le había entregado ese día. El documento tenía más de treinta páginas, inhaló una gran cantidad de aire antes de comenzar a leer, proponiéndose ser objetiva y analizarlo imaginando que desconocía su autor.

No tuvo que esforzarse mucho en eso, a medida que pasaban las páginas, y sin prejuicios de por medio, descubrió la perspicaz inteligencia de Diego, en ningún momento se excedió ni repitió ninguna idea. Inclusive, le divirtieron algunos aspectos, la sintió como la lectura de una buena novela.

Mientras escribía sus felicitaciones con su acostumbrado bolígrafo de tinta morada, su color favorito, y le otorgó la calificación más alta; se sorprendió recordando sus ojos y la sensualidad de sus labios, cerró los ojos para escuchar su carrasposa voz dentro de su cabeza, y su imaginación la llevó a una situación donde él se acercaba hacia ella lentamente, y sin tocarla, su cabeza se aproximaba a su rostro, su boca cada vez más cerca de la suya, y...

—¡No! —exclamó horrorizada.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Cómo podía pensar de esa manera de uno de sus estudiantes? ¿Había perdido la cabeza? No debía fantasear con él, si alguien descubría la atracción que sentía por Diego podía perderlo todo. Su carrera, su beca, su hogar subsidiado por la universidad. ¡Todo!

La angustia comenzó a invadir su pecho, sintiendo una presión que le hizo pensar que algo malo le ocurría, pero no pudo profundizar mucho en esa sensación porque el sonido de un toque en su puerta la sobresaltó, ¿quién podría ser?

Observó el reloj para percatarse que eran las diez de la noche, la única persona con la que tenía una especie de relación social, era con la profesora Jackie London (nombrada así por el amor de su madre por los escritos de Jack London), con quien tomaba el té de vez en cuando, sentadas en la sala de estar mientras cada una leía un libro que luego comentaban, pero Jackie tenía más de setenta años, a esa hora ya se encontraba dormida.

Con cautela se asomó por la mirilla, y se asustó al ver al Decano Visser del otro lado de su puerta, ¿qué hacía ahí? Nunca había ido a su casa, algo grave tenía que haber pasado para que él invadiera su espacio de esa manera, abrió la puerta con cautela, dejando poco espacio para que aquel obeso hombre no pudiera pasar.

—Decano Visser, buenas noches, ¿todo bien?

—Buenas noches, profesora Cruz, disculpe la hora, ¿me regala una taza de café?

—Pase adelante —replicó la chica abriendo mejor su puerta para dejarlo pasar, agradeció que todavía tenía su ropa del día, y que no se había colocado su pijama—. Casualmente preparé una jarra hace poco, ¿lo quiere con leche?

—Negro está bien —dijo el hombre mientras curioseaba el apartamento cuidadosamente arreglado.

La paleta de colores primaverales le daba una sensación de luminosidad bastante agradable a la vista, el estilo ecléctico que combinaba diferentes géneros decorativos lo hacía un espacio hermoso.

Visser se sentó en una poltrona ubicada junto a la apagada chimenea, donde podía observar mejor los movimientos de Camila desplazándose por la cocina.

Cuando la chica regresó con la taza de café, la cual dispuso en las manos de su jefe, sintió como el hombre rozó sus dedos adrede al tomar la bebida. Camila, contrariada, se erizó de pies a cabeza.

—¿Ocurre algo? —preguntó la chica sentándose en el sofá, el asiento más alejado de donde se encontraba el decano.

—Estoy preocupado por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué? —interrogó Camila totalmente confundida.

—Tengo muchos días que no te veo, pensé que te ocurría algo.

Camila no cabía en su asombro. Sí, tenían semanas que no se encontraban porque ella lo había dispuesto así. Evitó todas las áreas del profesorado, escabulléndose entre los estudiantes por ese preciso objetivo: evadir un encuentro con Visser; sin embargo, que él fuera a su casa por esa razón, le pareció inconcebible.

—Estoy perfectamente, gracias. No fue necesario que perdiera su tiempo viniendo para acá —dijo la chica poniéndose de pie para dar por terminada la visita.

—He intentado ubicarte y no lo he conseguido —replicó el hombre sin moverse de lugar.

—Usted conoce mis horarios de clase, también ha podido pedirle a alguna de las asistentes del departamento concertar una cita en su oficina.

—Rodeados de alumnos, del personal administrativo. No. Nuestros encuentros fortuitos en los pasillos son los mejores.

—¡Decano Visser! Esto es totalmente inapropiado, que se aparezca en mi hogar, por razones fuera de lo profesional, no me parece adecuado —reclamó Camila.

—No te alteres, mi linda niña —dijo el decano pausadamente.

—No soy una niña, y mucho menos suya. Nuestros encuentros en la universidad son inevitables, pero que invada mi espacio personal de esta manera...

—¿Tu espacio personal? —preguntó el hombre levantándose de su asiento para acercarse a ella —. Este espacio no tiene nada de personal, este espacio es subsidiado por la universidad, un subsidio que yo elijo.

—Un subsidio que merezco gracias a mis aportes a la institución, ¿correcto? —agregó Camila retrocediendo dos pasos, no se había percatado que prácticamente estaba gritando.

—Tu oficina, y tu apartamento, no tienen por qué ser de los mejores, eso lo dispuse yo —afirmó el hombre acercándose más, el aliento a alcohol fue inconfundible, Visser estaba borracho.

—Mientras tenga un techo sobre mi cabeza, y un espacio para trabajar, poco importan los lujos, Decano —replicó la chica alzando más la voz, dando pasos hacia atrás mientras el hombre se acercaba, chocó contra la pared, y maldijo el mueble que la acorraló. No tenía escapatoria del acercamiento físico de su depredador, cuya energía lujuriosa la estaba aterrando.

—¡Oh, Camila! No sabes lo que dices, tu vida podría ser mucho peor... o mucho mejor si lo permitieras —dijo Visser muy cerca de ella, con una mano empezó a acariciar la mejilla de la chica—. Podrías tener todo lo quisieras, mayores espacios, mejores lujos.

—No, gracias. Esto me parece muy inapropiado, Decano Visser, le pido por favor que se retire —susurró Camila asqueada por los avances del hombre, cada vez se sobrepasaba más, sus dedos recorrían su cuello mientras bajaba hacia sus senos.

Ella intentó moverse para evitar su contacto, pero Visser pegó su cuerpo al de ella para aprisionarla contra la pared, la chica sintió el miembro erecto del decano contra su vientre, e hizo todo lo posible para controlar las arcadas, las ganas de vomitar eran intensas.

—No te pido mucho, solo un poco de tu atención —dijo el decano acercando su rostro al de ella, Camila giró el rostro para evitar que la besara.

—Por favor, no —suplicó la chica tratando de moverse, el hombre era grande y la mantenía atrapada, no tenía la fuerza para zafarse, el terror que sentía era espantoso.

Un toque de puerta distrajo a Visser, lo que permitió que Camila se zafara y corriera a la salida para pedir ayuda, abrió el portal con premura, y poco faltó para que se lanzara en los brazos de su salvadora, pero pudo contenerse, y suspiró aliviada.

—¡Jackie! —exclamó con alegría.

La mujer, cubierta por su albornoz de noche, asomó la cabeza dentro del apartamento, descubriendo así la presencia de Visser.

—Vladimir, ¿qué te trae por aquí? —preguntó la vecina acercándose a él.

—Jackie, buenas noches. Había olvidado que vivías aquí —mintió el hombre evitando responder.

—Algo difícil de creer, considerando que tú me asignaste la vivienda.

—Eso fue hace mucho tiempo, Jackie, no puedo recordarlo todo —replicó Visser.

—Sí, por supuesto, los viejos como nosotros olvidamos las cosas —apuntó la mujer señalando suspicazmente la edad de ambos, luego se dirigió a Camila—. ¿Y usted, jovencita? ¿Qué le he dicho sobre descansar? Esta no son horas de estar despierta, si quieres llegar a la edad de nosotros, debes dormir adecuadamente.

—Soy unos cuantos años menor que tú, Jackie —intervino el decano de manera innecesaria.

—Pero tienes muchos más que esta niña —señaló la mujer retándolo con la mirada.

—¡Tonterías! —replicó Visser riendo nerviosamente—. Seguimos esta conversación mañana, profesora Cruz. Hasta luego, feliz noche a ambas.

El decano se retiró rápidamente. Cuando traspasó la puerta, Camila la cerró tras él pasando el seguro a pesar de que su vecina seguía adentro. Se alejó de la entrada para ir a la cocina, donde se apoyó de la encimera para llorar desconsoladamente. Su cuerpo temblaba incontrolablemente.

Jackie quiso darle espacio y tiempo para que se recompusiera antes de hablar con ella, por lo que se dirigió a la cocina para calentar agua y así preparar un poco de té. Conocía perfectamente la ubicación de lo que necesitaba, por lo que, sin pensarlo, extrajo unos sobres de camomila de la hermosa caja que contenía una gran diversidad de sabores.

Unos minutos después, colocó una taza al frente a la chica, y se sentó en una de las sillas altas para esperar el tiempo necesario que ella necesitara para hablar, si así lo quería.

—Gracias, Jackie, gracias por salvarme —se animó a decir Camila.

—Fue casualidad. Me quedé dormida en el sofá viendo televisión, y me despertaron sus voces; nunca has recibido visitas, y eres la vecina más silente que he tenido, lo cual agradezco —dijo sonriendo—. Me sorprendió mucho escuchar ruido, y algo en tu voz, como una angustia contenida,

me motivó a buscar mi albornoz para asegurarme de que estuvieras bien.

—Si hubieras estado durmiendo en tu habitación al otro extremo.... —susurró Camila rompiendo a llorar de nuevo.

—Pero no lo estaba, no pasó nada. Aquí estoy —dijo la mujer levantándose de su asiento para abrazarla.

Se mantuvieron así por un rato, hasta que Jackie se sentó de nuevo.

—Debemos denunciarlo —ordenó la vecina.

—¡Oh, Jackie! He intentado varias cosas, y ha sido inútil, la asistente de Recursos Humanos me disuadió para que no hiciera ninguna denuncia porque podía perder mi beca y mi trabajo, también he tratado de trasladarme a otra universidad, pero Visser obstaculiza mis esfuerzos, se dedica a sabotear mis cambios llamando a sus contactos para informarle que soy un activo muy valioso, y por respeto a él, no me aceptan en ningún lado.

Camila contuvo las lágrimas para no romper a llorar de nuevo.

—Sí, lamentablemente Vladimir es muy respetado en la comunidad académica —admitió Jackie de manera pensativa.

—Es un cerdo que no merece el más mínimo respeto —dijo Camila.

—Tienes toda la razón —replicó Jackie—. Quizás si denuncias con el apoyo de una profesora igualmente respetada...

—¡No, Jackie! Podrías perder tu trabajo también, me da mucho miedo esto —admitió Camila.

—Hace años he debido retirarme, no lo he hecho porque me gusta enseñar, y porque todavía no estoy senil.

—¡Y tienes unos oídos maravillosos! —exclamó la chica.

—Sí, los tengo —secundó la vecina riendo junto con Camila.

—No podría ponerte en esa posición, debo manejarlo sola. Tengo que pensar —dijo Camila.

—Pensemos entonces —replicó la mujer mayor.

—Esto no es tu problema, Jackie. No quiero preocuparte o que pierdas tu pensión por algo que me está ocurriendo a mí. Permíteme tratar de solventarlo.

—¿Cómo lo vas a solventar? —preguntó Jackie retándola.

—No lo sé, algo se me ocurrirá.

Jackie la miró por unos segundos, su expresión era impasible, su cabeza maquinaba algo desconocido para Camila.

—Descansa, cariño —dijo la mujer besando la frente de la chica.

Cuando Camila estuvo sola, se dispuso a prepararse a dormir, sería imposible trabajar aquella noche. Preocupada, recogió la taza que le había ofrecido a Visser, lavándola exageradamente, seguidamente desinfectó todo lo que había tocado, como si deseara evitar que su hogar se pudriera por su contacto.

Luego de una larga ducha, estaba lista para dormir, por lo que se acurrucó junto a su gato Tito, rompiendo a llorar otra vez, no quería pensar en lo sucedido, sus energías debían estar enfocadas en encontrar una solución, y como sabía que esa noche, no la tendría, mejor era dormir. Y así lo hizo.

Capítulo VI

Camila se había convertido en una persona independiente desde muy pequeña, pero ese día, pensó que no podría llegar a su oficina a menos que alguien la acompañara; la idea de encontrarse con Visser le daba pánico.

Al estar lista para salir, le tocó la puerta a Jackie, pero nadie respondió, supuso que había salido más temprano, así que, no teniendo otra opción, caminó como alma que lleva el diablo para llegar a tiempo a trabajar.

Esa mañana, le correspondía realizar algunos trabajos administrativos: publicar calificaciones, escribir informes, entre otras cosas. Agradeció que el decano nunca fuera a su oficina, los pasillos externos eran muy concurridos para su gusto.

Cerca del mediodía, el estómago le rugió, no había comido nada porque no le provocaba, pero debía meterle algo a su cuerpo o no aguantaría de pie el resto del día, quizás podía pedirle a alguna de las asistentes que le hiciera el favor de buscarle algo en algunas de las cafeterías.

Un extraño ambiente invadía los pasillos, una tensión intensa que afectaba a todos, dos asistentes hablaban en susurros, y Camila se acercó a ellas para preguntar qué ocurría.

—La despidieron, sin explicaciones, nadie entiende qué está pasando —murmuró una de las chicas.

—¿Después de tantos años? ¿Qué habrá hecho? —replicó la otra.

—¿A quién despidieron? —preguntó Camila sobresaltando a las muchachas.

—¡Profesora Cruz! ¡Me asustó! —exclamó una de ellas—. ¿Se encuentra bien? Está muy pálida, tiene unos círculos morados alrededor de sus ojos que muestran que no durmió bien, ¿la puedo ayudar en algo?

—Sí, no dormí bien. No te preocupes, sobreviviré —respondió Camila—. ¿A quién despidieron?

Las dos chicas se miraron confusas, no sabía si podían meterse en problemas por cotillear sobre sus jefes.

—No me dejen con esta intriga —insistió Camila suavizando su voz—; si perdí algún colega de trabajo, me gustaría saber.

—Despidieron a la profesora London, profesora Cruz —confesó la segunda chica.

Camila sintió como las fuerzas desaparecieron de su cuerpo, quedó paralizada sin saber qué decir o hacer.

—No pensé que fuera posible, profesora, pero está mucho más pálida que antes.

—¿Me puedes traer un vaso con azúcar, por favor? —solicitó Camila sentándose en una banca del pasillo, si no conseguía la manera de recuperarse, no podría moverse de allí.

Mientras la asistente buscaba lo solicitado, la cabeza de Camila daba vueltas, ¿por qué la despidieron? Jackie era querida por todos, respetada, muy inteligente y sabia, era absurdo que la despidieran, debía ser algo relacionado con lo ocurrido con Visser la noche anterior.

Pasaron 10 minutos de cavilaciones antes de que llegara su vaso con azúcar, dio las gracias, se lo tomó de un golpe, y a pesar de que perdió el equilibrio al levantarse, se apresuró a ir a la

oficina de su vecina.

Al llegar, se sorprendió al encontrar a tres hombres con overoles pertenecientes al departamento de mantenimiento, estaban recogiendo todos los documentos y demás objetos de la oficina de Jackie, aunque sus cosas personales, como sus fotos y adornos ya no estaban.

—Disculpen —dijo Camila llamando la atención de los empleados—, ¿saben dónde se encuentra la profesora London?

—Creo que se fue a su casa, señorita —respondió uno de ellos.

Ella agradeció la respuesta, y se dirigió a su oficina dispuesta a ir a buscarla para hablar con ella, pero recordó que tenía una ponencia, una suplencia que había acordado hacer para ayudar a un profesor que debía faltar por una cita médica, y no podía faltar. Pospuso sus planes para la hora y media después que duraba la clase, y sacudió su mente de los pensamientos que la agobiaban para poder concentrarse y actuar profesionalmente.

No hubo mayor inconveniente más allá de un par de momentos de silencio porque se distraía, pero nadie pareció notarlo, y aunque normalmente esperaba a que los estudiantes salieran primero que ella, esta vez, ni siquiera esperó por dar terminada la clase cuando ya estaba saliendo del salón.

La puerta de su oficina estaba abierta de par en par, los mismos hombres que estaban en el área de trabajo de Jackie, ahora estaban en el de ella. Se encontraban embalando los documentos de los archiveros en unas cajas.

—¿Qué hacen en mi oficina? —preguntó Camila indignada.

Uno de los hombres, el líder aparentemente, bajó la mirada a una carpeta antes de responderle.

—Profesora Cruz, buenas tardes, tenemos órdenes precisas de mudarla a otra oficina.

—¿Mudarme? ¿Por qué? ¿A dónde?

—Estamos esperando confirmación, pero debemos llevar sus cosas al ala oeste del edificio de administración.

Camila sintió estas palabras como un golpe en el estómago, esa área era la más lúgubre y rechazada por el personal de la facultad; que la hayan cambiado de la mejor zona de oficinas, a la peor, era un mensaje bastante claro de parte de Visser.

—No tienen derecho a tocar mis cosas, han debido esperar a que llegara.

—Lo siento mucho, profesora Cruz, no puedo desobedecer a mi supervisor. Nos indicó que la mudáramos, estuviera o no estuviera presente. No he tocado las pertenencias del escritorio con la esperanza de que llegara antes de que no tuviera otra opción.

Camila confirmó sus palabras ojeando el espacio, los hombres estaban guardando los documentos cuidadosamente, copiando lo escrito en las etiquetas de las gavetas en las cajas, para que pudiera ubicarlos sin problemas, su escritorio estaba intacto. Si estaba obligada a mudarse, estos hombres le estaban haciendo un favor adelantando el trabajo.

—¿Conocen el motivo de esta mudanza? —preguntó Camila para intentar informarse qué tipo de excusa había utilizado Visser para hacerle ese atropello, obviamente, no podía decir que era porque había rechazado acostarse con él.

—No, profesora, lo siento —replicó el hombre.

—Escuché que viene un nuevo profesor, una eminencia de Física o algo así, y que esta es la mejor oficina disponible —intervino uno de los empleados.

“Falso”, pensó Camila. Dos profesores se habían retirado ese año, y la oficina de Jackie también estaba siendo desocupada. Esta era una evidente represalia.

Por pocos segundos pensó en aquellos que creían que se acostaba con Visser, probablemente

supondrían que terminaron su relación; y los que conocían su integridad, sabrían que fue porque lo rechazó. Pero todo quedaría ahí, entre pensamientos y cotilleos. Nadie hacía nunca nada, la actitud depredadora del decano era un secreto a voces que no trascendía en ninguna acción que la detuviera. Visser era intocable.

—Debo salir un par de horas —informó Camila tomando un bolso con una muda de ropa que mantenía en la oficina para cualquier emergencia; unos meses atrás había derramado café en su camisa, e ir a su casa fue una pérdida de tiempo innecesaria. En él, guardó los objetos más preciados de su escritorio—. ¿Dónde puedo ubicarlo para informarme sobre cuál es mi nueva oficina?

—La asistente del área tendrá esa información disponible, profesora Cruz.

—Gracias —replicó Camila cargando con su bolsa, maletín y bolso para encaminarse a casa de Jackie.

“La asistente”, pensó con pesadumbre.

En el ala donde se ubicaba hasta ese día, había cinco ayudantes para todos los profesores; en cambio, su nueva oficina, quedaba en un espacio del edificio que todos rehuían, a nadie le gustaba trabajar ahí, solo contaban con una sola asistente y era poco concurrido.

Se erizó al pensar en alguna visita de Visser en cualquier momento que no hubiera nadie. Se sacudió esos pensamientos proponiéndose pasar el menor tiempo posible en su nuevo puesto.

Estudiaría y prepararía sus clases en la biblioteca, el trabajo administrativo también podía llevarlo a cabo desde ahí. El campus contaba con hermosos jardines poblados de árboles, bancas y mesas donde podría reunirse con sus alumnos si solicitaban alguna cita.

Reflexionó sobre los recovecos que conocía para evitar cualquier encuentro con Visser, tendría que cambiar por completo sus rutinas académicas, las interacciones con sus alumnos debía conducirlas de otra manera, y no utilizaría la asistente de su área; quizás estaba pensando de manera paranoica, pero perfectamente podría ser una espía del decano.

Con esos pensamientos llegó a su edificio, además de la puerta abierta del apartamento de Jackie con personas entrando y saliendo con algunos muebles; en la puerta de su hogar, se encontraba personal de mantenimiento de la universidad intentando abrirla.

—Disculpen, ¿qué creen que están haciendo?

—¿Profesora Cruz? —dijo uno de los hombres con actitud altanera.

—Sí —respondió ella tratando de interponerse entre ellos y su casa.

—Tenemos que entrar a recoger sus cosas, su alojamiento fue reasignado al edificio D —explicó el hombre impacientemente.

—¿El edificio D?

—Sí, no tenemos todo el día, abra la puerta, por favor. No quisiera forzar la cerradura, podemos hacer esto por la buenas.

—¿Disculpe? ¿Qué le hace pensar que yo soy una persona con la que exista la posibilidad de hacer las cosas por las malas?

—No la conozco, señora. Solo quiero hacer mi trabajo.

Camila resopló furiosa, abrió la puerta, y entró a buscar su computadora y documentos más importantes para guardarlos en el bolso que todavía llevaba en el hombro.

Antes de salir a ver a Jackie, escuchó que el hombre la llamaba, volteó impaciente para escuchar qué tenía que decir.

—Su gato —mencionó el empleado.

—Está acostado en mi cama, no va a molestarlos.

—¿No sabe que en el edificio D hay una política de ‘cero mascotas’?

—¿Qué?

—Más claro no puedo ser.

—Bueno, no puedo desaparecerlo por arte de magia. Debo pensar qué hacer con él, no lo toque
—replicó Camila aguantando las ganas de llorar, Tito era su mejor amigo, debía conservarlo de alguna manera.

Sin querer pensar en eso en aquel momento, se dirigió a buscar a su vecina, ella se encontraba en su habitación, guardando su ropa delicadamente en unas maletas.

—¡Jackie! —exclamó Camila soltando sus cosas en el suelo para correr a abrazarla.

—¡Camila! ¡Cuánto lo siento!

—¿Te estás disculpando conmigo? ¡Fue a ti a quien despidieron!

—¿Despidieron? No, cariño, forzaron mi retiro bajo la amenaza de despedirme. Me están dando un cheque bastante sustancioso además de mi pensión mensual, eres tú la que queda desamparada sin mi presencia. Pensé que podía cambiar algo.

—¿Qué ocurrió?

—Esta mañana fui a hablar con Claude, no mencioné tu nombre, solo dije que era testigo de la actitud depredadora de Visser con las profesoras más jóvenes, que ese acoso sexual no podía seguir ocurriendo, que debía tomar acciones.

—¡Jackie! —prorrumpió Camila angustiada imaginando la conversación, el Vicedecano Claude Allamand, era muy cercano a Visser, prácticamente mejores amigos.

—Sí, lo sé. Pensé que Claude tenía mejores valores, pero me equivoqué. Un par de horas después de hablar con él, recibí un llamado de la junta directiva; Claude y Vladimir fueron rápidos al actuar, no sé qué habrán dicho para lograr una decisión tan precipitada, sé por mi asistente que dijeron que estaba calumniando a Visser, y me indicaron que debía aceptar retirarme con mis beneficios y algo más, o sufrir la humillación de ser despedida sin honores, no tuve otra opción. Era mi palabra contra la de uno de los decanos más respetables del país. Una injusticia que escapa de mis manos.

—¡Oh, Jackie! ¡Todavía queda tanto en ti por enseñar! ¡Lo siento tanto!

—No te preocupes, me quedo con la satisfacción de que actué correctamente. Voy a irme unos meses a Canadá, mi hija menor vive ahí, y tengo un par de años que no veo a mis nietos, probablemente compre una casa cerca, todavía no lo tengo decidido. ¡Todo ha sido tan repentino!

—¡Pero Jackie! ¿No vas a enseñar más? —preguntó Camila

—Tampoco lo sé, quizás organice algunos cursos, es muy pronto para decir qué me depara el futuro.

La tranquilidad con la que hablaba su vecina, tenía impactada a Camila, ella estuviera destruida si perdiera su trabajo.

—Visser fue a mi oficina, me dijo que eso era lo que pasaba cuando intentaban desprestigiarlo, dijo que tú también aprenderías la lección. Traté de explicarle que tú no tenías nada que ver con mi denuncia, y que sería un idiota si te despedía, me dijo que no me preocupara. Que tú no ibas a dejar de enseñar ahí, que estaba consciente del activo que representabas, pero estoy preocupada, Camila, no sé qué puede hacerte, y no sé cómo protegerte.

La chica pensó que no era necesario angustiarla más de lo necesario, no había motivos para informarle que habían cambiado su oficina a una de las peores áreas, no se enteraría, pero la reasignación de su apartamento, sería imposible de ocultar, vería al personal que estaba realizando su mudanza.

—Mandó a mudarme de apartamento —admitió Camila.

—¿Qué? ¿Te dejó sin techo?

—No, me reasignó otra vivienda.

—¿Dónde? ¡Ojalá no sea en el edificio D! —exclamó Jackie.

—No lo sé todavía —mintió Camila—. Debo averiguarlo ahora cuando vuelva a la universidad.

—¡Ay, Camila! En el edificio D no aceptan mascotas, ¿qué harías con Tito? —preguntó Jackie.

—No nos adelantemos, Visser no va a poder conmigo, cualquier obstáculo que me ponga, lo voy a superar —afirmó Camila conteniendo las lágrimas, no deseaba angustiar más a Jackie, sabía que la mujer se sentía mal por la situación, que había tratado de actuar correctamente para defenderla, y debido a eso, perdió su casa y su trabajo.

—Algo se me va a ocurrir, Camila, esto no se puede quedar así. Me tomaré un tiempo para recomodar mi vida y pensar, conseguiré la manera de acabar con Visser —dijo Jackie.

—Creo que Visser ya se está encargando de desprestigiarte, eso me preocupa —admitió Camila.

—La verdad triunfará, Camila, confía en eso.

—También me preocupa que, si tomas más acciones en contra de él, puedo perderlo todo, no tengo muchos ahorros, aunque tengo mis estudios y vivienda cubiertos, la mayoría de mi sueldo lo envío al asilo donde está mi madre, nos quedaríamos ambas sin nada.

—No haré nada que pueda hacerte daño —afirmó Jackie.

—Debo irme a recibir una clase, pero no quiero, no estoy preparada para despedirme todavía —dijo Camila.

—Seguiremos en contacto, cariño, por escrito, llamadas o video llamadas, nuestra amistad no ha terminado —la tranquilizó Jackie.

Ambas se despidieron con una profunda tristeza, y luego de decirle a los hombres en su apartamento que iría en la noche a empacar su ropa, Camila se escabulló con Tito para llevarlo al mejor refugio de mascotas de la zona mientras conseguía una solución más permanente para él, no le importó gastar del dinero que tenía dispuesto para comer, siempre y cuando eso garantizara que su gato iba a estar bien cuidado y alimentado.

De regreso a la universidad, mantuvo la cabeza gacha mientras caminaba hacia donde debería estar ubicada su nueva oficina, se conocía lo suficiente para saber que debía tener toda la cara roja e hinchada de tanto contener el llanto.

—¡Profesora Cruz!

La voz de Diego era inconfundible, Camila maldijo para sus adentro obligándose a detenerse para encararlo. Él todavía estaba a unos cuantos metros lejos de ella corriendo hacia su dirección.

—Quería saber si había tenido oportunidad de corregir...

Diego detuvo sus palabras al detallarla, y ella supo, por su expresión, que se había percatado que se encontraba muy mal.

—Sí, leí tu ensayo —dijo Camila apresurándose a contestar antes de que él dijera algo al respecto—. Lo disfruté bastante, te felicito.

El chico tuvo que contener las inmensas ganas que crecieron en su interior por consolarla, abrazarla, protegerla de lo que fuera que la estaba afectando de esa manera, pero supo que arruinaría todo si se le ocurría preguntar la razón de su estado, si Camila se estaba esforzando tanto para demostrar que nada le pasaba, era porque no quería que lo supiera.

—Fui a su oficina para hablar con usted, me indicaron que había sido trasladada a este edificio

—replicó Diego suavizando su voz.

—Sí, la universidad contrató un nuevo profesor, alguien mayor de gran prestigio que necesitaba mi oficina, ahora estaré por aquí —contestó Camila.

—Debe ser alguien muy importante para que la hayan cambiado de lugar —dijo Diego ofreciéndose a ayudarla a cargar sus cosas, su hada se notaba incómoda con aquel peso sobre sus hombros.

—Lo es —replicó Camila, diciendo una verdad, pero obviando parte de ella; había otras opciones, solo que darle su oficina fue un ataque personal; aceptó la ayuda de Diego a pesar de que no quería, pero se encontraba tan agotada, que pensó que desfallecería en cualquier momento —. Las reasignaciones son comunes, las viviendas y oficinas son propiedad de la universidad. El nuevo profesor tiene mayor prestigio y trayectoria que yo, soy relativamente nueva.

Diego no estuvo de acuerdo, pero supo que no era prudente contradecirla, mejor era guardar silencio. Caminaron sin palabras uno al lado del otro hasta que entraron al edificio, era amenazantemente oscuro; Camila se acercó a la chica sentada en el escritorio que daba entrada al pasillo de oficinas.

—Buenas tardes —saludó Camila—. Soy la profesora Cruz, ¿me podrías indicar qué oficina me asignaron?

—Buenas tardes, profesora. Su oficina es la número trece, al final de corredor.

Los tres obviaron la connotación del número asignado, y Diego y Camila decidieron ignorar la expresión de lástima de la asistente. No era necesario ser un genio para inferir que era una de las peores del área.

—Gracias —le replicó Camila a la chica, luego, se dirigió a Diego extendiendo su mano para pedir sus cosas de vuelta—. Muy bien, gracias por la ayuda, puedo seguir sola.

—No sería un caballero del todo sino llevo esto hasta su destino —replicó negándose a alejarse de ella.

—Gracias, de verdad, pero tengo que hablar unas cosas con... —miró a la asistente.

—Gabriela.

—Con Gabriela.

Diego no pudo ocultar la decepción en su rostro, y Camila se sintió culpable, por lo que dijo:

—Dame un minuto.

Camila se acercó a una banca cercana soltando su bolsa para rebuscar en su maletín, rápidamente ubicó el ensayo de Diego, y se lo entregó con una sonrisa. Él también sonrió al ver la calificación, la más alta, además de las notas que elogiaban su trabajo.

—Lo mereces —dijo Camila—. Nos vemos en la próxima clase.

Diego se encontraba perplejo, le tomó unos segundos reaccionar para decirle algo, pero ella ya caminaba por aquel tético corredor, le había mentido al decirle que tenía que hablar con la asistente, pero entendió que probablemente deseaba estar sola. El lugar le pareció espantoso, le recordó a un calabozo, su hada no merecía estar ahí.

Debía averiguar qué estaba ocurriendo, ¿por eso se veía tan mal? Camila era muy inteligente y profesional, esto se sentía como una degradación de su estatus. Había gato encerrado, y supo que no se quedaría quieto hasta que descubriera las circunstancias que le causaban tanta pena.

Camila caminó hacia su nueva oficina sintiendo como su alma aumentaba de peso con cada paso que daba, ¿qué había hecho para merecer algo así? Era honesta y trabajadora, cumplía una ética laboral respetable, y era muy buena estudiante. La oscuridad crecía a medida que llegaba al final del pasillo, y casi se desplomó cuando abrió la puerta, era más pequeña de lo que había

imaginado, no tenía ventanas, y la luz era muy pobre, sus cosas prácticamente no cabían, aunque tuvieron la amabilidad de apilarlas de manera ordenada.

Soltó su bolso y demás permanencias sobre el horrible escritorio de metal, la silla también era del mismo material, por lo que tomó una nota mental de adquirir un cojín para no lastimarse se debía pasar un par de horas sentada. Por más que se hubiera propuesto pasar el menor tiempo posible ahí, debía considerar la posibilidad de que en algunas ocasiones tendría que hacerlo.

El lugar solo contaba con un archivero, no sería suficiente para guardar todas sus cosas, la idea de tener todo guardado en cajas la deprimió, sería engorroso sacar y meter los documentos necesarios cada vez que fuera a trabajar con ellos. Tampoco cabrían sus libros, tendría que ingeniarse alguna opción para poder distribuir sus cosas.

Con paciencia fue decidiendo qué podía engavetar y en dónde, entrada la noche, sintió que ya no tenía fuerzas, necesitaba comer algo, y al no tener ventanas, no se había percatado de la hora, había faltado a dos clases, y ella nunca faltaba. Decepcionada, y arrastrando los pies, fue a buscar comida, de regreso, recordó que debía buscar su ropa, y que no había preguntado el número de su nuevo apartamento, cruzó los dedos esperanzada de que le hubieran dejado una nota.

Con el bolso a cuestas, que parecía contener piedras adentro, llegó hasta su antiguo apartamento, observó la puerta cerrada de Jackie por unos segundos lamentándose haber perdido su compañía, luego introdujo su llave y no calzaba. Intentó varias veces inútilmente. Habían cambiado la cerradura.

Entonces se desplomó en el piso, ¿qué había pasado con su ropa y efectos privados? ¿Los habían empacado sin su autorización? Sacó su celular de la bolsa para llamar a la oficina que se encargaba de las asignaciones, pero nadie respondió su llamado, ya había terminado la jornada laboral, y no le quedaba otra opción que esperar al día de siguiente cuando llegara el personal de guardia. Sería sábado, y empezaban un poco más tarde que los días de semana, pero era mejor que no recibir respuesta hasta el lunes.

Tardó unos minutos en levantarse, sacó un rápido cálculo mental en su cabeza, y decidió hospedarse en un motel que quedaba a un par de cuadras, era económico y decente, no debía ser muy costoso.

Consideró tomar un taxi al sentir que cada vez le costaba más cargar el peso de sus cosas, pero era preferible caminar para no gastar tanto dinero, algo le decía que debía empezar a ahorrar más de lo acostumbrado, no sentía que su trabajo y educación estaban asegurados, Visser era temperamental, y podía quitarle todo por capricho.

Suplicó para sus adentros que no le ocurriera nada en el camino, había oído casos de violaciones en las adyacencias de la universidad, y esperaba no ser víctima de algún depredador. Afortunadamente, había personas transitando en las calles, y llegó relativamente rápido a su destino.

Luego de registrarse en la recepción, solicitando la habitación más económica de todas y pagarla, se lanzó a la cama tal y como estaba vestida, quedando dormida inmediatamente.

Capítulo VII

Camila abrió los ojos a las cinco de la mañana y se sentó de golpe asustada, ¿dónde estaba? Prontamente recordó su situación, y las ganas de llorar se agolparon en su garganta, un nudo le impedía tragar y sintió que se estaba asfixiando.

Entonces se obligó a levantarse para tomar una merecida ducha, no podía decaer, venían días muy duros y si permitía que sus fuerzas menguaran no podría soportarlo. Al salir del agua, agradeció la muda de ropa que estaba en su bolso, y que podría ponerse prendas frescas.

El día anterior había sido tan espantoso, que por un momento consideró botar la ropa que había llevado puesta, si no fuera por su propósito de ahorrar dinero, lo hubiera hecho. No tenía muchas prendas, siempre había sido recatada con sus gastos. Ahora debía serlo más.

El sol ya había salido, y salió a buscar café. La brisa de la fría mañana la golpeó, pero se sintió como un alivio, por alguna razón pensó que todo estaría bien, que saldría adelante, y que sabría cómo salir de ese agujero donde Visser quería hundirla.

Tomo una buena dosis de cafeína esperando la hora para llamar a averiguar cuál era su nueva vivienda. En el ínterin, se distrajo observando a los comensales, con la mente en blanco, evitando pensar en cosas desagradables.

Finalmente se encontró frente a la puerta del lugar donde iba a vivir a partir de ese día, campaneó las llaves que le dio el conserje del edificio tomándose su tiempo antes de entrar, a pesar de que todo estaría limpio y bien pintado, sabía que vivir en esa sección del campus era una condena, los veranos parecían más calientes y los inviernos más fríos, la iluminación era pobre y las paredes parecían de cartón, se escuchaba todo, lo que dificultaría trabajar en casa.

Con un suspiro abrió la puerta, y tuvo que taparse la nariz rápidamente. Olía muy mal, e inmediatamente supo quién había vivido ahí: el profesor Popov, la razón por la que habían prohibido las mascotas en ese edificio.

Un año atrás, Popov había muerto de un ataque al corazón, descubrieron su cuerpo en estado de putrefacción unos días después de su muerte, el olor llamó la atención de los inquilinos. Cuando entraron, se percataron de que tenía cinco gatos que tenían el apartamento lleno de orina y heces, además de desechos de comida y un desorden repugnante.

Nadie se imaginó que Popov fuera tan descuidado, su apariencia personal indicaba otra cosa, pero por lo visto, todos estaban equivocados.

Aunque habían limpiado el lugar, no se preocuparon por quitar el olor por completo, y estuvo abandonado todo ese tiempo porque para reasignarlo, debían invertir dinero. El apartamento estaba en mal estado, y eso no detuvo a Visser para otorgárselo a Camila, más bien fue una motivación.

En medio de la sala de estar estaban sus cosas mal empacadas, revisando todo, se fijó las marcas de dedos sucios en sus prendas, sobre todo en su ropa interior. Sus productos de limpieza, higiene personal y comida habían desaparecido. Se preguntó si valdría la pena hacer un reclamo, pero por la actitud del hombre con el que habló en su antiguo apartamento, sospechó que perdería su tiempo. Dejaría esa decisión para la semana siguiente, tenía otros asuntos que atender.

Revisó cada interruptor, tomacorriente y manilla, fue tomando nota de todo lo que necesitaba reparación. En teoría, eso debía cubrirlo la universidad, pero los fondos para ello, los tenía que autorizar Visser, y no iba a darle el gusto de pedirle nada.

Luego de anotar todo en una lista, se sentó en su computadora para revisar el saldo de su cuenta de ahorros, en ese momento, el ruido del televisor del vecino comenzó a sonar a todo volumen, sin pensarlo, anotó en la lista: tapones para oídos.

Sacó las cuentas, revisando precios en las páginas de internet de los locales cercanos; reponer la comida, los productos de limpieza y reparar algunas de las cosas en el apartamento, le restaría considerablemente sus reservas. No podría cubrirlo todo de un tirón, tendría que hacerlo por partes, y comer menos.

De alguna manera le causó satisfacción que Hogares Durand fuera el más económico, y, exceptuando la comida, conseguiría ahí todo lo que necesitaba. No tenía ni idea de cómo repararía y cambiaría algunas cosas, pero agradecía la existencia de YouTube, ya que seguramente encontraría los tutoriales que necesitara.

Luego de comerse una barra de granola que tenía en su bolsa, y ponerse una ropa más cómoda, se dirigió a la sede más cercana, caminar bajo el sol de la mañana le hizo sentir mejor.

Al llegar a su destino, tomó un carrito de compras y se dispuso a recorrer los pasillos, lo primero que buscó fue los productos de limpieza, y todo lo que necesitaba para deshacerse del espantoso olor del apartamento.

Diego no podía creer lo que estaba viendo a través de las pantallas de los videos de seguridad, Camila estaba en su tienda, vestida con unos pantalones de mezclilla que favorecían su cuerpo, aquella camiseta de color oscuro contrastaba con su perlada piel, pensó que nunca se cansaría de verla, era su ninfa celestial, su hada hechicera.

Por unos minutos la observó moverse con esa gracia y elegancia que la caracterizaba, imaginando cómo se sentiría tenerla entre sus brazos, verla desnuda, hacerla suya.

Sacudió la cabeza reprochándose espiarla de esa manera, no era correcto, pero cuando iba a desviar la manera, observó cómo utilizaba la calculadora de su celular para sacar cuentas, no paraba de morderse los labios, y en ese preciso momento, se frotó los ojos con preocupación. Tenía problemas de dinero.

Sin pensarlo dos veces, le envió un mensaje al gerente para que lo viera en la oficina.

—Joaquín —dijo Diego señalando la pantalla cuando lo tuvo en frente—. ¿Ves esa señorita que está ahí?

—Sí —dijo el hombre detallándola.

—Por favor, quiero que la trates como si fuera la reina de Inglaterra, como si fuera la persona más importante del planeta, como si de ella dependiera tu vida, ¿puedes? —ordenó Diego.

Joaquín rio con ganas.

—¡Por supuesto!

—Cuando te acerques a ella a ofrecerle ayuda, no aceptes un no como respuesta, y dile que está de suerte, que te acaban de informar que llegará nueva mercancía y que todos los precios van a bajar, que están en proceso de cambiarlos en el sistema. Quiero que le ofrezcas lo mejor de lo que necesite, rebajándole un cuarenta por ciento, encárgate de la caja registradora cuando vaya a

pagar. Y luego dile que la entrega es gratuita, yo me encargaré de eso —agregó Diego.

—¿Cuarenta?

—No, mejor no, sesenta por ciento.

Joaquín demostró su descontento, aunque intentó ocultarlo.

—No te preocupes por el cuadro de esta noche, yo cubriré la diferencia.

—¡Debe ser una persona muy importante! —exclamó el gerente.

—Lo es, y lo será, mi querido Joaquín.

—Felicidades, Diego. Es muy bonita —dijo el hombre antes de salir de la oficina para llevar a cabo su encomienda.

Contrario a lo que pensaba, Camila aceptó la ayuda aliviada, y su sonrisa aumentaba cuando iba conociendo el precio de las cosas, al final de las compras, los tres carritos de compra que necesitó para cargar los productos escogidos estaban abarrotados, y ella se notaba feliz. Mientras estaba en la caja, Diego salió por la puerta trasera para aparentar estar llegando por la delantera.

—Buenos días —saludó a sus empleados, quienes respondieron confundidos. Estaban seguros de que había llegado horas antes y que se encontraba en la oficina—. ¡Profesora Cruz! ¡Qué sorpresa encontrarla aquí!

Joaquín aplicó todos sus esfuerzos para no soltar una carcajada.

—Señor Durand, buenos días —saludó Camila. Desconociendo el motivo, se sintió avergonzada, había comprado algunas cosas para decorar y pintar que no estaban en la lista debido a que gastó mucho menos de lo que pensaba y sintió como si se hubiera aprovechado de su bondad. Algo absurdo que no pudo evitar sentir.

—Como le decía, el envío corre por la casa, forma parte de nuestros servicios —dijo Joaquín interrumpiendo los pensamientos de la chica—. Diego se encarga de eso el día de hoy.

El chico le dio una palmada amistosa a la espalda del hombre, se notaba que se conocían desde hacía muchos años.

—¡Oh! No es necesario, pediré un taxi —replicó Camila negada a que Diego viera las condiciones en las que iba a vivir.

—¡Tonterías! —exclamó Diego tomando las cosas para llevarlas a su pickup, afortunadamente, la chica no notó la sorpresa de los empleados que escucharon que el jefe se encargaba de los envíos sabiendo que eso no era cierto.

La sonrisa de Camila desapareció de su rostro llenándose de angustia, la idea de que Diego conociera su deplorable vivienda le dio mucha vergüenza, no era su culpa, pero no debía, ni deseaba, darle explicaciones. Obviamente no tenía otra opción que ir con él hasta su casa, planeó que dejara todo en el aparcamiento, y ella haría varios recorridos para llevarlo todo a su apartamento, ventajosamente, su vivienda quedaba en la plata baja.

Diego notó su angustia, pero decidió ignorar su cambio de estado de ánimo con su energía cargada de felicidad. Obviamente necesitaría ayuda para utilizar y colocar todo lo que había comprado, y él se pondría a la orden. Podría compartir con ella el tiempo que tomara terminar, y podría conocerla mejor.

—¿Tiene pensado remodelar? —preguntó Diego encendiendo el vehículo.

—Algo así —respondió Camila tratando de evadir la conversación.

—¿Qué significa eso? —preguntó el chico riendo.

Camila suspiró, mejor era decir parte de la verdad, no había razones para ser descortés.

—Me reasignaron otra vivienda, y no está en buenas condiciones.

Diego frunció el ceño, nueva oficina, nueva vivienda; ambos en circunstancias miserables. Sí,

estaba seguro que había gato encerrado, se propuso averiguarlo de alguna manera, tendría todo el día para hacerlo.

Camila le indicó el camino, y en menos de 10 minutos llegaron.

—Puede dejar las cosas en el aparcamiento, yo las llevaré poco a poco al apartamento — indicó Camila.

—No, no puedo aceptar eso. Mis empleados están obligados a entregar todo en los lugares destinados.

—Usted no es uno de sus empleados —porfió Camila.

—Pero tengo la filosofía de tener la misma ética profesional que exijo —refutó Diego.

—Nadie lo sabrá —señaló Camila.

—Yo lo sabré —indicó Diego.

Mantuvieron sus miradas el uno en el otro, ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, finalmente, Camila suspiró resignada y le indicó la ruta. Diego utilizó una carretilla para trasladar las cosas más pesadas, mientras la chica llevaba las más livianas. Fueron dejando todo frente a la puerta, y la profesora utilizaba la excusa de ir a buscar más cosas para evitar mostrarle aquel espantoso lugar.

Cuando todo estuvo frente al nuevo hogar de Camila, ella se despidió dando las gracias.

—No he terminado —dijo Diego.

—Lo entregó todo a su destino, este es el destino —replicó la chica.

—No, el destino es dentro del apartamento, no el corredor.

—¡Por favor! —exclamó Camila extenuada—. No quiero que vea, ni huela, lo que hay detrás de esta puerta.

—¿Huela? —preguntó Diego intrigado—. ¿Cómo pretende remodelar? ¿Contrató a alguien?

—YouTube me ayudará —confesó la chica.

—¡Por Dios! Teniendo a una persona frente a usted que sabe de albañilería y remodelación, y que está dispuesto a trabajar gratuitamente.

—No podría aceptar su ayuda, no es correcto.

—¿Por qué es incorrecto? ¿Sería correcto si fuera un desconocido? Además, ¿qué importa que vea o huela lo que sea? No es su responsabilidad el estado del apartamento, se acaba de mudar.

Camila se mordió los labios, la razón por la que le parecía incorrecto aceptar su ayuda, era por la evidente atracción que había entre ellos; lo que sentía por Diego era inaceptable, motivo de despido. No podía arriesgarse.

Pero, estarían ocupados trabajando; mientras él instalaba utensilios, ella podía hacer otras cosas, como pintar o disponer sus cosas. Necesitaba su apoyo, no tenía ni la menor idea sobre mantenimiento del hogar, y él sí, lo sabía todo.

Estaba demasiado cansada para seguir retándolo a insistir, no aceptaría un no como respuesta, y suspirando resignada, abrió la puerta para dejarlo pasar.

Capítulo VIII

El olor putrefacto los golpeó a los dos con fuerza, desagradable y nauseabundo, era peor de lo que Camila recordaba, la vergüenza inundó su cuerpo, y se arrepintió de haberle permitido entrar.

—Pensé que sería peor —mintió Diego al sentir la tensión de Camila.

—¿Peor que esto?! —preguntó Camila incrédula.

—Nunca ha estado sentada al lado de mi tío después de que come lácteos.

Camila estalló en carcajadas, y agradeció que la hubiera hecho reír, no recordaba la última vez que se había relajado lo suficiente para pasar un buen rato.

Diego le dedicó una sonrisa y se puso manos a la obra, bajo la dirección de su hada, fue descubriendo todo lo que hacía falta reparar. Al entrar en la única habitación, las condiciones del sanitario eran fatales; demolerlo y rehacerlo, hubiera sido mejor que cualquier otra cosa, pero su mente comenzó a maquinarse ideas para solucionar con lo que Camila había adquirido en su tienda, a menos que se las ingeniara para traer algo más sin que ella se opusiera. Entonces se negó a permitir que durmiera en el colchón mugriento y manchado que reposaba en la maltrecha cama.

—No pretenderá acostarse sobre eso, ¿correcto? —preguntó Diego.

Camila se mordió los labios, no se había fijado en el estado de la colchoneta, realmente era asquerosa, probablemente costaría mucho dinero reponerla, debía esperar al siguiente mes. Pensó entonces follarlo en plástico antes de tender el juego de cama.

—Por supuesto que no, compraré uno cuando tenga la oportunidad —replicó Camila.

—¿Dónde va a dormir? ¿En ese sofá mugriento? No, tengo una solución.

—¿Cuál? —preguntó Camila esperanzada, quizás había alguna manera de limpiarlo sin gastar tanto dinero.

—“Emporios Dúplex” son mis socios comerciales, intercambiamos productos promocionales todo el tiempo, les pediré que traigan un colchón —explicó Diego extrayendo el celular de su bolsillo.

—¿No puedo aceptarlo! —exclamó la chica posando su mano en la de Diego para detenerlo.

La corriente eléctrica fue innegable, el contacto fue perturbador. Retiró su mano rápidamente.

—No me cuesta nada, es normal que solicitemos mercancía los unos de los otros, “Hogares Durand” tiene una gran cantidad de acuerdos con varias empresas locales y nacionales, no me cuesta nada. Lo digo en serio —insistió el chico disimulando la reacción que tuvo por su contacto, las ganas de besarla crecían en su interior.

—No sería apropiado aceptarlo —refutó Camila.

—¿Tonterías! —expresó el chico dándole la espalda para dirigirse a la sala de estar.

Diego había mentido, aunque era cierto que tenía tratos comerciales con muchas empresas, el colchón no saldría gratis. Le darían un descuento, pero el costo sería alto. Con rapidez le escribió al gerente de la sede más cercana de “Emporios Dúplex”, solicitó la pieza con las medidas necesarias, señaló la dirección para que hicieran el envío lo más pronto posible, e indicó que enviaran el cobro a su oficina.

Camila quedó sin palabras en la habitación, dudando de cuál acción tomar; necesitaba su

ayuda, necesitaba el colchón, y estaba corta de dinero. Sí, estaba necesitada y no podía darse el lujo de rechazar algo gratuito. Diego era un caballero, la trataba con respeto, aceptaría su buena suerte al contar con él.

Cuando salió a la sala, lo encontró organizando todo alejado de las paredes, para disponerse a rociar los químicos que ayudarían a eliminar el mal olor.

—Muy buenos los productos que escogiste, son perfectos para lo que necesitamos —dijo Diego recordando algunas de las cosas que había observado cuando la chica se encontraba pagando en su tienda.

—El gerente fue muy amable al aconsejarme qué debía comprar.

—Sí, Joaquín es una de los mejores activos de “Hogares Durand”.

Diego se dirigió a los gabinetes para buscar vinagre, fijándose que todos estaban polvorientos y vacíos.

—¿Qué necesitas? —preguntó la chica.

—Lo siento, por costumbre busqué el vinagre en la cocina.

—Compré tres galones, deben estar en los empaques.

—Cierto —replicó el chico revisando los contenidos de las cajas, lo buscado se encontraba junto a otros productos de limpieza, evidentemente, si la chica no tenía nada de eso en el apartamento, tampoco tenía comida; debía buscar la manera de solucionar eso también.

—La combinación de estos químicos son tóxicos, debemos protegernos. Necesitamos mascarillas y protectores corporales —dijo Diego.

—Solo compré una mascarilla y un overol desechable. Puedo encargarme de eso —replicó Camila.

—Yo tengo en mi pickup —afirmó el chico saliendo a buscarlas en el compartimiento donde guardaba todo tipo de equipos y herramientas.

Con una evidente experiencia y precisión, Diego fue rociando la combinación de productos junto a Camila, a pesar de que él insistió en hacerlo todo, ella se negó. Media hora después, se encontraban fuera del departamento, el olor era muy fuerte y ardía en la garganta.

—Muy bien, ahora debemos esperar unas dos o tres horas antes de volver a entrar, es hora de almuerzo. Vamos a comer —indicó Diego.

—No es necesario —replicó Camila imaginando que cualquier lugar que escogiera Diego, sería más costoso de lo que ella podía costear—. En cualquier momento llegará el colchón, y alguien debe recibirlo.

—Estoy seguro de que el conserje nos puede ayudar con eso —refutó el chico caminando hacia la salida.

Camila tardó en reaccionar, la verdad era que había ahorrado dinero comprando en la tienda de Diego, y no había desayunado, tenía hambre. No gozaba de fuerzas para discutir, y la compañía de su estudiante era bastante agradable, obviando el hecho de que la parecía sumamente atractivo, era como un caramelo para sus ojos. Después de dos días de miserias, algo de bondad y ligereza le caerían bien.

Cuando llegó afuera, se percató de que Diego le entregaba un billete doblado al conserje antes de darle la mano, el hombre le sonrió complacido, debió haber sido una muy buena propina. Camila iba a reprocharle, pero decidió dejarlo pasar, ambos se montaron en el vehículo y partieron en silencio. Sin entender las razones, la chica se sentía muy nerviosa, sentarse a comer implicaba conversar, conocerse, y no deseaba contarle nada de su vida privada, no solo porque ella era muy cautelosa con la información sobre su vida privada, sino porque también sería

inapropiado.

Llegaron a un pequeño restaurant de comida china en un reducido centro comercial de una planta; conocía el lugar, además de económico, la comida era deliciosa.

Les asignaron una buena mesa donde no hacía ni frío, ni calor, y se dispusieron a ojear el menú. Camila nunca pensó que ordenar platos podía ser tan divertido, el chico sabía de comida y cocina, comentaron sobre los alimentos que había probado cada uno, y se propusieron probar otros nuevos.

Pidieron comida como para seis personas, y Camila se preocupó del monto de la mitad de la cuenta que debería pagar, pero estaba ahorrando el costo de un colchón nuevo y del trabajo manual de la reparación de su apartamento, así que lo disfrutará sin ponerle más pensamientos al tema del dinero.

Mientras esperaban que el mesonero regresara con el pedido, un silencio incómodo empezó a crecer entre ambos, Diego maquinaba cómo preguntarle sobre un tema que parecía delicado.

—Profesora —dijo finalmente el chico—. Sé que no está obligada a responderme, y quizás es demasiado atrevido de mi parte preguntar, pero... ¿por qué le reasignaron una nueva oficina y apartamento? No sé si estoy equivocado, pero, lo percibo como un castigo, una represalia, y no le veo sentido. Usted es una de las mejores profesoras que conozco en la universidad.

Camila se tensó ante estas palabras, jamás le contaría a nadie lo de Visser, mucho menos a un estudiante suyo; por mucho que lo veía más como un buen hombre que como un alumno, ni siquiera eso la motivaría a confesar las penurias que el decano le hacía vivir, finalmente respondió:

—Sé que me pregunta motivado por la preocupación, por eso no lo considero un atrevimiento de su parte, pero no debo responderle. No es apropiado que conozca la vida privada de un profesor.

—Lo entiendo, y quizás si me conociera mejor supiera que jamás sería capaz de traicionar su confianza. No me parece justo lo que está pasando, no entiendo por qué una universidad tan prestigiosa, con una matrícula tan costosa, con eventos de recaudación de fondos tan majestuosos, no ocupa parte de esos fondos en darle una infraestructura adecuada a sus empleados.

Camila se mordió los labios angustiada, si Diego, dueño de Hogares Durand, hacía algún reclamo sobre su situación, la metería en problemas más graves de los que tenía.

—La universidad cuenta con los fondos para el mantenimiento de las instalaciones, fue decisión mía repararla con mi dinero —informó Camila.

—¿Por qué?

Ella no respondió, desvió la mirada hacia las afueras mientras tomaba un sorbo de su soda.

—Muy bien, no preguntaré sobre su situación, pero si quisiera saber cómo es posible que le asignen a un profesor un apartamento en ese estado, es inaceptable.

Camila se vio forzada a responder con una verdad a medias:

—Esa vivienda estuvo más de un año desocupado, era el único disponible para mí, ya que mi antiguo apartamento fue reasignado.

—Pero está inhabitable, es una situación que no debería ocurrir en una universidad de este nivel, de este prestigio, con un patrimonio valorado en millones de millones —insistió el chico indignado, por un lado, agradecía la situación porque le daba oportunidad de compartir con ella, pero por otro; si él no hubiera estado en la tienda esa mañana, ella hubiera gastado un dinero que obviamente no tiene, y estaría pasando miserias reparando todo sola.

—Señor Durand...

—Diego, por favor.

—No, nuestro trato no debe cambiar... señor Durand, entiendo su preocupación, la agradezco, y le aseguro que esto no es un acto de la institución, si menciona esto a cualquiera, a quien sea, y llega a oídos de la persona equivocada, podría perder mi trabajo y mi beca de estudios —explicó Camila.

—No tenía ninguna intención de comentarlo con nadie, simplemente quería saber si podía colaborar con alguna solución —replicó Diego.

—Lo que haces es más que suficiente, has sido una luz después de dos días muy oscuros.

Él percibió el agradecimiento en sus ojos, y pensó que había dejado respirar cuando le sonrió amablemente, su belleza brilló como nunca, y Diego reafirmó su determinación de hacerla parte de su vida. El mesonero regresó con los alimentos y el encanto se rompió, todo olía muy bien y ambos tenían mucha hambre.

Comieron conversando sobre sus experiencias culinarias en la zona, dónde se comían los mejores sándwiches, las mejores pizzas, entre otras comidas rápidas que compraban por razones de tiempo.

Diego era sencillo y con los pies sobre la tierra; amable y noble, un peligro, pensó Camila, fácilmente podría caer bajos sus encantos y debía cuidarse de eso.

De pronto Diego se disculpó para ir un momento al cuarto de baño, y justo cuando iba a darle la espalda, Camila confesó:

—Sí, fue un castigo, una represalia; por una situación donde no tuve ninguna responsabilidad, y no merezco las consecuencias, pero escapa de mis manos, no puedo hacer nada para cambiarlo, y eso está bien. Podría ser peor.

—¿Peor que un calabozo como oficina y una cloaca como casa?

—Es todo lo que puedo decirte —cortó ella.

Él asintió diciendo:

—Gracias por compartir eso conmigo.

El chico se dirigió al baño mientras Camila quedó pensando; sí, podría ser peor, pudo ser violada o presionada a entregar favores sexuales para mantener y ascender su estatus. Eso jamás, prefería la cloaca y el calabozo.

Diego sintió que echaba humo mientras pagaba la cuenta, ya que aprovechó su viaje al sanitario para tomar cartas en el asunto; estaba seguro de que Camila le discutiría e insistiría pagar la mitad a pesar de que él comió el doble que ella.

Pensó en sus palabras, la oficina, el apartamento, eran herramientas de tortura, pero, ¿por qué? ¿Envidia del profesorado? Su hada era preciosa, inteligente, capaz, profesional, con un futuro brillante; quizás alguien le tendió una trampa o algo parecido para perjudicarla, porque no tenía sentido lo que le ocurría.

Lo averiguaría, no sabía cómo, pero en algún momento sabría quién le estaba haciendo daño y haría justicia de alguna manera.

—¿Vamos? —preguntó Diego al regresar a la mesa—. Conozco una pastelería cerca que vende unos dulces de muerte.

—Debemos pagar primero, señor Durand —replicó Camila.

—Eso ya está listo.

—Señor Durand, por favor, me hace sentir incómoda.

—Pues mi mamá se sentiría más incómoda revolcándose en la tumba, al enterarse que dejé que una dama pagara la cuenta, lo siento, a usted apenas la estoy conociendo, prefiero su incomodidad que la de mi madre.

Camila soltó una carcajada antes de ponerse de pie, e inmediatamente se enserió al pensar que estaba mal reírse sobre un comentario sobre su madre muerta.

—Mi mamá también se hubiera reído con mis palabras —agregó Diego sonriendo.

Unos minutos después estaban en la pastelería, durante un buen rato se pasearon por los mostradores mencionado sus dulces favoritos, pidieron unos para comer ahí, y muchos otros para llevar; en esta ocasión, Diego sacó a colación a su padre al momento de pagar la cuenta, y Camila tuvo que ceder.

Había pasado un par de horas, y Diego recomendó que esperaran un poco más antes de regresar al apartamento a retirar los químicos para empezar a trabajar.

—¿Qué podemos hacer mientras tanto? —preguntó Diego procurando ser respetuoso, debido a que lo que deseaba, era llevarla a su casa, besarla y hacerla suya.

—No sé si usted necesita hacer alguna diligencia, yo quisiera ir al refugio a visitar a mi gato, quizás nos podemos ver en un rato en el apartamento —replicó Camila.

—¿Por qué su gato está en un refugio?

De pronto, todo lo vivido en los días anteriores explotó en el pecho de la chica y rompió a llorar.

Capítulo IX

Diego se angustió al oír el llanto de Camila, no sabía qué hacer, la necesidad de consolarla crecía en él incontrolablemente, pero estaba consciente de que no debía acercarse. ¡Ni siquiera lo llamaba por su nombre de pila!

Camila pedía disculpas una y otra vez secándose las lágrimas, pero era inútil detenerlas, era como si tuvieran vida propia y llovían de sus ojos sin que nada pudiera interrumpirlas.

El chico le repetía que no se disculpara, deseaba decirle que todo estaría bien, sin embargo, no sabía qué ocurría, no sabía cómo ayudarla y eso lo frustraba.

Después de unos minutos que parecieron una eternidad, ella pudo hablar:

—Me imagino que entenderás por el olor de mi nueva vivienda, que prohibieron las mascotas en el edificio. Mi gato, Tito, se quedó sin hogar. Todo ha pasado de manera repentina, no sé qué voy a hacer. Siento mucho que me veas de esta manera, ¡es tan inapropiado!

—¡Por favor! Nunca pensé que iba a odiar tanto una palabra: “inapropiado” —replicó Diego—. Es totalmente comprensible que le duela la situación de Tito, pero, puedo ayudarla. Yo puedo ofrecerle un hogar.

—¿Qué? —preguntó Camila confundida.

—Amo los animales, Tito puede vivir conmigo.

—Pero... no... no podría... —tartamudeó la chica confundida y desconfiada. No lo conocía, y Tito era como un familiar; aunque la noción de encontrarle un hogar era atractiva, la idea de un cuidado negligente le aterraba.

Diego extrajo su celular, y ubicó la carpeta de imágenes, deslizando el dedo por la pantalla, le mostró fotos de él con un hermoso gato *ragdoll* de pelaje grisáceo, algunas eran individuales del animal en posturas divertidas, así como videos que mostraban algunas travesuras.

—Ella es Cleopatra, Cleo —explicó Diego mientras las imágenes danzaban en su teléfono—. Antes de que mi madre muriera, la adoptó y me la regaló. Debido a la enfermedad de mis padres, me volví una persona solitaria, y a ella le preocupaba que me quedara sin compañía. Entiendo cómo se siente, porque no sé qué haría si alguien me forzara a desprenderme de ella. Es muy dócil y cariñosa... y una hembra esterilizada. Creo que podría llevarse muy bien con Tito, propongo que probemos unos días, si establecen una amistad entre ellos, felizmente le doy un compañero a Cleo, creo que la haría feliz, sé que ella me extraña cuando no estoy en casa.

Camila pasó unos minutos contemplando las fotos y videos, la esperanza logró calmarla, y sus pensamientos comenzaron a alegrarse al imaginarse a Tito disfrutando la compañía de Cleo, pero, por un lado, algo en su interior le decía que crearía un vínculo incorrecto con Diego; y por el otro, su amor por su mascota le exigía que cediera.

—No podría imponerle esa responsabilidad —dijo Camila de manera retórica para confirmar el ofrecimiento del chico.

—Me haría un favor, llevaba un tiempo pensando en adoptar un amigo para Cleo —admitió Diego.

—Tito también es muy dócil, creo que estaría dispuesta a intentarlo —aceptó la chica

finalmente.

—Vamos al refugio, ¿cuál es? —preguntó el chico encaminándose ágilmente a su auto, no le daría oportunidad para arrepentirse, adoptar a su mascota era una tontería comparado con todo lo que deseaba hacer por ella; quería protegerla, hacerla feliz.

Unos minutos después se encontraban en el refugio; Diego quedó gratamente satisfecho al conocer a la mascota, era dócil y cariñoso, ronroneó feliz por las caricias del chico bajo la mirada aliviada de Camila, quien escuchó con atención la llamada que el chico realizaba:

—Ramón —dijo Diego al auricular de su celular— ¿Crees que puedes hacerme un favor?... Muy bien, necesito que vengas al refugio Arcoíris y busques a un gato llamado Tito, lo vas a llevar a mi casa... sí, Josefina está ahí. ¿Puedes grabar videos con tu celular?... Perfecto; Josefina va a estar esperando. Quisiera que filmaras la reacción del gato cuando llegue, su interacción con Cleo, todo lo que ocurra los primeros minutos, ¿puedes ayudarme con eso?

Unos segundos después, Diego realizó otra llamada:

—¿Josefina?... Sí, ya almorcé. Necesito que me ayudes con algo... Ramón va a llevar un gato, será una excelente compañía para Cleo. Ramón va a filmar su reacción al llegar a casa, pero si puedes tomar otro ángulo, te lo agradecería... Sí, es muy bonito, te va a gustar... Sí, Cleo se va a poner contenta... No, todavía no voy a llegar, estoy ocupado, quizás llegue tarde... Seguro... Gracias, Josefina.

Diego se dispuso a dejar indicaciones en el refugio de la persona que recogería a Tito, dejó una donación asegurando que luego les haría llegar un mayor importe, y guio a Camila de nuevo al vehículo para dirigirse de vuelta al apartamento y así iniciar la remodelación.

La chica estaba como en estado de *shock*, nunca, en toda su vida, había experimentado una actitud protectora de parte de nadie, quizás con Jackie; pero lo que ocurría ahora con Diego, era totalmente distinto.

Desde muy pequeña tuvo que aprender a ser independiente, la incapacidad de su madre de alejarse de un esposo alcohólico y abusivo, la obligó a alcanzar las metas de su vida por sus propios medios. Todo lo que había logrado, lo había conseguido sin ayuda de nadie. Esta situación la perturbaba.

Obviamente se sentía agradecida, pero los cambios controlados por otros la desequilibraban, debía adaptarse. El orgullo no la llevaría a ninguna parte, Visser era el culpable, y si alguien desinteresadamente podía otorgarle un apoyo tan desesperadamente necesitado, debía aceptarlo con los brazos abiertos.

La chica se mantuvo pensativa por mucho rato, Diego tomó el control de la situación, de manera dinámica y eficiente interactuó con el conserje que había recibido el colchón, y que, agradecido por la propina, se puso a la orden para ayudar en cualquier asunto que necesitaran en sus reparaciones.

Al abrir el apartamento, Camila se percató de que había varios ventiladores dispuestos estratégicamente en diversos puntos de la vivienda; evidentemente gracias a Diego. El mal olor había desaparecido por completo, y eso daba la sensación de que la residencia era un lugar totalmente nuevo.

Con eficacia y rapidez, entre ambos eliminaron los residuos de los químicos, y luego de una limpieza profunda, el lugar estaba listo para iniciar su remodelación.

Diego fue eficaz en cada una de sus instrucciones, era rápido, pero cuidadoso, nada escapaba de su atención bien enfocada por hacer un buen trabajo, él deseaba que el hogar de su hada fuese cómodo, bonito y agradable.

Al final de la tarde tomaron una pausa para comer algunos de los dulces que habían adquirido en la pastelería, momento que Diego aprovechó para conversar. Fue muy inteligente al mantenerla distraída, no deseaba verla llorar más nunca, y su motivo no era porque considerara que no había motivos para estar triste, su motivación era, que quería que ella fuera feliz.

Al notar que Camila se perdía en sus pensamientos, comenzó a relatar una historia que ella conocía: las circunstancias que ocasionaron la muerte de sus padres.

A pesar de que la chica estaba al tanto de los hechos, porque los había escuchado de la boca de Angelina, había oído una conversación privada, y lo más cortés era prestarle atención como si no conociera la historia; sin embargo, no tuvo que esforzarse mucho, oír la versión de Diego le otorgaba unos matices tan distintos, que la sorpresa de descubrir sus experiencias personales las experimentó como una novedad.

Camila le ofreció unas palabras de consuelo y admiración, ignorando el hecho de que Diego deseaba conocer su historia también.

En ese momento, unas notificaciones avisaron que nuevos mensajes habían arribado al celular del chico: eran varios videos y fotos de Tito en la residencia de Diego.

Camila intentó contener las lágrimas por el resultado, al principio, Tito se veía asustado y confuso, Cleo, emocionada e impaciente por jugar con su nuevo amigo. Algunas imágenes mostraban al gato explorando la casa, grande y elegante, aunque algún mobiliario se encontraba cubierto con sábanas blancas. En otros videos, se observaba a la gata siguiendo a la nueva adquisición. Por último, contempló la grabación de los dos gatos acostados en una cama lamiéndose uno al otro. El romance se había consumado.

La chica escondió el par de lágrimas que escaparon de sus ojos, le dio su más profundo agradecimiento a su acompañante, y se dispuso a preguntar sobre procedimientos de remodelación; debido a que le pareció más seguro, y menos invasivo que hablar de su vida privada, preguntar cómo podía mejorar uno que otro aspecto del apartamento.

Él entendió que no era el momento para profundizar en las circunstancias que convertían a su hada en la maravillosa persona que era, así que aceptó que se dispusieron a continuar el trabajo; hasta que Camila le señaló a Diego que eran las ocho de la noche, y que podían continuar al día siguiente, que ella iría a la lavandería del edificio a lavar algunas de sus prendas, incluyendo su ropa de cama, y que, si estaba muy cansado, ella podría terminar sola.

Diego ignoró sus palabras, a través de su teléfono, ordenó una pizza, bebidas y postre, para continuar el trabajo. Le aseguró a su hada que podía ir tranquila a lavar lo que necesitara, que él adelantaría el trabajo ya que no estaba seguro de que pudieran terminar a tiempo la remodelación antes de que terminara el fin de semana, a menos que aprovechara un poco más de tiempo de ese día.

A las 11 de la noche Diego se despedía prometiendo regresar a las 8 de la mañana del siguiente día, y Camila, con prendas recién salidas de la secadora de ropa, aprontó su cama donde durmió como si no existieran problemas en su vida.

A las 7:55 de la mañana, Camila despertó por un sonido de golpe de puerta. Había dormido profundamente, apaciblemente, algo por lo cual se sintió agradecida.

Diciendo en voz alta que pronto abriría la puerta, se apresuró a cepillarse los dientes,

sintiéndose tranquila de haber dormido con unos pantalones deportivos y camiseta que le permitirían recibir a Diego sin sentir vergüenza por su atuendo.

El chico cargaba una caja de materiales, otra de herramientas, y unos empaques con un desayuno humeante recién comprado. Su sonrisa, al abrir la puerta, fue como un bálsamo medicinal.

Comieron en el mostrador de la cocina, donde Diego relató su encuentro con Tito y Cloe en su cama la noche anterior, donde, a pesar de que descansó muy bien, tuvo que adaptarse debido a que los gatos se apoderaron de su lecho y él no quiso incomodarlos.

Pronto se pusieron manos a la obra, Camila olvidó sus penas, y al mismo tiempo dejó de lado, igual que la tarde anterior, que Diego era su alumno; para ella, era como si el chico fuera parte de su vida, algo que la complementaba y la hacía sentir serena.

Llegó la hora del almuerzo, y Diego volvió a imponerse, ordenó comida italiana, una succulenta lasaña, pan, ensalada, bebidas y postre. Camila intentó aportar en el pago, pero él la ignoró por completo.

Mientras comían, el chico maquinaba un plan. Sabía, por la actitud de su ninfa, que tenía problemas monetarios, y él contaba con recursos que excedían sus necesidades. Así que tomando en cuenta el orgullo que la caracterizaba, suavizó su voz al comentar:

—Toda mudanza conlleva gastos necesarios, supongo que debes hacer una buena compra de comestibles... yo tengo tratos con la cadena “Supermercados Mayor”, ellos ofrecen una gran variedad de productos y hacen entregas a domicilio.

Camila se mordió los labios, aunque la franquicia mencionada tenía buenos precios, el almacén donde pretendía hacer sus compras era más económico, por lo que decidió ser delicada al rechazar su propuesta:

—No creo que pueda encargarme hoy de eso, falta mucho por terminar. En cualquier momento iré al “Almacén Caribú”.

Diego frunció el ceño, ese lugar era barato porque ofrecía productos de mala calidad, se negó a permitir que ella adquiriera sus alimentos allí.

—Cuento con un excelente descuento en “Supermercados Mayor”; dígame qué tiene pensado comprar, y podemos hacer el pedido en este momento.

—Me parece deshonesto que utilice su descuento para una desconocida —apuntó Camila recelosa.

—Ayer hablé de esto —replicó Diego—; tengo acuerdos comerciales con una gran cantidad de empresas, eso me incluye a mí, y a mis familiares. No tengo hermanos, mis padres murieron, que desee incluir a la mejor profesora de mi universidad, no debe considerarse como un fraude o nada parecido.

—No es honesto —insistió Camila.

—Profesora Cruz, créame, mi ética de vida prohíbe actuar de manera deshonesto, si hago el ofrecimiento, es porque estoy seguro de que estoy actuando correctamente —refutó Diego.

Estas palabras fueron pronunciadas porque él no tenía intenciones de usar el descuento, simplemente, aparentaría una rebaja y él cubriría la diferencia.

—Tiene que entenderme, no me siento cómoda con tantas atenciones de parte de uno de mis estudiantes —explicó Camila.

—Entonces no me vea como uno de sus estudiantes, véame como un amigo que tiene posibilidades de facilitarle la vida sin pedirle nada a cambio —dijo Diego.

—¿Algo así como caridad? —preguntó Camila incómoda.

—¡No! Algo así como un hombre que descubrió a una maravillosa y talentosa persona, que se encuentra acondicionando su nuevo hogar, y está en la capacidad de ayudar sin ningún tipo de esfuerzo —apuntó Diego.

Camila y él mantuvieron la mirada fija el uno en el otro por unos segundos, ella no podía evitar preguntarse si esto le acarrearía algún costo emocional, pero Diego se notaba muy sincero, honesto, sus ofrecimientos eran consecuencia de la gran persona que era.

Terminó cediendo y mostró la lista de alimentos que tenía pensado adquirir, de la cual, Diego tomó una foto en su celular para enviárselo al supervisor de la franquicia de mercados mencionada, especificando en privado, que cobrarán el 50% ya que él se encargaría de los demás. Le indicó a Camila el monto que “debía pagar”, y por el cual ella realizó una transferencia bancaria complacida al suponer que se había ahorrado un gran gasto, y luego se dispusieron a continuar con las remodelaciones, mientras esperaban el tiempo que le tomara a la empresa reunir los artículos y enviarlos.

Un rato después, un par de empleados de Diego aparecieron con más ventiladores, el chico se dispuso a barnizar y pintar lo que arreglaba para luego ir colocando los aparatos y así garantizar que el apartamento no oliera a pintura y la chica pudiera dormir tranquilamente. Con un producto especial para limpiar telas, puso el sofá como nuevo, lo mismo hizo con otros artículos.

Él se movía de manera precisa y rápida, deseaba terminar a la hora de la cena para invitar a Camila a salir a celebrar su nuevo hogar. Tuvo la esperanza de que ella no rechazaría un beso, la chica se comportaba cada vez más cómoda con él, las corrientes eléctricas que sentían cuando se tocaban accidentalmente eran emocionantes, y las risas acompañaban sus palabras.

Al final de la tarde llegaron los comestibles, y Camila se dispuso a guardarlos en los gabinetes mientras el chico continuaba los trabajos; otros videos de Tito y Cleo llegaron al celular de Diego; y la chica rio complacida al observar que su gato era feliz en su nuevo hogar.

Cuando estaban a punto de terminar, eran las nueve de la noche, y un toque de puerta anunció la llegada de una cena que había ordenado Camila sin que Diego se diera cuenta.

—¿Por qué lo hizo? Tenía planeado que saliéramos a cenar para felicitarnos por nuestro trabajo de remodelación, hacemos un buen equipo —dijo Diego.

—No sabía que tenía planes para nosotros, simplemente pensé que no podía aceptar que volviera a invitar la comida. Termine tranquilo lo que está haciendo, voy a disponer la mesa —replicó Camila.

Diego la observó por unos segundos, le faltaba muy poco por terminar, y ese lugar era mejor que sus planes, tendrían mucha más privacidad.

La chica había solicitado comida tailandesa de un lugar que le gustaba mucho, era un poco más costoso de lo que ella estaba acostumbrada a comprar, pero deseaba mostrar su gratitud con una buena cena.

Diego se apresuró a finiquitar los últimos detalles, situó unos ambientadores que Camila había comprado en lugares estratégicos para que los aromas florales los envolvieran; y luego se dispuso a trasladar sus ventiladores y demás equipos a su pickup, ya que no deseaba hacer eso luego de la cena, quería disponer de toda su atención en buscar la oportunidad de darle un beso de buenas noches antes de irse, y guardar sus cosas podría estropear el momento de la despedida.

Camila adornó la mesa con velas sin olor, y su colorida vajilla: una porcelana de colores primaverales que combinaban armoniosamente con las tonalidades del resto de su decoración. Diego estaba guardando sus cosas en su vehículo cuando todo estuvo listo, y la chica paseó la mirada por su nuevo hogar, la paz que sintió en su pecho fue indescriptible, y contuvo las ganas de

abrazar al chico cuando regresó al apartamento.

—¡Guao! —exclamó Diego al ver la mesa—. No podría imaginar un mejor lugar para cenar esta noche.

—Por favor, siéntese —solicitó Camila—. Voy a buscar la comida.

—Permítame ayudarla —ofreció Diego siguiéndola a la cocina.

—No, por favor —insistió Camila—. Déjeme agradecerle todo lo que ha hecho por mí este fin de semana.

—No hay necesidad de agradecerme nada, ha sido un inmenso placer compartir con usted, conocía su ingenio e inteligencia gracias a sus ponencias, pero conocerla fuera de la universidad, le ha otorgado unas tonalidades extras de los cuales me siento agradecido, siempre es agradable compartir con personas que aportan interesantes y nuevas experiencias a nuestra vida —replicó Diego.

—Por favor, siéntese —repitió Camila con una sonrisa mientras le daba la espalda para ir a buscar la cena.

No supo qué otra cosa responder, sus palabras llegaron al fondo de su alma, ella era una persona solitaria que no estaba acostumbrada a los halagos, y a pesar de que sentía que se encontraba en presencia de un amigo, recordó que aquella relación no debía expandirse más allá de esa noche; si Visser descubría que se codeaba socialmente con un estudiante, le daría la excusa que necesitaba para chantajearla o despedirla.

La chica dispuso los alimentos en las distintas fuentes que poseía, sirvió la mesa como su madre le había enseñado alguna vez, ya que su padre era muy estricto con el protocolo al momento de sentarse a comer, y su progenitora, fue muy buena disponiendo el servicio de la comida de una manera elegante, y digna de la más alta aristocracia a pesar de sus bajos recursos.

Junto con el pedido, había solicitado una botella de vino tinto. Ella no estaba acostumbrada a tomar, pero una copa era acorde con la ocasión, entonces permitió que el chico abriera la bebida y sirviera en los dos envases que había colocado para ello.

—Esto se ve delicioso, profesora Cruz —dijo Diego deseando llamarla por su nombre.

—De verdad estoy muy agradecida, usted fue una luz incandescentemente necesitada en un momento de oscuridad. Muchas gracias —replicó Camila ocupándose en servir su plato sin levantar la mirada.

Ella se sintió avergonzada, como si hubiera abusado de la bondad de su alumno, no sabía si su impresión estaba correcta porque su experiencia era limitada, pero parecía que Diego estaba interesado en algo más que una relación maestra-estudiante, y más allá que una amistad, y, a pesar de que, si sus circunstancias fueran distintas, por alguien como él estaría dispuesta a experimentar una relación romántica por primera vez, sabía que era imposible, y eso la entristeció.

Por su parte, Diego se sintió decepcionado al notar la actitud cabizbaja de Camila, la energía que intercambiaron durante el fin de semana fue excitante y la deseaba de vuelta; debía buscar la manera de regresarla. No le importaba el trato respetuoso de palabra, pero si ella se mantenía renuente a mirarlo, la posibilidad de un beso era inalcanzable. Recordó que hablar de su gato le gustaba, así que lo trajo a colación:

—Debemos organizarnos para que pueda ver a Tito, mi casa siempre tendrá las puertas abiertas para usted, puede visitarlo cuando quiera.

Camila se tensó, y soltó los cubiertos para levantar la mirada y decir:

—Señor Durand, no encuentro palabras que expresen mi agradecimiento. ¡Y eso que estudié filología!, ¡las palabras son mi vida! —entonces suspiró antes de continuar—. Una amistad entre

nosotros es imposible, por supuesto que desearía poder ver a Tito constantemente, pero no hay manera de que usted imagine lo que una relación entre nosotros acarrearía a mi vida, podría destrozarla en un abrir y cerrar de ojos.

—Profesora Cruz, nadie sabrá que estuve aquí este fin de semana, y nadie sabría sus visitas a mi casa para ver a su mascota.

—Señor Durand —objetó Camila—. Insisto, agradezco sus buenas intenciones, pero eso no va a ocurrir, luego de hoy, debemos continuar nuestras interacciones tales y como las llevábamos antes de ayer, debemos comportarnos respetuosamente de la misma manera con la que me relaciono con otros estudiantes, pero, si usted cree que es mejor que le busque otro hogar a Tito...

—¡No! ¡Por favor! —interrumpió Diego—. Jamás condicionaría la estada de Tito en mi casa, entiendo su posición, y usted tiene razón, no puedo imaginarme los problemas que le traerían una amistad entre nosotros. Respeto su postura.

Camila sonrió y bajó la mirada de nuevo para continuar su cena, tuvo que obligarse, porque había perdido el apetito, pero no deseaba que Diego se percatara de cuánto le afectaba rechazar su ofrecimiento, y que la idea de no volver a ver a Tito la descomponía en demasía.

—Quizás podemos llegar a otro arreglo —se apresuró a decir el chico—. Josefina, mi ama de llaves, sale a pasear a la plaza de la calle 23 casi todas las tardes, quizás puede llevar a Tito con ella, y pueden encontrarse ahí en cualquier momento.

—No podría importunar los paseos de la señora Josefina de esa manera —refutó la chica.

—No serían ningún problema, Josefina me reclama que no le doy más actividades que hacer.

Camila se confundió con estas palabras, no tenía ni idea qué quiso decir Diego. Él comprendió que debía explicarse, así que inmediatamente se dispuso a hacerlo:

—Josefina fue empleada de mis padres desde que era muy joven, asistió a mi mamá casi toda su vida. Aunque mi madre fue entregada al hogar, y no le hacía falta ayuda, supo que Josefina quedó huérfana y sin casa cuando tenía dieciocho años, y prácticamente la adoptó. Cuando mis papás murieron, Josefina lloró inconsolablemente por días, no solo perdió a quienes consideraba como sus padres, sino que pensó que se había quedado sin techo y sin trabajo, obviamente la tranquilicé, podía seguir viviendo en mi casa todo el tiempo que quisiera, sé que su paga es buena y que podría independizarse si lo deseara, pero si sus deseos es pasar el resto de su vida en el único hogar que conoce, yo no tengo ningún problema que siga viviendo conmigo.

Camila se sorprendió ante estas palabras, cada nuevo conocimiento sobre la vida y el carácter de Diego mostraban su nobleza y caballerosidad, era perfecto, era el hombre ideal. Era una relación imposible. Sus pensamientos fueron interrumpidos por Diego quien seguía hablando:

—Yo quiero a Josefina como si fuera una tía, una segunda madre, no me agrada pedirle cosas o tratarla como una empleada; con la excusa de que las muertes de mis padres me afectaron mucho, clausuré la mayor parte de la casa, muchos muebles y objetos están cubiertos con sábanas, lo cual Josefina odia. Mi madre me enseñó a ser independiente, yo limpio mi cuarto, lavo la ropa y cocino mi comida, eso hace que Josefina se sienta inútil: y no lo hago adrede, la verdad, así que tuve que acostumbrarme a permitirle preparar mi comida, y le encomendé el huerto de mi madre, del cual comemos... creo que me extendí demasiado... en pocas palabras, si le pido a Josefina que lleve a Tito al parque de vez en cuando, sé que le haría feliz que le haga una encomienda adicional.

Camila esperó un poco antes de responder, no solo porque no estaba segura de que él había terminado, sino porque lo expuesto no le dejaba otra opción sino aceptar su propuesta.

—Muy bien, pero cada quince días, para no importunarla —dijo la chica conteniendo su deseo

de ver a Tito todos los días.

—Lo que digo es sincero, si quiere verlo todos los días, es posible —afirmó Diego.

Camila sonrió, y aceptó que el chico compartiera el número telefónico de su empleada para que se comunicara con ella cada vez que quisiera coordinar un encuentro. La chica sonrió agradecida, conteniendo de nuevo las ganas que la incitaban a abrazarlo.

Diego se apresuró a cambiar el tema, no deseaba que Camila perdiera los ánimos que había recuperado al saber que podía ver a su gato cuando ella quisiera, así que se dispuso a relatar sus experiencias leyéndole libros a sus padres. Camila conocía la historia gracias a Angelina, pero, por segunda vez, escuchar los hechos de la boca del chico se convirtió en una nueva experiencia que ocasionaba que ella lo admirara cada vez más.

Intercambiaron opiniones sobre algunos libros, y la conexión entre ellos crecía con el pasar de los minutos. Diego se negó a que ella recogiera y limpiara sola, así que se dispuso a ayudarla. Al finalizar, era evidente que ninguno de los dos quería separarse.

—Mañana debo levantarme temprano, y usted también —señaló Camila.

Diego asintió, deseando que ese día fuera eterno. Con una pesadumbre que había olvidado, el chico se dirigió a la puerta de salida, no deseaba irse, ni esa noche, ni más nunca. Deseaba quedarse ahí, con ella, para siempre.

—No quiero que olvide que estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho, y que, si mi trato hacia usted es distante, es porque es necesario, lo siento mucho —indicó Camila.

Él la miró con tristeza, sintió aquel intercambio como una despedida y no le gustó, contuvo las ardientes ganas que sentía por acariciar su rostro, posar sus labios en sus párpados para suavizar su expresión y consolarla y hacerla sentir tranquila y relajada.

Se miraron a los ojos por unos segundos, y él se atrevió a acercarse a ella, poco a poco, con cautela, anhelando que Camila no lo rechazara.

Ella se mantuvo inmóvil, deseando algo desconocido, nunca la habían besado de verdad, por lo menos no la habían besado adecuadamente; había leído sobre eso, pero experimentarlo era distinto y deseaba vivirlo con él. Sintió la respiración de Diego en su rostro, su olor almizclado era delicioso.

Poco faltó para que sus labios se unieran, cuando Camila reaccionó; toda su vida dependía de aquel beso, lo perdería todo si permitía que sucediera, por lo que dio un par de pasos hacia atrás diciendo:

—Buenas noches, gracias por todo.

Diego sonrió, convencido que algún día lograría convencerla y estarían juntos, a pesar de sus condiciones sobre cómo debían relacionarse, y del trato serio que exigía entre ellos, sabía que conseguiría la manera de que su relación fuera posible. Con una inclinación de cabeza se despidió, desapareciendo en la noche.

Camila suspiró; todo el fin de semana fue como un sueño bonito, un sueño que le otorgó una vivienda habitable de buen olor.

Con una gran sonrisa en sus labios, como si no existieran problemas en el mundo, ella durmió apaciblemente.

Capítulo X

Camila llegó descansada a la universidad a pesar de su agitado fin de semana, su pequeña y oscura oficina no le molestaba, ya que su hogar, su lugar sagrado de reclusión voluntaria, era ahora un lugar cómodo, bonito y adaptado a ella a pesar de su limitado tamaño comparado con el anterior.

Llevaba una sonrisa en el rostro que apuró a desvanecer cuando imaginó que Visser podía verla, si él se enteraba que sus reasignaciones no le estaban afectando, podría empeorar su vida.

Las ponencias en donde le daba clases a Diego eran los martes y jueves, ese día podía pasar su jornada tranquila sin preocuparse en cómo se sentiría cuando lo viera, debería ser absurdo extrañarlo, pero no pudo evitarlo, le hacía falta. Los dos días anteriores habían sido maravillosos, su compañía era como la medicina que necesitaba su alma rota.

No podía pensar en él de esa manera, debía ignorar lo que sentía, no podía permitir que siguiera creciendo esa sensación de dependencia, de ansias por verlo.

Se dedicó a trabajar en la biblioteca todo el día, en la tarde recibió sus clases y regresó a casa sintiéndose inmensamente feliz al abrir la puerta; el aroma a flores invadió sus sentidos, y el perfecto orden de sus cosas de colores primaverales le recordaron que todo tenía solución, y que el viperino Visser no iba a poder destruir su espíritu.

Al día siguiente se encontraba nerviosa antes de ir a clases, aspiró una gran cantidad de aire al momento de cruzar la puerta, y con una sonrisa se dispuso a compartir sus conocimientos. Su actitud era otra, y los estudiantes se percataron y la aprovecharon, hubo mayores intercambios y participación, lo que le enseñó a Camila, que, con una mejor disposición de su parte, las ponencias eran más nutritivas.

—Antes de terminar quería comentarles —dijo Camila de pronto—; que, si desean reunirse conmigo, de ahora en adelante deben enviarme un correo electrónico para acordar el lugar.

—¿Ya no debemos comunicarnos con alguna de las asistentes del profesorado de Estudios Literarios?

—No, ahora es directamente conmigo. En estos momentos me encuentro en otra oficina, y nuestra dinámica debe cambiar un poco; el campus cuenta con hermosos jardines donde podremos conversar mejor —replicó Camila con una sonrisa recibiendo gestos similares de sus alumnos.

La chica dio por terminada la clase, y su mirada chocó con la de Diego, ambos inclinaron su cabeza ligeramente como si fuera un saludo secreto imperceptible por los demás. Eso la tranquilizó, quizás sí iba a ser posible una relación distante entre ellos que no pusiera en riesgo su trabajo.

Sus días estuvieron tranquilos, hasta que un miércoles dos semanas después, la vida de Camila fue sacudida de nuevo, cuando encontrándose almorzando en la cafetería, escuchó la rastrera voz de Visser llamándola, la sintió como un insecto que trepaba por su piel.

—¿Sí? —respondió Camila alzando la mirada.

—No había tenido la oportunidad de verla, deseaba conocer qué le parece su nuevo hogar y oficina.

—Como cualquier otra oficina y apartamento, Decano Visser, unos techos y paredes donde trabajar y dormir —replicó la chica con plana voz y gesto impasible, no quería demostrar ningún sentimiento. Deseaba que el hombre se quedara con la curiosidad de saber lo que realmente sentía.

—Lamento informarle que debe mudarse de nuevo de oficina, el ala oeste va a ser remodelado —informó el decano.

¡*Demonios!*!, exclamó Camila para sus adentros, pensó que debió aparentar sufrimiento, ese hombre asqueroso no iba a detenerse hasta verla destruida emocionalmente; quién sabía a dónde la enviaría ahora, quizás a un closet de productos de limpieza.

—¿Me escuchó, profesora Cruz? —preguntó Visser.

—Sí, disculpe decano Visser, estaba pensando en todo lo que debía reacomodar —respondió Camila imprimiendo un tono trágico a su voz.

—Le recomiendo se dirija a su oficina, el personal de mantenimiento ya se encuentra recogiendo todo para su relocalización —dijo Visser con una petulante sonrisa.

Esto confirmó lo que pensaba: Visser quería verla sufrir; y si con eso la dejaba en paz, lo complacería. Frunciendo el ceño, y arrugando los ojos como si estuviera a punto de llorar, asintió con la cabeza antes de irse.

El ala oeste del edificio administrativo era un caos, una veintena de personas entraban y salían de las oficinas moviendo cajas y muebles; Gabriela, la asistente, seguía a unos hombres que transportaban descuidadamente una estantería antigua de mucho valor.

—Profesora Cruz —dijo Gabriela al verla—; lamento mucho decirle que nos dieron órdenes de no tocar sus cosas, debe ser usted quien recolecte sus pertenencias.

—No te preocupes, Gabriela —replicó Camila pensando que Visser cada vez se comportaba más ruin.

—Cuando termine, por favor avíseme; para informarle a los chicos que transportaran lo que usted diga, cómo usted prefiera —informó la chica.

—No entiendo —dijo Camila confundida.

—Yo tampoco entiendo, sé que uno de los empleados de la compañía constructora, dio instrucciones que no tocaran sus cosas para que no las dañaran, y que solo deben tocarlas cómo usted indique.

Camila paseó la mirada por el corredor, algunos de los trabajadores llevaban overoles distintos a los de mantenimiento de la universidad.

—¿Sabes a dónde vamos a ser relocalizados?

—Van a acondicionar un área de la biblioteca por el tiempo que duren las remodelaciones, dijeron que serían pocas semanas, se comprometieron a ello —explicó la asistente.

—¿Quiénes se comprometieron? —preguntó Camila.

Gabriela miró hacia todos lados antes de contestar bajando la voz:

—Esto no lo escuchó de mí: aparentemente, el hijo de una familia importante les comentó a sus padres las condiciones de esta ala, y ellos consideraron negligente, que una universidad tan prominente tuviera a empleados importantes trabajando en este oscuro lugar. Donaron el dinero para su remodelación, y exigieron encargarse de todo para asegurarse de que estas oficinas representaran el dinero que aportan anualmente.

—No creo que esto le agrade al rector —replicó Camila pensativa.

—Yo tampoco, pero aseguraron que no deseaban un escándalo que mancillara la reputación del rectorado, todo se está haciendo de manera silenciosa, como si la remodelación hubiera sido

pautada desde hace tiempo —explicó Gabriela.

Camila asintió permaneciendo callada por un rato, la asistente continuó dando vueltas supervisando al personal encargado de la mudanza.

Su oficina le pareció más tétrica que los días anteriores, el bullicio de los trabajadores daban esa impresión, Camila fue empacando sus cosas con las palabras de Gabriela en su mente, una familia importante había decidido mejorar ese lugar como si hubiera oído sus súplicas...

—¡Diego! —exclamó la chica ahogando un grito. Dirigió la mirada a la puerta para asegurarse de que nadie la hubiera escuchado, las personas estaban demasiado ocupadas para fijarse en lo que ella hacía o decía.

Esto era inaceptable, lo sintió como una invasión a su privacidad, como una imposición. Estaba segura de que Diego estaba actuando de buena fe, pero él no debía asumir una actitud protectora sin su consentimiento, la hacía sentir inútil y podría levantar sospechas. Si Visser descubriera que todo esto se debía a ella...

Sacudió la cabeza para liberarse de angustias, debía detener esto, y pronto. Sin terminar de empacar, convencida de que no iba a permitir que la remodelación se llevara a cabo, cerró su oficina con llave, aunque eso fuera inútil; el supervisor de mantenimiento tenía una copia, si deseaba entrar a sacar sus cosas, lo podría hacer. Pero no lo haría, porque las reparaciones no iban a ocurrir.

Dio vueltas por la universidad buscando a Diego sin éxito, y en el fondo lo agradeció, si alguien los observara conversando, notarían que no hablaban sobre nada relacionado con sus ponencias. Debía pensar cómo y dónde podía hablar con él ese mismo día.

Tendría que ser más tarde, ya que debía recibir una clase esa noche, pero después, se ocuparía del chico y su comportamiento inapropiado.

Camila llegó a su casa empapada, una lluvia torrencial oscurecía aún más la noche, mientras corría a su hogar, desechó la idea de pedirle a Diego que la visitara para hablar; si el conserje o un profesor lo veían ahí, no podría justificarlo. Su presencia el fin de semana tenía explicación, estaban trabajando en los arreglos y su mudanza, podía asegurar que lo había contratado, pero si aparecía unos días después, un día de semana, a esas horas... No, mejor era encontrarse en otro lugar.

La paranoia empezó a recorrer sus venas, ¿y si Visser los veía? Pensó en lo irresponsable y descuidada que había sido saliendo a comer al restaurant y la pastelería con él. Eso no podía volver a ocurrir.

—¡Maldición! —exclamó en voz alta al salir de la ducha. No sabía qué hacer, pero no podía pasar de esa noche que hablara con él.

Se vistió con un pantalón de mezclilla, una camiseta y un suéter, y tomó la decisión de verlo en el lugar donde menos posibilidades tenía de ser descubierta: su casa.

Con las manos temblando, buscó en su computadora la base de datos con la información de sus estudiantes, y antes de que pudiera arrepentirse, le envió un mensaje a su celular.

“Buenas noches, señor Durand. ¿Cree que puedo ir en este momento a visitar a Tito?”

Sabía que se estaba comportando de manera deshonesto, pero no quería arriesgarse a que Diego se negara a verla si le revelaba las verdaderas intenciones para solicitar un encuentro.

“Por supuesto, ¿la busco?”, decía el mensaje de Diego que llegó a los pocos segundos.

“No hace falta, llamaré un taxi, ¿me permite la dirección?”

Después de un par de mensajes más, donde Diego insistió en buscarla, y ella le informó que no

podían volver a verlo en su casa, finalmente Camila obtuvo la dirección.

Le dio instrucciones al taxista para que la buscara por la parte trasera, que era tenebrosamente oscura, pero donde tenía menos probabilidades de ser vista. La idea de que Visser la espiaba no se apartaba de su mente. Se montó en el vehículo asegurándose que nadie la había visto y que nadie la seguía.

Estaba consciente de que era irracional que el decano invirtiera recursos en alguien que la investigara, pero prefería pecar de precavida que arruinar su vida por el comportamiento de un estudiante que asumió un rol de patrocinador que no le correspondía.

Finalmente llegó a su destino, la casa era grande y hermosa, flores y plantas muy bien cuidadas la rodeaban, se veía un poco oscura debido a que solo un par de luces estaban encendidas, y dudó de su presencia ahí. Un lugar poco iluminado, un chico condenadamente atractivo y encantador, su sonrisa, su olor, todo era una tentación peligrosa.

Antes de subir las escaleras que llevaban al pórtico, la puerta se abrió, y Diego la recibió sonriente.

¡Oh, Dios! ¿Qué hago aquí?, pensó Camila preocupada, aquel hombre podía llegar a ser su perdición.

El chico tenía los cabellos mojados, un pantalón deportivo y una remera blanca mostraban su atlética y definida figura, su olor era tan irresistible como siempre.

Mientras entraba a la casa, Camila apretó sus puños contra sus piernas, sus brazos parecían tener vida propia y le exigían un abrazo de Diego. De pronto se sintió muy nerviosa.

—¿Quién llegó? —dijo la voz de una mujer.

—Es una amiga, Josefina —replicó Diego.

—¡Ay Dios mío! Esta casa no está preparada para recibir visitas, ¿no te da vergüenza? ¡Has debido avisarme! No te criaron para comportarte como un animalito de la calle... —decía la mujer acercándose al vestíbulo, estaba vestida con un albornoz que cubría su bata de dormir, y se detuvo al ver a la chica—. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, señora Josefina —saludó Camila.

—¿Señora Josefina? Josefina a secas, por favor, no me hagas sentir más vieja de los que soy, ¿ya cenaste? —preguntó la mujer.

—No se preocupe —replicó la chica.

—Vamos a la cocina, aquí siempre hay comida de más, este muchacho come mucho en la calle y debo congelar lo que cocino muchas veces, estoy segura de que hay muchas opciones para llenar ese cuerpecito, te ves flaquita, ¿comes bien? Yo supongo que Diego come bien, porque no pierde tamaño... —decía la mujer caminando hacia la cocina asumiendo que la invitada la seguiría, no estaba dispuesta a aceptar un 'no' como respuesta.

Camila dirigió su mirada a Diego apenada.

—No va a parar hasta que haya comido —dijo Diego levantando las manos en el aire con las palmas hacia ella.

Ambos se dirigieron a la cocina, y tal como había relatado Diego, en su recorrido se fijó que la mayoría de las cosas estaban cubiertas con sábanas.

—Este muchacho nunca recibe visitas, ya me preguntaba si tenía amigos, y me alegro de que tenga una tan bonita.

Camila sonrió ocultando el hecho de que no eran amigos, ella era su profesora y su relación social terminaría esa misma noche.

—La profesora Cruz es la mamá de Tito, Josefina —explicó Diego.

—¡Ay, Tito! Tito es un sol peludo con patitas, ¡qué animalito tan lindo! ¡Estoy tan contenta de que esté aquí! ¡Y Cloe también! Creo que están enamorados —replicó Josefina mientras encendía el horno y sacaba unas bandejas del congelador—. Son tan felices... un momento, ¿profesora? ¿Tan jovencita?

—Sí, me gradué muy joven —afirmó Camila.

—¡Ni me digas! ¡Pareces una niñita de quince años! —exclamó la ama de llaves—. Bonita e inteligente, ¡qué maravilla, Diego!

Josefina se mantuvo hablando mientras se movía ágilmente por la cocina, Diego y Camila se mantuvieron en silencio, no había manera de decir nada por el divertido parloteo de la mujer, él se retiró un momento para buscar a los gatos.

La chica sintió que estaba engañando a la empleada, quien la invitaba contenta para que fuera a visitar a Tito cuando quisiera, se le rompió el corazón al tomar la determinación de despedirse de su gato esa noche, no lo volvería a ver. Al finalizar su visita cortarían relaciones con Diego y eso significaba renunciar a su mascota. Por lo menos le quedaba la satisfacción de que Tito había encontrado un hogar donde lo querían.

El gato actuó como si Camila formara parte de la casa, no hubo ningún cambio en su actitud, rozó su cuerpo contra ella de la misma manera que lo hizo con Josefina, Diego y Cloe. La chica lo sostuvo un rato en sus brazos, diciéndole palabras de cariño al oído mientras lo besaba.

Al terminar de comer, Camila le hizo una seña a Diego para indicarle que debía hablar con él, ambos se despidieron de Josefina, quien abrazó a Camila con gran ternura provocando que la chica soltara unas lágrimas.

Camila preguntó dónde se ubicaba el baño para refrescarse, sentía que iba a sufrir una combustión espontánea, estaba que ardía por los nervios. De camino al lugar indicado, se percató de una habitación que cumplía la función de gimnasio, tenía una corredora y varios equipos de barras y pesas. Recordó que Angelina había mencionado que Diego practicó atletismo en la escuela; que siguiera entrenando era propio de un atleta nato, y eso explicaba su definido cuerpo.

Cuando la chica salió del baño, Diego la esperaba apoyado de una pared con los brazos cruzados, él también parecía nervioso. Ella no quiso darle más largas al asunto, mejor era hablar de una vez y terminar con aquello.

—¿Hay un lugar dónde podamos hablar? —preguntó la chica con tono serio.

Diego asintió incómodo, no le gustó la manera que le hizo la pregunta, algo estaba mal y sospechaba qué era.

Se sentaron en una terraza en la parte trasera, desde donde se veía el inmenso jardín trasero con el huerto y algunos árboles frutales, todo perfectamente mantenido.

—¿Por qué lo hizo? ¿Tiene idea de los problemas que me ocasionaría si alguien lo descubre? —preguntó Camila de pronto.

—¿Disculpe? —replicó Diego confundido.

—¡Por favor! ¡Seamos sinceros el uno con el otro! Sé que usted es el responsable de la próxima remodelación del ala oeste del edificio administrativo de la universidad, debe detenerla. De inmediato —exigió Camila.

—Nadie sabrá que yo tengo algo que ver en eso, es imposible —afirmó Diego.

—Nada es imposible, señor Durand, no cuando hay dinero de por medio —dijo Camila.

—La fundación que maneja los donativos de “Hogares Durand” otorga dinero a muchas campañas: comedores públicos, alojamientos para indigentes, escuelas, bibliotecas, programas de educación... algo como una remodelación para mejorar la calidad de vida del profesorado de una

universidad, está dentro de los parámetros de nuestras donaciones —explicó Diego.

—Unas oficinas nuevas no se comparan con un comedor para indigentes, es un lujo innecesario, además, la universidad sabe quién es usted, cuál es su empresa, y deben tener bastante claro a cuáles fundaciones dona dinero, es fácil sacar las cuentas. Supe que un alumno se quejó de las condiciones de la oficina, usted es mi alumno y yo me acabo de mudar ahí. No tiene ni idea de los problemas que me van a llover encima por eso, creerán que yo me quejé, y...

—Un momento —interrumpió Diego—. El profesor Pestana tiene su oficina ahí, Timoteo Abreu es su alumno, está haciendo su tesis y se reúne con su profesor en esa área. Los padres de Timoteo fueron muy amigos de mis padres, y forman parte del comité directivo de la fundación. Ellos son quienes están dando la cara por todo esto como un favor personal hacia mí, y en honor a su antigua amistad con mis padres, nunca me traicionarían, nadie sabrá que yo tuve algo que ver con esto.

Camila guardó silencio, Diego había planificado todo a la perfección, había pasado por alto quién era: un hombre de negocios muy inteligente que tuvo que madurar a temprana edad.

—¡No puede seguir comportándose así! —reclamó Camila.

—¿Cómo me estoy comportando, profesora Cruz?

—Como un ángel protector, como si yo fuera una damisela en apuros, como si yo fuera un caso de caridad que necesita ser salvada —dijo la chica.

—Jamás la he considerado un caso de caridad, y estoy bastante seguro de que no es una damisela en apuros, sus variadas carreras y su título de profesora en una de las mejores universidades del país, son una manifestación de que usted es una mujer independiente y trabajadora —replicó Diego.

—Me hace sentir incómoda, me asusta la idea de que alguien lo sepa y pierda mi trabajo, tiene que parar, tiene que olvidar que sabe algo de mí, debe detener esta racha de ayudas que no son solicitadas —exigió Camila.

—No puedo —admitió Diego.

—¡Claro que puede! ¿Por qué dice que no puede?

—Porque no puedo dejar de pensar en usted, porque siento una necesidad de hacerla feliz que ni yo mismo la entiendo, porque quisiera ser la persona que siempre la hace reír, porque...

—¡Señor Durand! ¡Basta! —exclamó la chica levantándose de su asiento.

—Ya le dije que no podía —murmuró el chico imitando su movimiento; quedó de pie muy cerca de ella.

Camila le mantuvo la mirada percatándose que había comenzado a temblar, el vapor que la rodeaba la confundía, sabía que debía irse, pero no quería, deseaba estar ahí, con él, aunque era imposible una relación entre ellos.

Diego la miraba con ojos de súplica, le rogaba que no lo apartara, que aceptara su compañía, ella lo interpretó correctamente, y se obligó a decir entre susurros:

—No debemos.

—¿Por qué? Nadie tiene que saberlo —indicó él.

—Es peligroso —insistió ella. Sin percatarse, ambos se fueron acercando.

—Seremos cuidadosos —prometió él.

—Tengo miedo —admitió Camila.

—No permitiré que nada te pase.

Y tomando el último paso que la acercaba a ella, la rodeó rápidamente con sus brazos, y la besó.

Capítulo XI

Camila se olvidó que el mundo existía, todos sus pensamientos se concentraron en las placenteras sensaciones que le daba aquel beso y los calurosos brazos de Diego.

Los labios experimentados del chico acariciaban su boca con ternura, él sabía que debía ser delicado, y ella se aferró a él con fuerza rodeando su cuello con sus manos, entrelazando sus dedos con sus cabellos.

Solo una vez la habían besado, un chico con el que había estudiado su primera carrera universitaria. En aquella ocasión permitió que la besaran por curiosidad, realmente no estaba interesada en su compañero de estudios. La experiencia le pareció desagradablemente mojada, su saliva le dio asco.

Pero esta vez fue distinto, en los brazos de Diego se sintió protegida, deseada, apreciada. Como si ella fuera un tesoro que debía ser tratado con respeto.

Lentamente, el chico fue entreabriendo los labios de Camila con los suyos, dando paso a su deliciosa lengua, que suavemente, fue acariciando la de ella enseñándola cómo responder a cada movimiento.

Ella no supo que sabía besar hasta que lo besó a él. Fue maravilloso, y se apretó cada vez más contra él.

Sin percatarse, gimió de placer, eso despertó las hormonas de Diego, quien sutilmente, la apoyó contra la pared que se ubicaba a un costado.

El hechizo fue roto cuando Camila sintió el duro miembro del chico contra su vientre, recuerdos del ataque de Visser golpearon su mente, el pánico se apoderó de sus venas, y un estado aterrador asustó su mente.

Comenzó a sollozar, dejó de moverse y sus brazos cayeron a sus costados.

Diego dio dos pasos hacia atrás confundido, y también se asustó al ver que ella cubría su rostro con sus manos para ocultar su silente llanto, y que temblaba como una hoja en medio de una tormenta.

Su aguda perspicacia le permitió analizar el comportamiento de Camila, ella no lloraba porque se arrepintiera de besar a un estudiante, algo más ocurría, quizás estaba equivocado, pero recordó el estado de una amiga de su prima Telma cuando les contó que su padrastro había intentado abusar de ella.

Camila se veía asustada, no arrepentida. A menos que pensara que besar a Diego le ocasionaría alguna consecuencia terrorífica.

La idea de que alguien había abusado de ella lo llenó de ira, y supo que debía ser cuidadoso con sus siguientes palabras, deseaba abrazarla, pero no parecía adecuado, ella no deseaba ser tocada.

—Lo siento —dijo Diego—. Lo siento mucho, no quiero que haga nada que no quiera hacer.

Camila no pronunció palabra, el terror seguía dominando sus sentidos.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó el chico—. ¿Qué debo hacer? Quiero ayudar, por favor.

Ella se obligó a sí misma a hablar, aunque continuó cubriendo su rostro:

—No hay nada que puedas hacer.

Diego sonrió, ya no lo trataba de usted.

—Quizás sí puedo hacer algo, háblame, por favor —insistió el chico con dulzura.

—Todo es una mierda, todo —replicó Camila—. No podemos hacer esto, no debemos. No tienes ni idea de las consecuencias, no tienes idea de lo que haría si supiera.

—¿Quién? ¿Quién haría algo si supiera?

Camila sacudió la cabeza, bajó sus manos, pero no subió la mirada. Deseaba contarle a Diego lo que ocurrió con Visser, pero estaba segura de que él no sería solo un hombro dónde llorar, Diego haría algo al respecto, y ella perdería su carrera y todo lo que poseía en la vida. Quedaría arruinada, el decano se encargaría de desprestigiarla, y no podría continuar sus metas en ninguna parte.

—La universidad —mintió Camila—. Las normas son muy claras. Esto no puede ser, lo siento. Mejor es que me vaya.

—¡No! ¡Por favor! —suplicó Diego conteniendo sus ganas por tomarla entre sus brazos, no deseaba que se sintiera forzada—. Algo podemos hacer, lo que siento por ti es... no sé cómo explicarlo, no quiero perderte, no me imagino mis días sin ti ahora que sé que sientes lo mismo.

—¿Cómo sabes lo que siento? ¡Tú no sabes nada! —exclamó la chica.

—Cierto, tienes razón, no lo sé. Pero sé por tus besos que sientes algo por mí, y si la intensidad de lo que sientes es menor que lo que yo siento, no importa. Para mí es suficiente.

—No podemos estar juntos, Diego. Lo sabes, esto es imposible —repitió Camila caminando hacia el interior de la casa en búsqueda de la puerta principal.

Diego apresuró su paso, y para que no se sintiera amenazada si le impedía el paso, caminó junto a ella.

—Camila, por favor, vamos a hablar.

—Diego —dijo ella sin detenerse—, no hay manera ni forma de que una relación entre nosotros funcione.

—Sí la hay, yo la conseguiré —dijo el chico abriendo la puerta, no deseaba que ella se sintiera atrapada.

Ella se detuvo en seco en el portal, no solo por sus palabras, que calentaron su alma por la esperanza, sino porque debía llamar un taxi para irse, imposible caminar desde ahí hasta su casa sin poner en riesgo su vida y tardar un par de horas.

—¿Me permites que te lleve a tu casa? —preguntó él.

—Si alguien nos ve...

—Tomaré el auto de Josefina, nunca lo manejo —propuso Diego.

Ella dudó, pero no quería estar ni un segundo más ahí, si él tenía sus manos en el volante, ella estaría segura. Así que asintió con la cabeza. El chico corrió a buscar las llaves, y abrió primero la puerta del copiloto para dejarla pasar.

Manejó en silencio, y siguió las indicaciones de Camila de dejarla en la parte trasera del edificio.

Al llegar, se miraron unos segundos, él insistió:

—Conseguiré la manera.

Ella sabía que era imposible, Visser destruiría su vida en cuestión de minutos. No podía arriesgarse. Se inclinó hacia él y lo besó de nuevo, practicando lo recientemente aprendido, levemente acarició la lengua de Diego con la suya, y cerró el beso succionando mansamente sus labios, cerró el beso besando las comisuras de sus bocas.

—Fue un placer haberte conocido, a partir de mañana, no nos conocemos más allá de nuestra relación en el aula.

Dichas estas palabras salió rápidamente del carro, y tomó una larga ducha para deshacerse de todas las lágrimas que estaba dispuesta a usar esa noche. Al acostarse, tomó la determinación de que tomaría su experiencia con Diego como un sueño bonito que debía acabar.

A pesar de la hora, Diego se dispuso a ejercitarse para aplacar su ira, alguien en la universidad había abusado de su hada, o por lo menos lo había intentado. Eso le daba sentido al cambio de oficina y apartamento, lo más probable es que ella se había negado y la habían castigado.

Así fuera lo último que hiciera, descubriría al culpable y le haría pagar cada sufrimiento ocasionado a su ninfa celestial.

Camila se sorprendió al notar que Diego había faltado a su clase de ese día, hubo una evaluación importante pautada y la perdió, nunca había faltado y eso la confundió.

El chico no parecía de las personas que abusarían de lo ocurrido para esquivar las clases, y obtener las calificaciones necesarias para pasar el curso ya que había besado a la profesora. Pero ella no podía estar segura. No quiso sugestionarse a nada, así que esperaría que le enviara algún email, o hablara con ella en la próxima ponencia como haría cualquier otro estudiante.

Caminó somnolienta por los senderos externos, se había levantado temprano a recoger las cosas de su oficina debido a que la remodelación era inevitable. De vez en cuando levantaba la mirada deseando ver a Diego, pero no se encontró con él en ningún momento.

En la biblioteca habían dispuestos varios paneles anti ruido para simular cubículos donde dispusieron al personal y profesorado que tenían oficinas en el ala oeste del edificio administrativo. Le informaron que entre cuatro y seis semanas todo habría terminado.

Al sentarse en el escritorio que habían preparado para ella. Se encontró con una carta bien sellada dentro de un sobre con su nombre. Papel adhesivo y grapas dificultaron su apertura. Era una nota de Diego:

Querida Camila:

Renuncié a tu clase, ya no soy tu estudiante. Estoy tramitando mi traslado para otra universidad, no romperás ninguna regla. Te dije que conseguiría la manera, y esta es la mejor.

Diego.

Camila ahogó un grito. Aunque había otra universidad de similar prestigio relativamente cerca, para llegar a ella debía recorrer más de una hora en auto todos los días, de ida y de vuelta, desde y hasta su casa... ¿haría ese sacrificio por ella?

No supo cómo sentirse al respecto, Diego soñaba con convertirse en arquitecto desde que era adolescente, obviamente contaba con los recursos para estudiar donde quisiera, y si se había inscrito inicialmente ahí, era porque deseaba que su título universitario llevara el nombre de esa institución y no de otra. No podía permitírselo, ella no haría lo mismo, ella no cambiaría sus metas por él.

Tomo el celular y le escribió rápidamente:

“No hagas nada de lo que puedas arrepentirte luego. Aquí deseabas estudiar, y aquí debes quedarte”

Diego respondió inmediatamente:

“Los deseos cambian, se adaptan. Deseo estar contigo, y deseo ser un arquitecto graduado en una de las mejores universidades del país, y hay varias. Así que mis deseos serán cumplidos”

Camila quedó pasmada ante la pantalla de su celular, no supo qué pensar. Confundida escribió:

“Esto es una locura”

El chico contestó:

“Estoy realizando varios trámites, ¿podemos vernos mañana para conversar?”

Ella escribió:

“No sé qué pensar”

Diego replicó:

“No pienses, siente”

Ella sonrió, ¿acaso sería así de fácil? ¿Y si no funcionaba? ¿Él resentiría este cambio? La cabeza le daba vueltas, si sentía y no pensaba, su corazón le exigía que le diera cabida a Diego en su vida, le gustaba cómo se sentía con él, le gustaba escucharlo, olerlo, besarlo...

“¿Dónde podemos conversar mañana?”, escribió Camila.

“¿Puedes ir a mi casa? Estoy seguro de que Josefina y Tito estarán felices de verte”, contestó el chico.

Camila supo que con la compañía de Josefina estaría segura; aunque, por el comportamiento de Diego luego de que ella rechazara que la siguiera besando en su casa, también estaba segura de que él no iba a hacer nada de lo que ella pudiera sentir temor.

“Sí, mañana a las 8”

Diego respondió:

“Muero por verte”

Ella sonrió.

Capítulo XII

A las ocho de la noche en punto, Camila se encontraba en la puerta de la casa de Diego. Se tomó su tiempo en la ducha para acicalarse y esparcir su loción favorita en su piel, una que tuvo que comprar de nuevo debido a que la perdió en la mudanza.

El chico abrió la puerta con su hermosa sonrisa, sus ojos brillaban, y la felicidad de verla desbordaba cada uno de sus poros.

—¿Puedo besarte? —preguntó Diego.

Ella asintió.

Prontamente la tomó entre sus brazos; y lentamente y con adoración jugueteó con sus labios mientras la abrazaba con fuerza, ella correspondió sus besos con la misma intensidad, los aromas de ambos incitaban al otro a unirse cada vez más. Camila detuvo el abrazo por temor a que Josefina los viera.

—Nos esperan en el comedor —dijo Diego.

En aquella habitación, las sábanas habían desaparecido, era un lugar elegante y acogedor. En la mesa, estaban dispuestos dos puestos. Camila le pidió a Josefina que los acompañara, ella se negó, pero no hubo manera de que la chica aceptara su negativa, disfrutaba de la mujer, y por los olores que salían de la cocina, evidentemente se había esmerado en preparar una succulenta cena.

Camila comió con Tito en su regazo, Josefina se disputó a dominar la conversación con su divertido parloteo, era agradable escucharla hablar, amaba a Diego, a los gatos, el huerto y a la vida, y todos sus comentarios estaban impregnados de optimismo y alegría.

Cuando hubieron terminado, Josefina botó a los chicos a la terraza, se negó a que la ayudaran a limpiar, y no hubo manera de convencerla. Unos minutos después, apareció con una bandeja con café, leche y dulces. Se despidió de la chica diciendo que estaba muy cansada y se iba a dormir, pero Camila observó cómo le guiñó un ojo a Diego antes de retirarse.

Diego mantuvo una conversación alegre sobre temas relacionados con experiencias con clientes en su tienda, tratando de evadir la conversación sobre su traslado a otra universidad. Evidentemente, por el beso del saludo, su hada no estaba totalmente renuente a su plan, pero también sabía que no le agradaba.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? —preguntó Camila de pronto ignorando lo que el chico decía en ese momento.

—Totalmente seguro. De por sí, me siento bastante orgulloso de mí mismo por idear un plan tan genial —replicó el chico.

—Hablo en serio, Diego —replicó Camila—. No quiero que resientas esta decisión, yo no haría lo mismo por ti.

—No quiero que hagas nada ni remotamente cercano a renunciar a tu carrera o a tus estudios, Sí, sé que has estudiado varias carreras, y me imagino que no ha sido fácil. No quiero suponer cómo ha sido tu vida, quiero conocerla, pero solo cuando tú estés dispuesta a contarla.

Camila guardó silencio por unos segundos, nunca le había relatado a nadie su vida, algo le había mencionado a Jackie, pero no lo suficiente para inspirar lástima. Eso era lo que suponía que

los recipientes de su historia sentirían.

Pero estaba considerando seriamente iniciar una relación con Diego, nunca había estado con nadie, sin embargo, tenía una noción bastante clara de una de las cosas que permite que funcionen: la comunicación.

Inhalando y exhalando una gran cantidad de aire, relató un resumen de su vida, incluyendo el alcoholismo y el maltrato de su padre. No profundizó mucho en ningún aspecto, pero sí le comunicó las razones de su progenitor. Aquel hombre, que murió de cirrosis hepática, vivió frustrado por su condición social, la pobreza era su demonio personal.

Su abuela paterna, una mujer de clase media, abandonó a su esposo para huir con el abuelo de Camila, quien era fontanero; la madre de su padre contaba con una buena educación, pero cayó rendida a los pies de aquel trabajador que algún día fue a su casa a realizar unos trabajos.

Cuando quedó embarazada de Eugenio, el padre de Camila, su abuelo la abandonó, y ella tuvo que limpiar casas y coser ropa para mantenerlo. Debido a sus costumbres de casa, su abuela educó al padre de Camila por encima de su condición social, lo crió como si él fuera superior a su entorno, y eso le creó un resentimiento que luego lo llevó a beber y a maltratar a su esposa e hija.

Brevemente le contó cómo su madre le inculcó el amor por la lectura, y de cómo apoyó todos sus esfuerzos para forjarse la vida que llevaba hoy en día. Le comentó que su madre había perdido un poco la razón después de tantas golpizas, y que ahora la mantenía en uno de los mejores asilos del condado.

Diego escuchó pacientemente y con interés todo lo que su ninfa personal le relataba, entendió que perder su trabajo sacudiría su mundo de una manera garrafal, y aunque sospechaba que alguien en la universidad intentó abusar de ella, no quería forzarla a contar esa parte de su vida.

Cuando la amiga de su prima vivió aquella experiencia con su padrastro, aprendió muchas cosas, cada quien debe lidiar con este tipo de situaciones a su manera, existían mujeres que nunca compartían con nadie su experiencia, era un tema demasiado personal, y su labor debía ser apoyar.

Agradeció el desconocimiento de aquello, porque su deseo de asesinar a quien se le ocurriera hacerle daño a Camila podría traerles problemas a ambos. Tendría paciencia, y si algún día contaba con la fortuna de conocer sus infortunios al respecto, la ayudaría a superarlo sin causarle más traumas.

Era momento de cambiar el tema, su hada se había entristecido y no le gustaba verla así; luego de expresarle unas palabras de apoyo, confesándole que admiraba lo que había logrado con su vida, y que se ocupara del bienestar de su madre, se dispuso a relatar la historia de sus progenitores.

Su madre era pudiente, y sus abuelos maternos se opusieron a la unión con su padre, la desheredaron cuando se casaron, pero su progenitor les demostró que era un hombre digno, siempre trató a su madre con respeto, y la hizo feliz. Al final de sus días, sus abuelos aceptaron su matrimonio, y Diego logró mantener una relación satisfactoria con ellos.

Luego de esta historia el ambiente cambió, el chico se acercó a ella lentamente, con delicadeza la besó, sus manos fueron prudentes, y acariciaron los cabellos, la espalda y los brazos de la chica. Ella estaba gratamente sorprendida de su reacción, le fascinaba lo que aquel hombre despertaba en su cuerpo: un deseo que desconocía.

Camila se había mentalizado antes de llegar al hogar de Diego, se propuso firmemente a no permitirle a Visser que afectara la oportunidad de mantener una relación con un hombre bueno, generoso, noble, inteligente.

Diego la besaba con pasión contenida, deseaba adorar cada rincón de aquel cuerpo celestial,

Camila era como una diosa que merecía ser venerada, y él deseaba ser su mayor devoto.

Los labios del chico dominaban la situación, jugueteaba placenteramente con cada rincón de la boca de Camila, sus lenguas eran protagonistas de la historia que comenzaba entre ellos.

El chico deslizó sus manos por la espina dorsal de su ninfa, produciendo gratos escalofríos, con una sutileza experimentada, metió sus dedos debajo de su camisa acariciando su torso, paulatinamente guió su mano hasta uno de sus senos produciendo sensaciones que Camila consideró extraordinarias. Cuando sus dedos pellizcaron dulcemente una de sus puntas, la corriente de éxtasis que recorrió su cuerpo despertó su entrepierna, sintió que su sexo se mojó. Había leído al respecto, pero sentirlo, fue otra cosa. La chica deseó que su mano se dirigiera a su entrepierna, quería sentirlo ahí.

—¿Está bien que te toque así? —preguntó Diego entre susurros.

—Me gusta, pero tengo miedo —admitió la chica.

Él se detuvo, ella lamentó haber hablado.

—Puedo ir tan lento como quieras, no me importa esperar días, semanas, meses. Eres lo mejor que me ha pasado en años, no quiero arruinarlo —replicó Diego.

—No creo que tengas la capacidad de hacer algo incorrecto —dijo la chica bajando la mirada.

Diego la besó de nuevo, esta vez, colocó sus manos en la espalda de la chica, si ella sentía miedo, no debía apresurarse. A pesar de que deseaba hacerla suya esa misma noche, estaba consciente de que no era el momento, deseaba que ella lo conociera mejor, que supiera que sus intenciones eran sinceras, que quería descubrir hasta dónde los llevaría aquellas sensaciones entre ellos.

Un rato después, Camila anunció la hora, era casi la media noche, llevaban un buen tiempo besándose y era momento de que ella regresara a su casa.

—Por favor —suplicó Diego posando sus labios sobre los de Camila—, no te vayas.

—No estoy preparada para algo más, lo siento —lamentó la chica.

—No te disculpes, no quiero nada más que tu compañía.

—No lo sé —replicó la chica consciente de que no deseaba marcharse, no quería apartarse de Diego nunca más.

—Prometo que solo dormiremos. No sé cómo explicarlo, pero te necesito. No puedo imaginar despertar mañana sin ti junto a mí —confesó el chico.

—No lo sé —repitió Camila.

—Puedes confiar en mí, solo quiero sentirte a mi lado —murmuró Diego acariciando el rostro de su ninfa con la nariz.

Ella lo pensó un poco, la idea de dormir entre sus brazos le causó felicidad.

—Sí —dijo Camila—, sé que puedo confiar en ti.

Él se apartó para que ella viera su sonrisa.

—Ven —invitó el chico colocándose de pie. La guió hasta su habitación, y le ofreció una remera y un pantalón de pijama para que ella estuviera cómoda.

Camila los aceptó, se dirigió al sanitario que se ubicaba dentro de su bien ordenado aposento para cambiarse, y al salir, él se ubicaba en la cama bajo las sábanas; el televisor se encontraba encendido, la película “Lo que el viento se llevó” estaba siendo transmitida.

—Me gusta esa película —confesó Camila parada junto al lecho, sin quererlo, no paraba de temblar.

—Ven, vela conmigo —invitó Diego levantando la sábana para que ella se acostara junto a él.

La chica aceptó la invitación, nerviosa, apoyó su cabeza en el hombro de Diego, donde sintió,

como si finalmente, hubiera encontrado su lugar en la vida.

Diego cumplió su palabra; a pesar de que sus deseos por hacerle el amor como merecía, eran poderosos, se contuvo.

La rodeó con su brazo, haciéndola sentir segura, unos minutos después, ambos se encontraron durmiendo sosegadamente.

Capítulo XIII

Camila abrió los ojos para encontrarse a Tito durmiendo sobre su pecho cómodamente acurrucado, ella sonrió, sin embargo, recordó donde estaba y giró su cabeza para buscar a Diego. Él no estaba en la cama.

De pronto se sintió avergonzada por Josefina, quien saltaría a conclusiones cuando supiera que ella había dormido ahí. La noche anterior se sintió tan feliz junto a Diego, que no pensó en nadie más.

La puerta de la habitación se abrió, y apareció el chico con una bandeja repleta de alimentos: jugo de naranja, café, panqueques, tocino, huevos revueltos, tostadas y jarabe de maple dispuestos elegantemente junto a unas flores.

Diego sonrió cuando la vio:

—¡Buenos días! Te iba a despertar con un beso.

—Buenos días —dijo bajando la mirada—. Me gustaría cepillarme los dientes.

—En el gabinete del baño hay cepillos nuevos.

Ella se apresuró a salir de la cama y encerrarse unos minutos en el sanitario, andaba con los cabellos revueltos, pero su rostro brillaba. No se veía tan mal.

—Voy a buscar mi bandeja, ya regreso —indicó el chico.

—¡No podré comerme todo lo que trajiste! —exclamó Camila tras la puerta.

—No te preocupes, yo te ayudaré.

Cuando la chica salió, él ya se encontraba en la cama. Había comida como para 4 personas.

—¡Es demasiado! —dijo la chica sentándose en el lecho.

—Intenta decirle a Josefina que prepare menos alimentos y te cortará la cabeza —bromeó Diego.

—Josefina... —murmuró Camila.

—No te preocupes por ella, está feliz de que estemos juntos. Me dio un jalón de orejas esta mañana y me exigió que tratara bien, le dije que solo habíamos dormido.

—¡Diego! —reclamó la chica.

—Es como una madre que desea lo mejor para mí, y siente que eres una excelente persona. Esta mañana la encontré cantando en la cocina, te repito, está feliz por nosotros.

Se dispusieron a comer, y mientras lo hacían, Camila preguntó:

—¿Cuándo comienzas las clases en tu nueva universidad?

—Tengo que terminar el semestre primero. Si no lo hacía de esa forma, perdería el camino recorrido, las calificaciones, los créditos, todo —replicó Diego.

Camila soltó los cubiertos para verlo y decirle:

—Entonces no podemos estar juntos, no todavía.

—¿Por qué? Ya no soy tu estudiante.

—Pero eres estudiante de la institución donde trabajo, las normas son las mismas. Si alguien lo llega a saber, estoy perdida —explicó Camila.

—Nadie tiene por qué saberlo, seremos cuidadosos —afirmó el chico inclinándose hacia ella

para besarla.

Ella se mantuvo tensa, alejando su torso para que no la besara.

—No lo entiendes, esto no es un juego. No me gusta romper las reglas —dijo seriamente.

—Te entiendo, pero faltan dos meses para terminar el semestre, no creo que pueda mantenerme lejos de ti, no quiero, no después de haberte encontrado —insistió Diego.

—Si no puedes esperar dos meses, lo que sientes por mí es demasiado efímero para arriesgarme —refutó la chica levantándose de la cama para buscar su ropa.

—Camila, no te vayas —dijo el chico poniéndose de pie para acercarse a ella—. Por ti esperaré la vida entera, si esperar dos meses es lo que quieres, eso mismo haremos.

—No es cuestión de querer o no querer, es lo que debemos hacer si deseamos estar juntos sin que destruyamos mi vida —explicó Camila.

—Muy bien, pero podremos vernos de vez en cuando, ¿correcto? —preguntó él tomando sus manos, ella las soltó.

—No me siento cómoda con esto, dices entenderme, pero creo que no lo haces —dijo ella.

—Nadie sabe que estás aquí y nadie lo sabrá, podemos vernos los fines de semana, puedes acercarte en un taxi... No quiero ocasionarte problemas, pero si somos minuciosos, creo que no deberías sacrificar lo bien que nos sentimos con la compañía del otro —insistió Diego.

—Si alguien me ve... No, es mejor que nos distanciamos un poco, y decidimos semana a semana si nos podemos ver o no, ¿te parece? —dijo la chica habiendo tomado una decisión firme.

No se verían hasta que terminara el semestre; eso sería, además, una prueba de fuego para los sentimientos de ambos. Si con el pasar del tiempo, todavía deseaban verse, estaban destinados a estar juntos. Si no, no se arriesgó innecesariamente a perder su trabajo.

Diego asintió y la invitó a que se sentara de nuevo a comer. Conversaron un rato sobre libros y películas clásicas, al terminar, mientras Diego apoyaba las bandejas en el escritorio de la habitación, Camila le indicó que debía ir a su casa a trabajar, debía preparar las ponencias de la semana siguiente, y escribir un ensayo que debía entregar.

—Puedes trabajar aquí —invitó Diego—, puedo preparar el estudio de mi padre para ti.

—No, por favor, no hagas que Josefina trabaje más —suplicó la chica.

—Primero, Josefina estaría complacida de que le dé más trabajo, segundo, sería yo quien lo arreglaría.

—Diego —replicó la chica tomando sus manos entre las suyas—. Me encanta estar contigo, de verdad que sí, pero tengo mi rutina, mi procedimiento, mis libros, mis documentos, mi espacio... mañan que no puedo cambiar de la noche a la mañana, supongo que más adelante tendré que hacerlo, pero...

—No se diga más, lo que es importante para ti, es importante para mí, ¿crees que puedas quedarte un rato más?

Ella asintió acercando sus labios a los de él. Se besaron suavemente, hasta que ella cayó de espaldas sobre la cama con el torso del chico sobre ella, la sensación era extraordinaria, el contacto, algo que no sabía que podía hacerla sentir tan completa.

Cuando Diego comenzó a subir su mano hacia su seno, ella detuvo el beso. Era cierto que nadie tenía que saber que ella estaba ahí besándose con un estudiante, pero ella lo sabía, y no le gustaba.

Rozando la boca de él con la de ella, se levantó de la cama para vestirse. El chico, acostado, tomó una almohada con ambas manos para ponerla sobre su rostro y morderla, su hada lo iba a volver loco de deseo, tendría que ingeniarse alguna manera de convencerla para verse en las próximas semanas. Verla sería suficiente por los momentos, verla daba oportunidades para más

cosas.

Debido a que era de día, Camila se negó a que él la llevara, y cuando se montó en el taxi, luego de despedirse de Josefina en la cocina, y de él en el vestíbulo con un roce de labios, suspiró entristecida.

Estar unos meses sin verlo sería muy difícil.

La siguiente semana se cruzaron por los senderos de la universidad un par de veces, sonrieron sin verse directamente a los ojos como si eso fuera un saludo secreto entre ellos.

El miércoles, Camila se encontraba almorzando sola en la cafetería, cuando Diego, junto a dos de sus alumnos se acercaron a ella.

—Profesora Cruz, ¿podemos sentarnos con usted? Tenemos una diferencia de ideas que consideramos que puede aclarar —indicó Diego de manera formal.

Ella se tensó, pero lo disimuló muy bien invitándolos a acompañarla.

—Hablando de poesía lírica, debatimos quién fue el más importante: Calino, Tirteo o Minermo —dijo Diego mordiendo su pizza.

—Yo digo que Tirteo —dijo uno de los chicos.

—Y yo digo que Calino.

Camila miró a Diego para saber su posición antes de contestar.

—Yo digo que los tres dieron aportes fundantes del mismo valor.

La profesora sonrió, estaba de acuerdo con Diego. Pasaron la siguiente hora conversando, y cuando Camila indicó que debía irse, el chico ofreció llevar su bandeja, para aprovechar rozar sus dedos sin que los otros se dieron cuenta. Ella se sonrojó, apresurándose a retirarse de la presencia de aquella tentación que extrañaba en demasía.

Pasaron las semanas, Diego intentó convencerla un par de fines de semana para verse, pero ella lo rechazó, él dejó de insistir resignándose que debía esperar al final de semestre, sin embargo, logró reunirse con ella en la universidad, siempre acompañados de otros, y con una excusa creíble. Por las noches pasaban horas hablando por teléfono, y durante el día se escribían sin parar.

En un par de ocasiones, Camila se encontró con dibujos que contenían la frase “*muero por verte*” en la pizarra del salón donde dictaba sus ponencias. Estos garabatos se convirtieron en un misterio para los estudiantes, que nunca sospecharon que el mensaje era dedicado a la profesora.

Camila lamentó que el chico se hubiera retirado de su clase, poseía los conocimientos para aprobarla con una excelente calificación, y así se lo comunicó un día frente a sus acompañantes sin que los escucharan, y él le afirmó que no se arrepentía de nada.

Su nueva oficina estuvo lista en el tiempo estipulado, y gracias a que derribaron unas paredes, y adaptaron algunos espacios, era grande e iluminada. Con palabras de afecto, le agradeció a Diego su gesto, y como siempre, hablaron un largo rato por teléfono.

Finalmente llegó la última semana de clases. El jueves, Camila recibió un mensaje de texto de Diego diciendo lo siguiente:

“¿Quieres ir este fin de semana a la playa? Tengo una cabaña en la costa este que necesita una visita para no sentirse abandonada”.

Camila sonrió antes de responder:

“¿A qué hora partimos?”

“Podemos irnos entre las cuatro y las cinco de la tarde”, replicó él.

“A las cuatro estoy en tu casa”, aseguró la chica.

“Muero por verte”, replicó él.

Ambos permanecieron un rato sonriéndole a la pantalla del celular.

Esa noche, cuando Camila llegó a su casa, temblaba de pies a cabeza, aunque estaba muy nerviosa, estaba desesperada por encontrarse a solas con Diego. Sin que un rastro de duda la atormentara, había decidido perder su virginidad el fin de semana que lo volviera a ver, por lo que se había asesorado para inyectarse un anticonceptivo que le permitiera evitar un embarazo no deseado.

Esa noche, durante horas estuvo leyendo información sobre sexo, ya que no tenía ni la más remota idea de cómo emperifollar su cuerpo y qué hacer en el acto en sí, se negó a ver videos, porque a los primeros minutos del único que intentó estudiar, se incomodó demasiado y su determinación flaqueó, así que decidió que mejor se limitaba a la lectura de foros y artículos.

Debido a que era tarde cuando terminó su investigación, tomó un taxi hacia una farmacia que se encontraba abierta las veinticuatro horas, compró algunos artículos para acicalarse como: cera para depilar, lociones para exfoliar su piel, cremas para hidratar su cabello, entre otros productos.

Era de madrugada cuando terminó. Agotada, y sin ánimos de pensar, cayó profundamente dormida.

Llegó tarde a la universidad al día siguiente, pero gracias a que era el último día, el ambiente era bastante relajado. Ella se encontraba ansiosa y tensa, su decisión se mantenía firme, pero tenía miedo de que le doliera o todo saliera mal.

Esquivó la visión de Visser un par de veces, quien evidentemente la estaba buscado, y cuando tuvo oportunidad de escaparse, al haber cumplido con todo lo que su trabajo requería, se dirigió a un centro comercial a comprar algunas prendas de playa.

Y tal y como lo había acordado, a las cuatro en punto se encontraba en la puerta de la casa de Diego.

Capítulo XIV

Diego esperaba a Camila con ansias, las semanas anteriores le habían parecido eternas, el deseo por tenerla en sus brazos de nuevo lo consumían. Escuchó el motor del taxi detenerse frente a su casa, y con su característica sonrisa, abrió la puerta antes de que ella hubiera terminado de subir las escaleras del porche.

Cariñosamente, el chico la haló hacia él, la rodeó por completo para unir sus labios con los de ella. Camila respondió mejor de lo que se imaginaba, lo abrazó con fuerza entrelazando sus dedos en los cabellos del hombre con quien había decidido compartir su vida desde ese momento en adelante.

Sus bocas impacientes demostraron cuánto se extrañaban, sus lenguas eran de fuego, que calentaron sus cuerpos con desmedida pasión. Sus caricias eran insuficientes, deseaban más. Más de sus besos, más de sus abrazos, más de su contacto.

Esta vez Camila se entusiasmó al sentir el miembro duro y rígido contra su vientre, ansias desconocidas para ella comenzaron a despertar cada uno de sus sentidos, estuvo segura de que lo deseaba dentro de ella, y en ese momento, pensó que no podía seguir esperando ni un minuto más.

Los pasos de Josefina los despertaron del sueño que estaban viviendo; decepcionados, se vieron en la obligación de separarse.

—Camila, hada hermosa, cuánto tiempo sin verte —saludó la mujer que se acercaba con Tito entre sus brazos, había escuchado a Diego expresándose así de ella, y se había convertido en un término común entre ellos dos.

—¡Josefina! —exclamó ella abrazándola. Lo mismo hizo con su mascota. Sí, todavía lo consideraba suyo a pesar de que tenía meses sin verlo.

Josefina captó el desespero de los jóvenes que intercambiaban miradas impacientes sin parar, así que, tomando el gato de los brazos de la chica, dijo:

—Es mejor que se vayan, no quisiera que les agarrara la noche en el camino.

La casa de playa quedaba a un poco más de una hora de distancia, contaban con el tiempo suficiente, pero Diego, conteniendo las ganas de cargar a Camila sobre sus hombros para subirla a su habitación y hacerla suya, supo que era mejor esperar a la soledad de la cabaña costera para compartir con ella como tanto había esperado las últimas semanas.

Quince minutos más tarde se encontraban en camino, la suave música reproducida en el auto los acompañaba, Diego liberó una de sus manos para tomar la de ella con ternura, la idea de dejarla de tocar era insoportable.

El chico caviló en sus pensamientos, se encontraba inmensamente satisfecho de las decisiones que había tomado y que lo llevaron a ese día, su ninfa celestial, aunque se notaba nerviosa, sonreía admirando los paisajes de su recorrido.

Nadie lo hacía sentir como ella, su única relación seria fue con Angelina, luego de ella, pasaba de una chica a otra de manera momentánea; de vez en cuando recogía a cualquier mujer atractiva en el bar de turno y se la llevaba a un hotel. Nada serio, nada a largo plazo. Hasta que conoció a Camila.

Lo supo desde la primera vez que la vio, ella era algo que estaba buscando sin saberlo, era ese ‘para siempre’ del que sus padres le hablaron, no se imaginaba su vida junto a otra persona que no fuera su hada.

Finalmente llegaron a su destino, la cabaña era pequeña comparada con las lujosas mansiones que la colindaban, pero estaba perfectamente cuidada, y su aspecto sobrio y elegante, combinaba maravillosamente con el entorno.

Diego se sorprendió al descubrir que él también estaba nervioso, aquella chica que lo acompañaba era un gran tesoro que debía tratar como lo que era: una mujer valiosa que merecía todo su respeto y admiración.

Ambos temblaban cuando entraron a su próximo alojamiento, su interior reflejaba lo mismo que su exterior, todo estaba limpio y ordenado. Sin excesos, estaba divinamente equipada. Era un lugar acogedor.

—Mi papá adquirió este lugar antes de que yo naciera —explicó Diego rompiendo el silencio que los acompañó la última hora, mientras acomodaba en la planta baja, junto a ella, todo lo que habían llevado—. Un antiguo socio le debía dinero, y aunque mi padre le había perdonado la deuda, él se negó a incumplir su compromiso así que le traspasó este lugar. Viví excelentes experiencias aquí, fuimos muy felices.

—Puedo imaginarlo —replicó Camila con una sonrisa.

—Durante la preparatoria compartí con muchos de mis compañeros en estas playas, tuve una novia con la que viví mi primer amor en estos lares —confesó Diego arrepintiéndose de sus palabras inmediatamente, hablar de una ex no era lo más aconsejable cuando estabas iniciando una relación con alguien.

—Angelina, supongo —admitió la chica, lamentando de igual manera lo dicho al momento que salió de su boca, ahora no tenía otra opción que confesar lo que había escuchado en la cafetería unos meses antes.

—¿Cómo sabes eso? —curioseó el chico.

—Lo siento, no fue mi intención escuchar una conversación privada, estaba cerca, no pude evitarlo —se disculpó Camila consciente de que pudo haberse retirado del lugar para no enterarse de un tema que no le correspondía.

—Por favor, cuéntame —solicitó Diego.

—Fue en la cafetería, aquel día que discutimos tu calificación del primer ensayo en mi oficina, me encontraba comiendo, y Angelina estaba con un compañero, te invitó a acompañarlos... cuando te fuiste, ella contó tu historia —confesó la chica bajando la mirada.

—No, por favor, dímelo todo, me alegra que hayas escuchado lo que ella dijo, evidentemente eso cambió tu percepción sobre mí, la siguiente clase me pediste un nuevo ensayo para rectificar la calificación anterior —dijo el chico.

—¡Lo siento tanto! —exclamó ella—. Mi corrección inicial fue injusta, estaba prejuiciada contra ti, me convencí de que eras un niño rico que despilfarraba la fortuna de sus padres saltando de una carrera a otra, tu edad...

—No lamentes el pasado, lo que me importa es que hayas descubierto que estabas equivocada —interrumpió Diego para decir esas palabras.

—¡Y cuánto lo estaba! No tengo palabras para disculparme —admitió Camila avergonzada.

—Disculpa aceptada, tu cambio fue como una brisa de aire fresco que necesitaba sin saberlo; que hayas aceptado mi ayuda para remodelar tu apartamento me hizo inmensamente feliz... pero, por favor, dime qué escuchaste de parte de Angelina.

Camila se dispuso a relatar lo que había escuchado, no reparó en detalles de acuerdo a lo que recordaba; Diego escuchaba ensimismado, la situación era agrídulce. Por un lado, bendijo la imprudencia de Angelina al contar su historia ante un extraño y su hada lo escuchara, pero por otro, confirmó sus sospechas: su ex novia tenía esperanzas de que ellos dos volvieran a estar juntos.

Diego no quiso invertir sus energías en pensar en eso, lamentablemente para Angelina, él ya le pertenecía a otra mujer. Quizás ese término: “pertenecer”, podía molestar a algunas personas, pero él no lamentaba sentir que su vida, su atención y cada uno de sus pensamientos le pertenecían a Camila.

Camila terminó su relato convenciéndose de que Diego no estaba molesto porque ella había descubierto su pasado de aquella manera, más bien se notaba que lo había hecho feliz. Se sintió satisfecha, ya que él le otorgaba una gran cantidad de sensaciones placenteras, le alegraba que ella podía aportar lo mismo para él.

Unos minutos después, ambos acordaron unir sus experiencias culinarias para preparar la cena. A pesar de que Josefina había enviado comida preparada para alimentar a un ejército, los dos prefirieron cocinar con la gran variedad de ingredientes que Diego había llevado. Antes de partir a la playa, el chico había adquirido un extenso catálogo de verduras, hortalizas, frutas, granos y proteínas con la ayuda de su empleada, que les permitirían cocinar una diversidad de platos.

Optaron por preparar una pasta boloñesa, el chico se ocupó de la ensalada mientras ella preparó la salsa. Ambos quedaron satisfechos con el resultado, encantados de que, si aquella relación prosperaba, siempre estarían bien alimentados.

Camila dispuso la mesa decorándola con velas, y una cubertería adecuadamente colocada los acompañaron. A pesar de que la chica no acostumbraba beber alcohol, aceptó tomar un par de copas de vino tinto para relajarse.

La conversación nunca mermó, ambos eran cultos y sobraron las palabras para expresar sus opiniones sobre cualquier tema. Ultimadamente, la sobremesa había agotado su tiempo, Diego la invitó a las afueras del patio trasero, donde el sonido del mar sobrepasaba cualquier otra resonancia. La paz los inundó, y se miraron conscientes de que, en ese momento, estaban en el lugar correcto.

Cuatro tumbonas pertenecían a los Durand, y el chico dispuso que dos de ellas estuvieran una junto a la otra frente a la bahía. Ambos se recostaron en diferentes artefactos, hasta que el chico invitó a su hada a acompañarlo en la de él.

Se abrazaron con cariño, realmente deseaban el contacto del otro. Diego inició un beso, que empezó de manera sutil y tierna, como una especie de agradecimiento hacia la compañía de su ninfa celestial.

Camila entrelazó sus piernas con las de él, apoyando casi todo su cuerpo sobre aquel chico que tantas sensaciones despertaba en ella, sus manos exploraban el cuerpo del otro de manera cautelosa, sus labios experimentaban nuevos roces con sus lenguas.

Aunque ambos estaban nerviosos, los dos sabían cuál era la conclusión de aquella noche: hacer el amor hasta que no aguantaran más.

Se besaron suavemente al principio, luego la pasión aumentó. Diego procuró preguntarle a su ninfa entre susurros y de manera acertada, si estaba de acuerdo con cada uno de sus movimientos. Fue prudente, y preciso como un reloj, sus manos acariciaron sus senos placenteramente.

Camila gemía con cada nuevo toque; inexperta, intentó hacer lo mismo sin estar consciente de que cada uno de sus movimientos excitaba cada vez más a su acompañante.

—Quisiera que nos mudáramos a la cama —susurró Diego temeroso. Estaba consciente de lo que deseaba, pero no quería coaccionar a su hada.

—Vamos —replicó la chica levantándose al tiempo que le extendía su mano a Diego para que la guiara a su próximo destino.

Ella tuvo una visión fugaz de la planta superior, tres habitaciones y dos baños la conformaban, pero Diego se limitó a llevarla a la habitación principal, donde una cama tamaño *king* los esperaba.

Entre caricias cayeron los dos en el lecho, Diego fue paciente y llevó las cosas de manera lenta, permitiendo que la chica se adaptara a cada nuevo placer.

Diego besó sus labios, mandíbula y cuello; ella gemía inconscientemente, nunca había vivido algo parecido, simplemente se dejó llevar.

Ayudados por el otro, se despojaron de sus ropas, en todo momento se besaron. No hubo parte de sus rostros, cuellos y hombros que no fueran besados.

El chico aprovechaba cada momento oportuno para asegurarse de que su hada estuviera conforme de lo que acontecía, aquello excitaba cada vez más a Camila; que Diego buscara su aprobación fue fundamental para lo que estaba ocurriendo.

Ambos quedaron en ropa interior, sus cuerpos estaban entrelazados sensualmente, la mano derecha del chico se deslizó por el vientre de Camila hasta ubicarse entre su entrepierna, suavemente deslizó su dedo por su sexo deliciosamente húmedo; la chica gimió al sentirlo ahí.

Paulatinamente acarició su monte de venus, y en susurros le preguntó si le gustaba. Ella asintió entre gemidos rogándole con sus movimientos que siguiera lo que estaba haciendo, sus dedos sabían lo que hacían, y sus gimoteos le fueron indicando qué hacer y cuándo.

Camila no había tenido nunca un orgasmo, aquella sensación bloqueó sus pensamientos, hizo mover sus caderas de una manera que jamás había experimentado, e hizo estallar sus sentidos explosivamente, provocando que gritara el nombre de Diego a viva voz.

Por unos segundos se avergonzó de su comportamiento, pero él no permitió que pensara mucho en ello acallando su mente con unos besos apasionados.

Diego movió su cuerpo sobre ella, acariciando sus senos con sus labios y lengua se posó sobre ella. Camila supo que había mucho más que sentir de aquella noche, y deseaba más de lo que había recibido. Clavando sus dedos sobre la espalda de Diego, bendijo la posición que habían tomado, sus dedos siguieron jugueteando con su húmedo sexo reavivando aquellos placeres que había experimentado minutos antes.

Besos iban y venían, su ropa interior había desaparecido al igual que la de él; de pronto unas palabras la desorbitaron:

—¿Estás segura?

—Sí, por favor —suplicó ella—; te necesito dentro de mí.

—Déjame ponerme un condón —solicitó él.

—Yo nunca he estado con nadie, me inyecté un anticonceptivo —balbuceó ella.

Diego pensó que iba a explotar de gozo. Ella había decidido días atrás perder su virginidad con él, y eso lo volvió loco de deseo.

Lo que ocurrió después fue una vivencia extrasensorial, los dedos de Diego fueron jugueteando con su entrepierna para asegurarse de que se mantuviera húmeda, cuidadosamente fue deslizando sus dedos por sus pliegos, agasajando su monte de venus, Camila se encontraba sorprendida por la situación, después de aquel orgasmo que sacudió sus sentidos, su cuerpo parecía exigirle más de aquel placer.

—Esto puede que te duela —anunció Diego al posicionarse sobre ella.

—¡Por favor! —suplicó Camila sin saber qué era lo que suplicaba, solo sabía que necesitaba sentir más de lo que sentía.

—¿Estás segura? —preguntó Diego.

—¡Sí! —dijo ella sin estar plenamente consciente de lo que afirmaba.

El dolor inicial le hizo tensarse, a pesar de que se había preparado para ello, sentirlo fue otra cosa, inicialmente, aunque no lo demostró, deseó alejarse de él, pero pocos segundos después, aquel descontento cambió, el éxtasis comenzó a apoderarse de ella, sentirlo dentro de su cuerpo le hizo creer que había encontrado su lugar en el mundo. Una locura, si se detenía a analizarlo, pero no pudo evitar sentir lo que sintió. Su lugar estaba junto a Diego, ser suya, era lo que la hacía sentir completa.

Sus gemidos fueron involuntarios, las embestidas del chico fueron proporcionando oleadas de placer que provocaban sus gritos a pesar de que la avergonzaban, pero su boca parecía tener vida propia, y deseaban expresar lo que su cuerpo estaba sintiendo.

Mientras los movimientos del chico se apresuraban a salir y entrar en su entrepierna, su mente comenzaba a volar entre estrellas e imágenes en blanco que acompañaban un indescriptible placer que dominaba cada esquina de su piel. No lo supo en ese momento, pero un segundo orgasmo sacudió su ser.

Juntos llegaron a la cumbre del placer, y él, caballerosamente, le preguntó si se encontraba bien. Ella respondió sin dudarle:

—Nunca había estado tan bien en mi vida.

Ambos rieron, sus carcajadas aligeraron el ambiente. Él la besó suavemente, y ella descubrió que aquella dulzura no era suficiente. A pesar de que su piel se encontraba irritada, sus entrañas querían vivir aquella experiencia de nuevo.

Tuvo que esperar hasta la mañana siguiente, Diego, agotado por el estrés de esperar por ella durante semanas para robarse su virginidad, cayó rendido en un profundo sueño.

Capítulo XV

Camila abrió los ojos sintiendo el brazo de Diego rodeando su torso, él todavía dormía, y creyó ver una sonrisa en sus labios.

Cuidadosamente se retiró al baño interno de la habitación, esperando no despertarlo mientras realizaba su rutina matutina y tomaba una ducha. El sanitario era espacioso y hermosamente decorado, una gran tina antigua ocupaba gran parte del espectro visual, más que nada, porque era muy llamativa, la cortina que la rodeaba era trasparente, y eso la hizo ruborizarse.

Con las emociones de la noche anterior, ni se había percatado que el chico la había visto desnuda, pero ahora, en la mañana, la perspectiva de que la viera sin ropa le produjo timidez.

—¡Tonterías! —susurró para ella misma.

Bajo el agua caliente comenzó a frotarse un jabón líquido con aroma a lavanda, un golpe de puerta hizo que se sobresaltara.

—Buenos días —saludó ella—. Salgo en unos minutos.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó el chico.

Ella dudó durante unos segundos, era absurdo negarse, no había razones para ello.

—Pasa —invitó Camila.

Diego entró completamente desnudo, ella recordó que así había dormido. Admiró su cuerpo disimuladamente mientras sonreía. El chico no era musculoso, pero su delgado cuerpo estaba bien definido y formado, se notaba que utilizada las máquinas de gimnasio que había visto en su casa.

Él, en cambio, no ocultó su admiración al contemplarla; su hada, aunque pequeña, era la perfección ante sus ojos, su trasero era redondeado y sus senos firmes y proporcionales a su cuerpo. El chico, levantó el dedo un momento para pedirle que esperara, se dirigió al lavabo y se cepilló los dientes sin dejar de mirarla. Ella, para calmar sus nervios, continuó enjabonando su piel.

Unos minutos después, Diego corrió la cortina que rodeaba la tina con sutil lentitud, su sonrisa seductora derribó los temores de Camila en cuestión de segundos, él se acercó para besarla, y ella lo recibió con los brazos abiertos.

El chico tomó una esponja para venerar aquella ninfa que lo volvía loco, ella gimió de placer al sentir el contacto en sus zonas íntimas, pronto las caricias se concentraron en su entrepierna, mientras Diego besaba la punta de sus senos lentamente, entre succiones y sutiles mordiscos, fue aumentando el deseo de Camila por sentirlo de nuevo en su interior.

Él soltó la esponja, y se sentó en el borde de la tina apoyando su espalda de la pared, haló a la chica para introducir sus dedos entre los pliegos de su sexo con movimientos circulares, se entregó a presionar divinamente sobre el monte de venus de su hada, sintiendo como su miembro se endurecía al escuchar los gimoteos que suplicaban mayor satisfacción de su parte.

Aceleró sus caricias, y ella subió el volumen de sus gemidos, aquello que sintió un par de veces la noche anterior, comenzó a ocurrir de nuevo, y cuando estaba a punto de alcanzar la cúspide, él se detuvo.

—No pares, por favor —exigió ella.

—Ven—invitó indicándole que se sentara a horcadas sobre él.

La idea la excitó, y abriendo sus piernas se posicionó sobre su regazo, entre ambos alinearon sus centros de placer, y cuando ella se sentó, sintió como el miembro de su acompañante llenaba por completo la suave caverna que producía tanto goce.

Diego la tomó por las caderas, indicándole cómo moverse, ella se abrazó a su espalda para mejorar su equilibrio, y con fuerza y determinación, se ocupó de que el pene del chico hiciera fricción dentro de ella, sus gritos llenaron el ambiente, llevando el control de la situación, pudo garantizar la velocidad y presión que necesitaba para alcanzar el orgasmo, el cual lograron los dos juntos.

Camila, todavía viendo estrellas, se abrazó con más fuerza del torso del chico apoyando su rostro en su hombro. Él rio deliciosamente.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida—susurró Diego en el oído de la chica, inmediatamente se dispuso a regar besos en su oreja, cuello y hombros.

Camila se arqueó hacia atrás, permitiendo que el chico tomara de nuevo sus senos con su boca, su lengua reinó en sus picos, y luego la acompañaron sus dientes, que rozaron sus pezones produciendo corrientes de éxtasis en todo su cuerpo, sobre todo en su sexo, donde el miembro de Diego se endureció de nuevo. Ella estaba agotada, y él pudo sentirla, así que, con aquellos brazos fuertes y firmes, la colocó de espaldas en la tina para embestirla con un ímpetu que manifestaba todo el deseo que lo consumía.

Una y otra vez entró y salió de la entrepierna de Camila, mientras ella gemía rogándole que no se detuviera, luego le exigió más velocidad, y por segunda vez, llegaron juntos a su meta.

—Sí—repitió Diego—, eres lo mejor que me ha pasado.

—Y tú eres lo mejor que me ha pasado a mí—admitió Camila.

Con el agua cayendo sobre ellos, permanecieron unos minutos abrazados en la bañera con la intención de recuperar fuerzas.

—Tengo hambre—confesó la chica.

—Yo también—replicó Diego—. ¿Cocinamos o salimos a comer?

—Prefiero quedarme aquí, solos, tú y yo—susurró la chica besando al chico, primero suavemente, luego con voraz apetito.

—Voy a perder la cordura contigo, eres demasiado—murmuró él sobre su boca.

Ella se detuvo y se tensó, nunca se imaginó que él pensaría que sus besos estaban de más. Diego se percató del cambio de actitud y se apresuró a agregar:

—Me preocupa porque no comería, ni dormiría, ni haría más nada con tal de recibir todo lo que puedas darme. No me imagino que alguna vez podría cansarme de esto, de lo que siento, de lo que me haces sentir.

Camila sonrió, rozó los labios del chico con los suyos, y le pidió con un gesto que se levantara para ella poder salir de la tina.

Él protestó, no deseaba soltarla todavía.

Prepararon desayuno con música de fondo, risas y palabras de afecto, la paz y el bienestar los embargaba. Al terminar de comer, Diego preguntó:

—¿Qué quieres hacer hoy?

—Mientras estemos juntos, cualquier cosa—replicó ella.

Diego la besó, jugueteó con sus labios y lengua, supo que debía detenerse, Camila era nueva en esto y no deseaba hacerle daño.

—Podemos ir a la playa, tomar sol, bañarnos en el mar... preparemos un refrigerio, y nos

llevamos una sombrilla, toallas, sillas... —dijo Diego.

—¡Eso suena estupendo! —exclamó la chica.

—También podemos irnos con las manos vacías y nos acercamos al club; ahí nos atenderían, no tendrías que hacer nada —propuso el chico.

—Preferiría que estemos solos, ¿podemos quedarnos aquí? Aunque era de noche, ayer la bahía se veía hermosa.

—¡Claro que nos podemos quedar aquí! Deseaba que dijeras eso —admitió Diego.

—Cuando desees algo, dímelo.

—Te deseo a ti —dijo el chico.

—Y yo a ti —replicó la chica cambiando la expresión de su rostro, aunque sentía un poco de ardor en su entrepierna y pezones, quería más de él, deseaba todos los orgasmos que pudiera darle.

Él se abalanzó sobre ella juguetonamente, produciendo que ella chillara de alegría. Diego la llevó al amplio sofá de la sala de estar donde comenzó a besarla apasionadamente.

Se separó de ella por unos segundos para mirarla a los ojos, luego, seductoramente, fue bajando las bragas de la chica bajo el vestido que llevaba puesto, ella le devolvía la mirada con excitante expectativa, él subió la tela de su atuendo, besó sus senos y luego su estómago, ella sintió como su corazón se aceleraba y su sexo se humedecía.

Diego rozó su piel con la lengua, bajó hasta su vientre, abrió las piernas de la chica y posó su boca sobre su monte de venus, succionó suavemente, sintiéndose satisfecho al escuchar el grito celestial de la chica, luego utilizó su lengua para lamerla, una y otra vez intercambiaba succiones por lengüetazos, de pronto la introdujo en su interior, utilizando sus dedos para darle placer en su punto más sensible.

La visión de Camila se nubló cuando fue alcanzado el orgasmo, su espalda se arqueó y sus caderas se movían para aumentar la fricción.

—¡Oh, Diego! —gritó ella.

Mientras ella todavía sentía las oleadas de aquel maravilloso evento, él subió su boca a la de ella para besarla mientras introducía su miembro en su caverna de placer, y con violentos movimientos, que sorprendieron gratamente a la chica, tuvo otro orgasmo que acompañó al de él.

Minutos después se encontraban sobre la arena bajo una sombrilla, Diego preparó una hielera con varias bebidas y una cesta con refrigerios. Tomaron champaña con diferentes quesos y uvas. Ella pronto decidió beber gaseosas sin alcohol, no estaba acostumbrada a beber y no quería emborracharse, él la acompañó en su decisión, mientras más lúcidos se encontraran, más disfrutarían el uno del otro.

Almorzaron unos sándwiches y merendaron unos dulces que había preparado Josefina. Juntos cocinaron la cena, los besos eran sus acompañantes, esa noche la pasión fue más candente, hicieron el amor tres veces antes de caer rendidos en un sueño profundo.

A la mañana siguiente, Diego lamentó no encontrar a Camila en la cama cuando despertó, tampoco estaba en el cuarto de baño, la encontró en la terraza trasera tomándose un café. Su mirada estaba perdida en el océano, parecía triste.

—¡Ey! —llamó él al acercarse—. ¿Todo bien?

—¡Buenos días! —saludó ella con una radiante sonrisa al verlo, se levantó de su silla para lanzarse a sus brazos y besarlo.

—¿Te encuentras bien? —insistió él.

—Mejor imposible, ¿por qué preguntas? —interrogó ella extrañada.

—Me pareció que estabas triste —explicó Diego.

—Lo estoy, un poco, no quiero que acabe el fin de semana. Me gusta estar aquí.

—Podemos quedarnos todo el tiempo que queramos —dijo el chico sonriendo.

—Tengo tantas cosas que preparar para el próximo semestre, y supongo que tú tienes que trabajar y estudiar...

—Este lugar tiene una excelente recepción celular e Internet inalámbrico. Podemos ir a buscar nuestras cosas y quedarnos aquí tanto como lo deseemos. Todo lo que yo tenga que hacer para la empresa, lo puedo hacer desde mi teléfono —propuso el chico.

Ella reflexionó unos segundos manteniendo su mirada en aquellos preciosos ojos marrones.

—Tengo que trabajar con tantos libros y documentos... —empezó a decir la chica.

—Todo lo podemos traer aquí, arriba hay tres habitaciones, puedo adaptar una de ellas para que sea tu área de trabajo.

—¿De verdad?

—Tus deseos, son órdenes —dijo el chico poniendo una rodilla en el suelo para besar el dorso de su mano.

Ella rio exigiéndole que se levantara, él lo hizo y llamó por teléfono a uno de sus empleados para que trasladara un escritorio, una silla ergonómica, impresoras entre otros artículos de oficina.

—¡Diego! ¡Es demasiado! ¡Con mi computadora y mis libros es suficiente! —exclamó Camila.

—Nada es suficiente para ti, quiero que estés cómoda y relajada —refutó él.

—Pero...

—¡Nada de peros! Vamos a vestirnos para ir a tu casa a recoger lo que necesites —interrumpió Diego.

—¿Puedo ir sola mientras tú buscas tus cosas en tu casa?

—¿Por qué? —preguntó él confundido.

—No quiero que nadie de la universidad sepa todavía lo de nosotros, acabas de retirarte y...

—¡Lo que te haga feliz, mi ninfa celestial! —dijo Diego tomando el rostro de la chica para besarla con ternura en los labios—. Enviaré a alguien para que te ayude a cargar las cosas y te recoja.

—Gracias —replicó ella rodeándolo con sus brazos para besarlo.

Las siguientes semanas vivieron una especie de luna de miel, entre trabajo y sexo, se compenetraron de una manera que los hizo suponer que su relación era para toda la vida.

Diego y Camila sintieron todo el éxtasis que el contacto de sus cuerpos podía ofrecerles, ella aprendió una sensación nueva cada día, tenían sus lugares favoritos para hacer el amor: la cama, el sofá de la sala de estar, y exquisitamente, el escritorio de trabajo de la chica. De vez en cuando, él, cuando se percataba de que su ninfa llevaba muchas horas trabajando, la sorprendía con un tentempié, muchas y caricias, además, una candente sesión de sexo. Las palabras al interrumpirla eran siempre las mismas: “*Muero por verte*”.

En una ocasión derribaron el laptop de la chica, y su pantalla se astilló en mil pedazos; al día siguiente, mientras Camila descifraba cómo extraer la información y sacaba cuentas para comprarse otro, un técnico de computadoras apareció en la cabaña con un nuevo equipo y lo

necesario para trasladar toda la data del ordenador dañado al recién adquirido.

Ese día, fue la única vez que discutieron, ella dejó en claro que no estaba dispuesta a ser una mantenida, y que tenía la capacidad de resolver sus problemas, él le afirmó que solo estaba asumiendo su responsabilidad, ya que fue el culpable del accidente y le correspondía enmendarlo. Acordaron que cualquier gasto de esa magnitud, debía ser antes conversado.

De ahí en adelante, todo fue de maravilla, trataron de ocupar su tiempo de manera equilibrada, a veces salían a pasear a la playa o a comer al club de campo cercano.

Una semana antes de terminar su temporada vacacional, debido a que Camila debía retornar a trabajar dos semanas antes del comienzo de clases, se encontraban caminando sobre la arena cuando escucharon la voz de una mujer llamando a Diego.

—Señora Floros —saludó el chico deteniéndose para esperar el aproximamiento de la susodicha, al mismo tiempo, le murmuró a Camila para que solo ella escuchara—: Es la madre de Angelina.

La chica contempló la sonrisa de la mamá de la ex novia de Diego, que se acercaba con una morbosa curiosidad asomada en sus ojos.

—¡Tanto tiempo sin verte! —exclamó la mujer abrazándolo para saludarlo con exagerados besos en ambas mejillas.

—Unos cuantos años —replicó el chico incómodo por los gestos de cariño de la mujer.

—¡Cuéntame! ¿Qué haces por aquí? Pensaba que habías abandonado la cabaña después de que tus padres murieran... ¡Cuánto lamenté su partida! Tú sabes cuánto los quería... ¿Quién es esta hermosa criatura? —preguntó la señora Floros extendiendo su brazo para darle la mano a Camila.

—Camila Cruz, mi novia —dijo Diego evidentemente contrariado.

La chica se sintió disgustada, el chico parecía no querer que supiera quién era ella. No había razones para que escondiera su relación frente a desconocidos, habían tomado las medidas necesarias para que su relación aflorara sin inconvenientes, por lo que no entendió la tensión que experimentaba Diego.

—Señora Floros —interrumpió Diego la cháchara de la mujer que no había dejado de hablar y hacer preguntas sobre su vida—; me da mucha vergüenza no poder seguir conversando con usted, pero tenemos una reservación para cenar y debemos aprontarnos.

—Claro, por supuesto —replicó la mujer. Inmediatamente señaló a su esposo que se encontraba a la distancia conversando con unos amigos—. ¿Dónde van a comer? Quizás podamos acompañarlos.

—Vamos a la ciudad, pero regresamos esta misma noche. Quizás podemos vernos otro día —informó el chico.

—Por supuesto, Dieguito, ya sabes dónde encontrarnos.

Luego de unos besos sonoros en las mejillas de ambos, Camila y Diego se encaminaron de vuelta a la cabaña, ella se encontraba contrariada, él había mentido. No tenían intenciones de ir a cenar a la ciudad, de por sí, habían conversado lo que iban a cocinar. No entendía lo que sucedía, pero cuando se alejaron de la mujer, el chico dijo:

—Mi madre me enseñó desde muy pequeño que me alejara de las personas como la señora Floros: seres que buscan hurgar en la vida privada de los demás. Quien hable de los demás frente a ti, habla de ti frente a los demás.

Camila suspiró aliviada, el chico no buscaba ocultar su relación, más bien, quiso protegerla.

Aquella noche, cocinaron entre risas y besos, una succulenta pasta y ensalada. Bajo la luz de las velas, se dispusieron a conversar para reposar la comida, como siempre, la expectativa del acto

sexual que ocurriría después, los mantenía anhelantes de que el tiempo pasara rápido.

Pero esa en esa velada había algo distinto en el ambiente, Diego se mostraba nervioso, inquieto. Camila pensó lo peor, quizás solo quería que su relación fuera algo pasajero de verano, el estómago se le revolvió, y no pudiendo aguantar más, preguntó:

—¿Qué pasa?

—¿A qué te refieres? —replicó él sobresaltado.

—Algo te preocupa, pareces perturbado —dijo ella.

—¿Qué rápido has aprendido a conocerme! Sí, hay algo que quiero conversar desde hace días, pero no he reunido el valor para hacerlo.

Ella sintió que su alma cayó en el suelo, todo se acabó, mucho antes de lo que esperaba.

—No esperes más —exigió ella—. Dilo de una vez.

—Dame unos segundos, no esperaba que descubrieras mis intenciones.

—¿Cuáles intenciones? No tengo idea qué tramas —dijo ella esperanzada de que su percepción fuera equivocada, y él buscara decir otra cosa que no fuera terminar su relación.

—Hemos vivido unos días maravilloso, ¿verdad? —preguntó él.

—Sí, los mejores de mi vida —admitió ella descorazonada.

—¿No te parece que deberían ser más permanentes?

—¿Qué? —replicó ella confundida; inicialmente pensó que él deseaba dejar de verla, pero en esos momentos se asustó al especular que quizás quería que se casaran. Era muy pronto, no estaba preparada. Su estómago sintió un vacío como si estuviera en una montaña rusa.

—Muy bien, es mejor halar la bandita de un tirón —dijo Diego enderezando su espalda—. ¿Qué opinas de que vivamos juntos?

Camila sintió como si el mundo volviera a su lugar otra vez, no era tan grave como terminar su relación, ni tan complejo como pedir matrimonio, aunque no estaba segura de cómo sentirse al respecto, esto era manejable.

—¿No te parece que es muy pronto?

—Tenemos casi dos meses viviendo juntos, ¿crees que será muy distinto si vivimos juntos en mi casa?

Camila analizó estas palabras recordando lo feliz que había sido las últimas semanas, sería una hipocresía de su parte asumir que algo cambiaría cuando estaba demostrado que convivían muy bien. Josefina era otro tema, pero ella parecía estar encantada de su unión.

—No —admitió ella—. No debería ser distinto.

—Entonces no veo problema alguno —dijo Diego—. Conozco tu opinión en relación a los gastos, no pretendo imponerte que aceptes todo lo que estoy dispuesto a darte, y deseo que cumplas cada uno de tus sueños, los apoyo, y haré todo lo posible para respaldarte para que los cumplas.

—Lo sé —afirmó Camila.

—También debes admitir que, viviendo juntos, no debes preocuparte por gastos tontos como productos de limpieza, entre otros, mi empresa provee muchos de ellos, y tendrías más fondos para ayudar a tu mamá.

—Quisiera que me permitieras colaborar con los costos, no me sentiría bien si te encargas de todo —refutó ella.

—Entiendo que deseas mantener tu independencia, y jamás haría algo que hiciera sentir que no eres dueña de tus decisiones, pero debes saber que, si me lo permitieras, no tendrías que preocuparte de nada —dijo Diego.

—Me preocupa que digas eso...

—Lo sé, lo sé —interrumpió él—. Sé que es importante para ti ser autosuficiente, y deseo que lo seas, pero debes admitir que tengo todos los recursos para que no te falte nada.

—Lo admito, pero no los quiero —insistió ella.

—Muy bien, si acordamos que aportes de tus ingresos para nuestros gastos, ¿considerarías vivir conmigo?

Ella lo observó por unos segundos, pudo percibir su ansiedad, y quiso acallar su angustia, verlo tan preocupado por su respuesta y opinión, le hizo descubrir que, así como él deseaba que ella fuera feliz, ella deseaba lo mismo para él.

—Sí —respondió ella.

Diego se abalanzó sobre ella para besarla, el rostro y cuello de la chica fue cubierto de besos agradecidos.

—Pero hay otras cosas por conversar primero —advirtió Camila.

—Lo que quieras —dijo él lleno de dicha.

—Tienes que darme un par de semanas para adaptarme, mi rutina casa-trabajo-casa es muy importante para mí. Cuando regresemos a la ciudad, quisiera unos días para acoplarme al nuevo semestre y a lo que será mi nueva vida, ¿puedes entender eso?

—¿Dos semanas? ¿No puede ser una sola? —solicitó él decepcionándose al imaginar que pasaría tanto tiempo sin verla en su cama al amanecer.

—Ok, una semana, y mudo mis cosas a tu casa... ¿estás seguro de que Josefina no tendrá problemas al respecto?

—Josefina bailará de gozo cuando sepa que vivirás con nosotros.

Ambos rieron con ganas, se abrazaron, se besaron y pronto se encontraban en el sofá quitándose la ropa.

Diego se sentó en el sofá de la sala de estar para recibirla a ella al sentarse sobre él a horcajadas, se besaron con intensa pasión, él deslizó sus dedos entre sus piernas acariciando sus pliegos húmedos por el deseo, nunca detuvieron sus besos, a excepción de cuando Diego redirigía sus labios a sus senos, donde agasajaba aquellos rosados picos y mordisqueaba para calmar su pasión, finalmente, dirigió las caderas de Camila para que se posicionaran de una manera que le permitiera penetrarla.

Esta era la posición favorita de la chica, una donde ella ejercía el control, ella decidía la profundidad y la velocidad de los movimientos, él disfrutaba que ella supiera exactamente lo que necesitaba para alcanzar el orgasmo, lo cual le satisfacía más de lo que pudiera imaginar, habían aprendido a leer las señales del otro, y siempre buscaban llegar a la cúspide al mismo tiempo.

La luz de la luna llena entraba por los vitrales de las puertas que daban a la terraza trasera, las velas que iluminaron la cena, continuaron iluminando la manifestación del amor que creía entre ellos, abrazados y satisfechos, durmieron en aquel diván que no era más que un testigo de cómo dos personas se enamoraron profundamente.

Capítulo XVI

La despedida no fue fácil, habiendo acordado que se tomarían una semana para adaptar sus estudios, trabajo y nuevas condiciones de vivienda; la idea de no verse por unos días, fue insoportable.

Determinaron que les haría bien un poco de distanciamiento, eso les permitiría pensar en el otro, extrañarse, descubrir cómo se sentirían si no se veían por veinticuatro horas seguidas.

Llegó el lunes de la primera semana de trabajo de Camila, caminó a su oficina con los ánimos elevados, ya no le preocupada tanto encontrarse a Visser, se sentía poderosa, protegida, fuerte. Nada podía derrumbar aquella estabilidad que había alcanzado.

Se sorprendió al encontrar a un oficial de seguridad de la universidad apostado en la puerta de su área de trabajo; Gabriela, la asistente del ala, se notaba inquieta.

—Profesora Cruz —dijo la secretaria—. La esperan en la rectoría, el Decano Visser desea hablar con usted.

—Permíteme dejar mis cosas en mi oficina —replicó Camila.

El guardia impidió su paso, y Gabriela se apresuró a decir:

—Es urgente, debe ir primero a la oficina del decano.

Camila sintió como su corazón dio un vuelco, algo estaba mal. Temblando caminó hacia donde había sido llamada, miles de ideas transitaban por su mente, a pesar de que no sabía la razón por la cual se sentía tan asustada, estaba consciente de que tenía suficientes razones para suponer que algo malo estaba por ocurrir.

La asistente de Visser la dirigió hacia una sala de conferencias donde usualmente se realizaban reuniones importantes. Al cruzar el portal, descubrió que el personal directivo se encontraba esperándola, entre ellos el decano que tanto odiaba, el Vicedecano Claude Allamand, la Directora de Recursos Humanos, Vanessa Ridges, la Consultora Jurídica, una abogada de renombre llamada Adriana Sánchez, entre otros.

—Señorita Cruz, ¡qué bueno que pudo acompañarnos! —exclamó Visser.

El hecho de que la llamara señorita, y no profesora, no escapó de la atención de Camila.

—¿Tendría la amabilidad de tomar asiento? —preguntó la abogada Sánchez.

—Por supuesto —replicó Camila ocultando su angustia.

La chica pensó que iba a morir de vergüenza cuando observó que, en los papeles frente a la Directora de Recursos Humanos, había unas fotografías de ella, desnuda, sentada sobre Diego haciendo el amor en el sofá de la cabaña de playa. Las imágenes fueron tomadas desde afuera, alguien los había espiado desde la terraza que daba a la bahía, y había fotografiado el momento.

La humillación que sentía era indescriptible, la idea de que Visser tuviera fotos de ella sin ropa teniendo sexo con Diego la marearon. Estaba perdida, lo sabía.

—Señorita Cruz —dijo el decano al momento que ella se sentó—. Quizás tendría la amabilidad de explicarnos, o justificarnos, la relación clandestina que mantiene con uno de sus estudiantes.

Camila tragó grueso antes de contestar:

—No es mi estudiante, se retiró de esta institución.

—¿No lo niega entonces? —pregunto el vicedecano.

—No —replicó ella obviando el hecho de que había visto que tenían imágenes de un encuentro sexual entre ella y Diego.

—No hay mucho que decir entonces —intervino Vanessa, la directora de recursos humanos—. Si usted admite que estableció una relación inapropiada con un estudiante, sabe muy bien cuáles son las consecuencias.

—No estoy admitiendo una relación inapropiada con un estudiante —replicó Camila—. Nuestra relación inició este verano, luego de que él terminara sus estudios aquí.

—Algo difícil de creer considerando las calificaciones que le otorgó mientras fue su alumno —intervino Visser.

—¿A qué se refiere? —preguntó Camila dirigiendo una mirada de odio al decano.

—Su primer ensayo no fue tan sobresaliente en comparación con otras cátedras cursadas, luego, le aceptó un nuevo ensayo y le aumentó su promedio —dijo la abogada Sánchez, obviamente informada.

—Sí, mi primera calificación fue injusta y le di otra oportunidad, si leen sus trabajos, y admiten que no es la primera vez que doy una segunda oportunidad a uno de mis alumnos, descubrirán que fue justa y que no tengo nada que lamentar. Les repito, nuestra relación inició este verano —justificó Camila.

—¿Si nosotros admitimos sus oportunidades? —refutó Visser—. Nosotros no somos los que estamos en tela de juicio aquí, señorita Cruz; es usted quien se ha comportado de manera inmoral.

Camila pensó que iba a estallar de la rabia, aquel hombre, un acosador sexual, tenía las agallas de juzgar su comportamiento.

—Creo que muchos en el profesorado son testigos de mi profesionalidad y mi eficacia como profesora y estudiante, no entiendo por qué dudan de mi palabra —dijo Camila conteniendo la rabia que la consumía.

—Eso no excluye alguna inmoralidad de su parte, señorita Cruz —agregó Allamand—. ¿También va a negar que el señor Durand estuvo en su apartamento durante un fin de semana?

Camila deseó que la tierra se la tragara, todo se prestaba a malinterpretaciones, en el fondo, había besado a Diego mientras ella era todavía su profesora, eso no había afectado en sus calificaciones, él había abandonado la clase antes de que entregara otro ensayo, pero no podía negar por completo que hubiera roto las reglas.

—No, no lo niego. Pero nada indecente ocurrió aquellos días, el profesor Visser me reasignó otra vivienda, la del profesor Popos, las condiciones eran insalubres, me trasladé a “Hogares Durand” debido a que sus precios eran asequibles, y me encontré con el señor Durand en su tienda, todo fue inocente, él ofreció su ayuda y yo la acepté. Cualquiera de los vecinos puede ser testigo de los ruidos de aquel fin de semana, en el edificio D, todo se escucha —aclaró ella.

—¿Por qué no solicitó ayuda a su departamento? Si las condiciones de su vivienda no eran aptas, sabe que existen mecanismos y presupuestos para remodelar los alojamientos de los profesores —dijo la directora de recursos humanos.

Camila supo en ese momento que estaba perdida, cómo explicar su experiencia con Visser, cómo explicar que su acoso sexual la había llevado a solucionar el estado de aquel apartamento por sus propios medios.

—Era fin de semana, contaba con un presupuesto para resolver de manera inmediata y no dudé en tomar las riendas. El olor era insoportable, todos conocen la historia de Popov, no podía

esperar al lunes —explicó Camila.

Un tenso silencio invadió el salón, Camila supo que sus explicaciones no eran suficientes, habían tomado una decisión mucho antes de que ella llegara.

—Sus palabras no tienen sentido, todo indica que su comportamiento es inaceptable. Le recomiendo que pacíficamente firme una carta de renuncia, y acepte que su vida como miembro de esta facultad, acabó —dijo la abogada Sánchez.

—Es una decisión injusta, considerando que no he actuado de manera errada —instó Camila.

—No hay nada que hacer —agregó Visser—; esta mañana envié un memorándum informando a las universidades del país su deplorable comportamiento. Todo está decidido, firme la carta y retírese aceptando su derrota.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó Camila.

—¿A qué se refiere? —preguntó la abogada Sánchez.

—Si firmo, o no firmo esa carta, ¿encontraré un espacio en otra universidad? —preguntó Camila.

—Lo dudo —respondió el vicedecano Allamand.

—Entonces no tengo más nada que hacer aquí —replicó la chica saliendo de aquel lugar; su vida estaba arruinada, y no había salvación.

En el corredor que la llevaba fuera del edificio, observó que Angelina se encontraba en una de las bancas del área administrativa, ambas intercambiaron miradas, ambas supieron el rol que tuvieron en lo que acababa de ocurrir.

No fue muy difícil descifrar la línea de tiempo de los acontecimientos que acabaron su carrera: la madre de Angelina le informó a su hija que Diego estaba con alguien en la cabaña, Angelina se acercó y tomó fotos de sus momentos íntimos con su ex novio y entregó las imágenes a la universidad.

La ex novia de Diego parecía satisfecha, le mantuvo la mirada hasta que Camila salió del edificio para dirigirse a su oficina, entonces volvió a encontrarse con el oficial de seguridad y comprendió, que si no iba a seguir sus estudios y carrera en ninguna institución, no le hacía falta nada de lo que estaba ahí.

Caminando a su apartamento para buscar sus cosas, Camila pensó en llamar a Diego.

¿Para qué?, se preguntó.

Él se sentiría culpable, e infructuosamente trataría de enmendarlo. No importaba la cantidad de dinero que tuviera, esto no tenía solución. La respetabilidad de Visser, por muy inmerecida que fuera, era intocable.

Camila se encontró con otro guardia frente a la puerta de su apartamento; por lo menos tuvieron la delicadeza de otorgarle unas cajas para recoger sus cosas. Esta vez no había personal de mudanza, todo lo debía recoger ella sola.

Caviló durante todo el tiempo que recogía sus pertenencias: sí, se había enamorado de Diego, pero, ¿qué futuro les deparaba?

Él lograría su meta, y ella, se convertiría en una mujer mantenida. Su resentimiento crecería cada día, sería imposible ser felices.

Obviamente nunca le faltaría nada, ni a ella ni a su madre, pero Camila tenía más expectativas de la vida, verlo triunfar mientras ella se limitaba a ser un ama de casa le destruiría su autoestima. No había manera, ni forma, que su relación funcionara.

No podía culparlo por lo que había ocurrido, los celos de Angelina, y Visser, eran los responsables, pero eso definiría su interacción futura. Debía aceptar que toda su vida en aquella

ciudad había terminado: su carrera, sus estudios, su vivienda y su relación.

Todavía quedaban unos días pagos del asilo de su madre, eso le daría suficiente tiempo para conseguir un trabajo en su ciudad natal y sacarla de ahí. No podría costear los cuidados de su progenitora otorgados por terceros, de ahora en adelante debía ocuparse ella. Tendría la responsabilidad de conseguir un trabajo que le otorgara los suficientes ingresos para pagar un alojamiento, comer, y que alguien se ocupara de su mamá mientras ella trabajara. Sería difícil, pero no imposible.

Durante un buen rato pensó cómo manejaría su rompimiento con Diego, bendijo la fortuna de nunca delatar su lugar de origen, no tendría manera de encontrarla si ella desaparecía, pero quiso explicar sus razones antes de irse.

Se sentó resignada a que debía escribir una carta que diera todo por terminado de manera contundente. No fue fácil, pero después de varios borradores, consideró que había alcanzado su objetivo.

Fue cariñosa y concisa en su escrito, demostró su agradecimiento en cada palabra. A pesar de que adoraba todo lo que había vivido con él, una unión entre ellos, era imposible. Había perdido su trabajo y sus posibilidades de seguir estudiando en instituciones respetables, no era su culpa, le reafirmó al chico en su escrito, simplemente las circunstancias los obligaban a distanciar sus caminos. Todo había terminado.

Camila se dirigió a la oficina postal de su zona, y envió la carta que había escrito a Diego suponiendo que le llegaría en un par de días. Luego se dirigió a una sede de su compañía telefónica, donde se desprendió de su “*sim card*”, y cambió su número telefónico por otro para no ser localizada.

Con sus pertenencias recogidas en cajas, utilizó parte de sus mermados ahorros para pagar un camión de mudanza y largarse de aquella ciudad para siempre.

Capítulo XVII

Camila llegó a aquel pueblo abandonado en el medio de la nada con el alma deshecha, le tomó un par de días conseguir trabajo en la pequeña biblioteca ubicada cerca de la plaza central. La consideraron una bendición, debido a que la bibliotecaria era una señora muy mayor que necesitaba retirarse y nadie quería ese puesto, el sueldo era miserable.

Una antigua vecina la acogió en un pequeño anexo que había construido cuando su hijo se casó, pero quien años atrás, tomó otros rumbos y se largó de aquel lugar para no volver. Clara, la dueña de la casa, les tenía mucho cariño, contaba con unos pequeños ahorros con los que vivía holgadamente, y le pidió una renta minúscula para ayudarla, también se ofreció a cuidar a la madre de Camila, le tenía mucho cariño y agradecía la compañía.

La chica lloró en su hombro aliviada por la propuesta, con el pago que tendría, no le hubiera alcanzado para pagar una cuidadora para su progenitora, sin embargo, tampoco le alcanzaba para comer, por lo que tuvo que buscar un segundo trabajo. Lo encontró a los pocos días como cajera en la pequeña tienda de una de las dos gasolineras de la insignificante población.

Una semana después de haber sido despedida de la universidad, estaba establecida y coordinando la mudanza de su madre, cuando su teléfono sonó, era Alexandra, la administradora del lugar de su antiguo empleo como profesora.

—¿Camila? —preguntó Alexandra.

—¿Quién es? —replicó la chica asustada, no le había dado su número a nadie más excepto a sus empleadores y a su nueva casera desde que había cambiado la línea.

—Alexandra —se identificó la administradora.

—¡Hola! ¿Todo bien? —había olvidado por completo que también le había dado el número a ella.

—Hay una persona tratando de averiguar tu paradero, pensé que desearías saberlo.

—¿Qué persona? —curioseó Camila.

—Parece un investigador privado, se nota que hay dinero de por medio, logró tener acceso a Recursos Humanos, tus nuevos datos no han sido actualizados en el sistema, me corresponde a mí hacerlo, este hombre se apersonó a mi oficina. Le dije que me llamara mañana.

Camila supo inmediatamente que debía ser alguien contratado por Diego.

—Por favor, por favor; no le des a nadie mi nuevo número ni digas que regresé a mi casa —suplicó Camila agradeciendo de nuevo la buena fortuna de nunca revelarle al chico cuál era su lugar de origen, no se lo ocultó intencionalmente mientras estuvieron juntos, simplemente, no se presentó la oportunidad de nombrarlo.

—Puedo llevarme la carpeta a mi casa y decir que la extravié —susurró Alexandra.

—¡Gracias! ¡No sabes cuánto te lo agradezco! —exclamó Camila.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien? —preguntó la administradora.

—Sí, gracias, ¿cómo estás tú?

—Muy bien... Me pareció tan terrible todo, Camila, no es justo lo que pasó, hay descontento al respecto, algunos no creen lo que dicen, te conocen. La campaña de desprestigio que ha liderado

Visser contra ti...

—Gracias por llamar, Alexandra —cortó Camila—. Perdóname, pero estoy trabajando. Debo colgar.

—¡Oh! Lo siento, espero que todo salga bien. Ya guardé la carpeta en mi bolsa.

—Muchísimas gracias, Alexandra, de nuevo, te agradezco con todo mi corazón lo que estás haciendo por mí.

—Cuando quieras, estoy aquí para ti.

Camila ocultó su rostro entre sus manos, no deseaba saber absolutamente nada sobre la universidad, ni de Visser; ¿para qué? Todo había acabado, y mientras más tiempo pasara lamentándose por lo ocurrido, menos probabilidades tenía de avanzar. Debía dejar su pasado atrás.

El turno nocturno como cajera era de ocho a dos de la mañana, a esa hora, contaba con la buenaventura que su compañero de trabajo la llevaba a su casa; aunque el pueblo era relativamente seguro, ya que todos se conocían, caminar de madrugada sola por las calles le daba terror.

Habían pasado once meses, y había perdido la cuenta de cuántas veces había llorado por la pérdida de Diego, más nunca abrió sesión en su cuenta de correo electrónico, canceló todas sus redes sociales, se convirtió en una persona totalmente inaccesible fuera de aquel lugar oscuro que le recordaba las miserias que le hizo vivir su padre.

Dormía solo cuatro horas, debía levantarse a las 7:30 de la mañana para preparar su almuerzo y llegar a tiempo para abrir la biblioteca a las nueve. Luego salía a las cinco de la tarde, pasaba un rato con su madre y a las 7:30 de la noche, caminaba hasta la gasolinera.

Casi, todos los días tenía la misma rutina, todos los días se sentía agotada, y a toda hora extrañaba a Diego.

Leía muchísimo, eso sí, y en ella renació la idea de cumplir uno de sus sueños: escribir textos sobre filología. Fue tramado cómo debía crear un contenido perfecto para que pudiera lograr publicarlo con un seudónimo. Quizás alcanzaría el éxito, y empezaría de nuevo su vida lejos de ahí.

Un domingo, que salió a pasear con su madre a la plaza para que tomara aire, y se comieran un helado, llegó con deseos de acostarse temprano a dormir.

—¡Camila! —llamó Clara desde su ventana.

La chica subió la mirada con cansancio, realmente adoraba a su casera, pero ese día no quería saber nada de nadie.

—¡Ven! ¡Tienes que ver esto! —exigió la mujer.

Camila subió la escalera del porche arrastrando sus pies, su madre iba colgada de su brazo.

Se sentaron en la sala, donde Clara había dispuesto chocolate caliente entre otras golosinas.

—Me imagino que debes estar con ganas de acostarte, cariño —dijo la mujer sentándose junto a ellas mientras tomaba al control remoto del televisor para encenderlo—. Trabajas demasiado, pero estoy segura de que esto te interesa.

Camila sintió curiosidad, la pantalla desprendió sus colores, y un comercial de una tienda de repuestos de autos dejaba oír su atorrante jingle.

De pronto, inició un programa de reportajes que transmitían todos los domingos a las siete de la noche. La despampanante rubia que lo conducía, apareció vestida elegantemente, de pie en uno de los jardines de su universidad diciendo:

“Esta noche, en ‘Secretos Oscuros Al Descubierto’, revelaremos la historia de cómo un decano, y sus colegas cercanos, acosaban a jóvenes profesoras para obtener favores sexuales”.

Camila ahogó un grito, de pronto las imágenes cambiaron, y la reportera apareció en una habitación que parecía un cuarto de seguridad con pantallas cubriendo sus paredes; las sillas y decoración parecían las de una sala de estar.

“Utilizando sus posiciones de poder, instalaron cámaras para espiar a sus víctimas. Las escenas que verán a continuación, son de contenido fuerte, se sugiere discreción, los rostros de las implicadas fueron borrados para preservar su privacidad”

Los videos a color y con sonido mostraban baños y oficinas, Camila se reconoció en algunos de ellos, su cuerpo desnudo saliendo de una ducha fue desdibujado, y la rabia y la humillación la consumieron por dentro. Agradeció que la mente de su madre siempre estaba en lugares lejanos, y no fuera testigo del atropello que sufrió.

La reportera continuó hablando, en esta ocasión se encontraba en el corredor de las oficinas de algunos profesores.

“Hablares con testigos y profesores que nos mostrarán un mayor panorama de cómo el decano, el vicedecano, entre otras autoridades de esta universidad, fueron los responsables de una red de mentiras, sexo y video”.

Las imágenes volvieron a cambiar, esta vez vio a Jackie tras una pantalla de computador diciendo en una videoconferencia:

“Fui testigo de acosos cometidos por Visser, pero cuando quise denunciar la situación, forzaron mi retiro”

Camila sintió como su estómago se revolvía y su cuerpo temblaba, no supo qué sentir, finalmente Visser había caído en la desgracia cómo merecía, pero había sido demasiado tarde, ya ella lo había perdido todo.

La reportera habló de nuevo desde el cafetín donde muchas veces comió con Diego y sus amigos.

“Hablares con algunas de las víctimas, con las que estuvieron dispuestas a hablar y con las que encontramos, pero estamos seguros de que son más, y las invitamos a dar un paso al frente y contarnos su historia”

Las sombras de algunas mujeres dieron frases en el resumen principal del programa que estaba por venir, sería una edición especial, normalmente duraba una hora, pero por la gravedad del asunto, y la cantidad de material obtenido, esta vez duraría dos horas. Camila pensó que no tendría la fortaleza para verlo todo, pero a medida que pasaban los minutos, más se concentraba en escuchar.

Clara guardaba silencio enviando miradas de compasión hacia la chica, era una vieja sabia, aunque Camila nunca le relató qué había ocurrido, ella sospechaba que nada bueno había sido, cuando vio los comerciales del reportaje, asumió que su joven inquilina había sido acosada.

Cuando la programación estaba por terminar, descubrió que todo se supo porque el decano había acosado a una nueva profesora que no le importó ser despedida y lo denunció a la policía. A pesar de que los agresores tenían contactos con las autoridades y trataron de acallarla, ella tenía

un primo camarógrafo que trabajaba para la reportera del programa, cuando la periodista empezó a indagar, todo salió a la luz. Ahora, los implicados estaban en prisión enfrentando graves cargos y pronto sería su juicio, excepto Visser, que había muerto de un infarto.

Su reacción fue agridulce, por una parte, se alegró de que estuviera vivo para atormentar a nadie más, pero por otra, lamentó que no se enfrentara a la justicia.

Cuando todo hubo acabado, y el mismo jingle de la tienda de repuestos comenzó a atormentarla, abrazó con fuerza a Clara dándole las gracias, le dio un par de besos en cada mejilla, y se retiró con su madre para irse a dormir.

No pudo conciliar el sueño, dio vueltas en su cama desorientada, ¿por qué todo aquello no pudo pasar un año atrás? Ella no se merecía lo que había pasado, cosas malas les pasaban a personas buenas, y eso era muy injusto.

Su despertador le avisó que eran las 7:30 de la mañana y debía levantarse. La vida continuaba, y ella debía seguir viviendo en aquel hueco que a veces la ahogaba, y no había nada que pudiera hacer al respecto sino trabajar arduamente en su libro para intentar salir de ahí. Contar su historia no cambiaría el hecho de que se había involucrado con Diego, que existían unas fotos de ellos haciendo el amor, y que su reputación estaba dañada.

A las ocho de la mañana alguien golpeó su puerta, a esa hora Clara llegaba para hacerle relevo; su madre todavía dormía, pero se asustaba si no veía a nadie en la casa.

Camila abrió el portal y su corazón se detuvo: Era Adriana Sánchez, la abogada de la universidad.

—Buenos días, profesora Cruz —saludó la recién llegada vestida con un elegante traje. Un carro lujoso y su chófer estaban en las afueras—. ¿Me permite unos minutos de su tiempo?

—Camila, ¿todo bien? —preguntó Clara acercándose.

—Sí, Clara, gracias —replicó la chica—. Yo te aviso cuando termine.

—Si necesitas algo, me llamas —dijo la mujer lanzando una mirada de advertencia a la abogada.

Camila invitó a pasar a Adriana, no pasó por alto que la había vuelto a llamar ‘profesora’ y no ‘señorita’, entonces se apresuró a cerrar la puerta del cuarto de su madre para que no la despertaran, la recién llegada paseó la mirada por el recinto con rastros de asco en sus gestos.

—Debemos hablar en tono bajo —advirtió Camila.

—Por supuesto —replicó la abogada—. Supongo que sabe por qué estoy aquí.

—Supone mal —dijo la chica—. No entiendo su presencia en mi casa.

—¿No vio el reportaje que transmitieron anoche?

—¿“*Secretos Oscuros Al Descubierta*”? Sí, lo vi —admitió Camila.

—Sabemos que la profesora London fue testigo de una falta de Visser hacia usted —dijo Adriana.

—¿Se refiere al intento de violación? ¿Cómo lo sabe? Jackie no me mencionó en el programa.

—Tenemos registros de su denuncia el día que se retiró —explicó la abogada.

—El día que forzaron su retiro, quiere decir —corrigió Camila de nuevo.

—¡Por favor, profesora Cruz! Es cuestión de semántica, de percepción. Todo puede ser malinterpretado y eso es lo que buscamos evitar —señaló Adriana.

—No entiendo qué hace aquí, señorita Sánchez, pareciera que quisiera convencerme de que las cosas sucedieron de manera distinta a la realidad —acusó Camila.

—No es esa mi intención, discúlpeme si le di esa impresión. Estoy aquí para tratar de enmendar un error, queremos compensarle.

—Sigo sin entender —replicó Camila cruzándose de brazos.

—Estamos dispuestos a otorgarle una cantidad de dinero...

—No me interesa su dinero —interrumpió Camila—. Mi silencio no será comprado.

Realmente no tenía ningunas intenciones de contar su experiencia con Visser, pero los propósitos de la abogada hirvieron su sangre.

—No es un soborno, profesora Cruz, es una compensación por los meses que han transcurrido desde su injusto despido...

—El dinero no va a compensar haber perdido mi carrera —cortó Camila de nuevo.

—Por favor, déjeme hablar. Escuche mi propuesta completa, creo que será de su agrado —solicitó la abogada.

—Lo dudo —murmuró Camila indignada.

—Sabemos de la condición de su madre, y estamos dispuestos a ocuparnos de sus gastos, de cubrir los costos para que se aloje en la institución de su escogencia. Adicionalmente, deseamos que regrese a trabajar, volver al profesorado de la universidad, pero esta vez, con un cargo titular y los beneficios correspondientes. Por último, nos comunicaremos con todas las entidades a las que Visser envió documentación para ensuciar su nombre, aclararemos que fue una retaliación porque se negó a acostarse con él. Listo, esa es la propuesta.

Camila abrió los ojos como platos, como pudo, disimuló su sorpresa, su cabeza daba vueltas... ¿un cargo titular? Eso era trabajo de por vida, jamás le habían dado esa condición a alguien tan joven. La universidad estaba desesperada, de eso estuvo segura.

—¿A cambio de qué? —preguntó Camila.

—No lo vea como una imposición, véalo como una cortesía mutua, usted regresa a trabajar y cumple sus sueños y metas, y la universidad no es demandada por usted.

—¡Ah! —entendió Camila.

Nunca se le hubiera ocurrido demandarlos, el dinero no le importaba, pero la conducta de Visser era un secreto a voces que muchos callaron, eso los hacía cómplices. Podría hacerles la vida un infierno si desataba una querrela pública.

—Es un acuerdo bastante generoso —agregó Adriana—. Todos salimos beneficiados, usted recupera su carrera y sus estudios, nosotros recuperamos un activo valioso: su profesionalidad es beneficiosa para nuestra institución, su enseñanza es valorada por muchos, y cuando termine sus estudios, sus logros serán un reflejo de que seguimos siendo una universidad respetable y exitosa.

Camila lo pensó unos segundos, aceptar la propuesta era como darles una bofetada a todas las víctimas silentes, no se sentía bien al respecto.

—No, gracias —negó Camila abruptamente.

—Profesora Cruz, sea razonable, recuerde que entabló una relación con un estudiante, eso no se vería bien en un juicio. Los litigios de carácter sexual son feos, todo sale a la luz, todo se presta a las interpretaciones que le dan los abogados —insistió Adriana.

—Lo sé, pero estoy segura de que Diego Durand dirá la verdad, que nuestra relación empezó el verano luego de que se retiró de la universidad, será la palabra de un estudiante brillante, empresario responsable y filántropo, contra la de un viejo verde, un depredador sexual —replicó Camila.

—Recuerde que tenemos material, declaraciones, podemos hacer de esto un proceso engorroso —agregó la abogada.

—Eso no cambia el hecho de que ese material fue adquirido cuando el señor Durand ya no era estudiante de la universidad —dijo Camila.

—Todo será cuestión de óptica, podemos ensuciar su postura, hacer dudar al jurado, puede que corramos con suerte, puede que no; pero no queremos arriesgarnos. Dice que no le importa el dinero, ¿qué pasara si pierde? Igual quedará sin su carrera, sin sus estudios y pobre; le recomiendo que recapacite y nos ahorre meses de litigación —recomendó Adriana.

La cabeza de Camila analizaba cada palabra y calculaba sus opciones, de pronto, una luz alumbró su mente, y una idea salió de su boca.

—Muy bien acepto la oferta y no demandaré a la universidad con una condición, la universidad creará un departamento que se ocupará de, anónimamente y profesionalmente, escuchar las denuncias de estudiantes y profesores que sufren de acosos sexuales... no me diga que para eso existe la seguridad universitaria, sabe muy bien que no atienden los casos como deberían. El departamento que exijo, debe tener por lo menos cinco psicólogas especialistas en el tema, y yo supervisaré que todo marche sobre ruedas —demandó Camila.

—Profesora Cruz, no creo que la directiva apruebe un presupuesto para eso...

—Yo me ocuparé de eso, puedo conseguir voluntarias y donaciones —interrumpió Camila sin pensarlo, no tenía ni idea de cómo lo lograría, pero de que conseguiría la manera, la conseguiría.

—Sabe que así no se manejan las cosas, hay protocolos implementados —replicó la abogada.

—Obviamente esos protocolos no funcionan, nunca, ninguna mujer debería estar en la posición de temer denunciar un abuso porque una figura de autoridad puede destruir su vida. ¡Por favor, señorita Sánchez! ¡Usted es mujer! ¡Debería estar de mi parte!

La abogada escuchó como la madre de Camila abría la puerta para salir despeinada con un pijama desgastada, sintió compasión por la mujer, merecía algo mejor que aquel lugar.

—Deme unos minutos —dijo Adriana sacando su celular del portafolio mientras salía al exterior para hacer una llamada.

Camila estuvo inquieta mientras le preparaba desayuno a su progenitora, pensó en que de repente había terminado de arruinar todo, ella no estaba dispuesta a demandar a la universidad, no tendría la fuerza para atravesar un juicio donde buscarían humillarla, y no estaba segura de que Diego quisiera involucrarse. Lo abandonó sin darle la oportunidad de que la hiciera cambiar de opinión, no sabía cuan dolido estaba, no sabía si la odiaba.

Adriana Sánchez entró de nuevo a la casa casi una hora después, y sin mucha demora anunció:

—Muy bien, el departamento será creado, usted se encargará de contratar al personal y el financiamiento de su operación.

—Perfecto —replicó Camila conteniendo las ganas de gritar y saltar de felicidad.

—No podrá hablar de su experiencia con Visser, ni demandar a la universidad.

—Mientras pueda evitar que a otras le pase lo mismo, no me importa. No puedo cambiar mi pasado, y Visser está muerto —admitió Camila.

—Muy bien, solo tiene que firmar este documento...

—¿En ese papel aparece la creación del departamento de asistencia a la mujer? —preguntó Camila.

—¿Ya le puso un nombre? No, fue redactado con antelación, no habíamos hablado de eso —dijo Adriana.

—Cuando esté incluido, firmo todos los papeles que quiera.

La abogada sonrió, no lo supo hasta ese momento, pero Camila le agradaba.

—Ok. ¿Cuándo podemos esperarla en la universidad?

—Dentro de unos días, necesito avisar a mis empleadores actuales y darles oportunidad de conseguir mi remplazo, no puedo abandonarlos así. Luego de que firmemos, necesitaré otros días

para mudar a mi madre.

—No hay problema, la esperamos entonces —dijo Adriana ocultando su satisfacción. Sí, le agradaba Camila. Extendió una tarjeta hacia ella para agregar—: Tome mi número, puede llamarme cuando quiera.

—¿Desea un café? —preguntó la chica sintiéndose hospitalaria.

—No, gracias. Debo regresar ya.

Mientras observaba cómo la abogada caminaba en su auto, una duda asomó en su cabeza, por lo que preguntó:

—¿Cómo supo dónde vivía?

—Gracias a Alexandra... no fue fácil, solo cuando supo que le ofrecería recuperar su trabajo, fue que me dio la información que necesitaba... ¡Testaruda esa! —explicó ella soltando una carcajada.

Camila recordó que eran amigas, muchas veces las vio conversando.

—Señorita Sánchez —agregó la chica recordando otro asunto importante—. Las fotos...

—Hablares con la estudiante que las tomó —explicó Adriana—. Deberá mostrar pruebas de que todas las imágenes fueron borradas, y firmará un documento donde asegurará no mencionar el tema o quedará registrado en su archivo permanente, que invadió la privacidad de un profesor, lo cual es un hecho penal... pero, si prefiere que tomemos medidas más drásticas...

—No, no hace falta. Es suficiente si las fotos desaparecen.

Ambas se despidieron con una inclinación de cabeza.

Al cerrar la puerta, Camila abrazó a su madre con fuerza estallando de alegría, llamó a Clara para contarle la buena nueva, y para preguntarle si podía cuidar a su madre mientras finiquitaba el acuerdo. La mujer aceptó ayudar complacida; aunque lamentaba perder su compañía, estaba convencida de que la chica merecía una mejor vida.

Mientras caminaba a la biblioteca para coordinar la búsqueda de un remplazo, pensó en Diego, no podía creer que lo vería de nuevo, quizás ya se había desamorado, quizás ya estaba con otra persona, quizás no la perdonaría. Pero no quiso pensar en eso en ese momento, lo único que importaba, es que lo volvería a ver.

Capítulo XVIII

Dos semanas habían pasado desde que Camila había retomado su trabajo y estudios en la universidad, todos los días pensaba en Diego y no conseguía reunir el valor para buscarlo. Se sentía avergonzada por la manera que había terminado su relación, y asustada de que la rechazara.

El ambiente de trabajo no había cambiado mucho, los mismos que siempre la apoyaron y creían en su valor, le sonreían cuando la veían; los que dudaban de su integridad, murmuraban a sus espaldas. La actitud de Camila al respecto tampoco había cambiado, agradecía el apoyo e ignoraba a los mal hablados.

Nadie mencionaba a Visser y a sus cómplices en las agresiones sexuales, era como si nunca hubiera ocurrido. Su nueva oficina era una de las mejores, se encontraba en un área privilegiada. Las habladurías al respecto eran desagradables, sobre todo porque algunos envidiaban que una persona tan joven hubiera alcanzado un cargo tan respetable e excepcional para alguien de su edad.

En su cuenta bancaria, apareció el monto de once meses de sueldo de su nuevo salario como profesora titular. Cuando llamó por teléfono a Adriana, para comunicarle que tanto su oficina, como el dinero, eran innecesarios; la abogada la interrumpió antes de que terminara de decir lo que quería:

—Te lo mereces, no lo discutas.

No pudo hacer nada al respecto, a pesar de que causaba rencillas con algunos de sus colegas.

El departamento de Asistencia a la Mujer fue instalado en el ala oeste del edificio de administración, aquel que había sido remodelado gracias a la generosidad de Diego, eso no ayudaba a dejar de pensar en él. Ocupó su tiempo libre en buscar al personal que lo conformaría, y ubicar fundaciones que estuvieran dispuestas a financiarlo.

Finalmente, luego de hospedarse en un hotel por esas dos semanas, le asignaron una vivienda: una de las casas exclusivas para los profesores con mayor antigüedad en la universidad. Tampoco pudo lograr que le otorgaran otra residencia; cuando llamó a Adriana de nuevo, y le explicó que era demasiado grande para ella, la abogada le dijo lo siguiente:

—Ahora cuentas con los medios para solicitar un crédito y comprarte tu propia casa si lo deseas, la decisión es irrevocable, si no deseas vivir ahí, tienes todas las posibilidades de adquirir el hogar que más te plazca.

La abogada tenía razón, podía comprar su propia vivienda, su posición en la universidad y sus ingresos eran permanentes, el profesor que ocupaba su cargo antes que ella, perteneció al grupo de acosadores sexuales de Visser; ahora ella era una figura importante en el Departamento de Estudios Literarios, su capacidad académica, y que fuera mujer, era una ventaja para la institución y ella lo sabía.

Su primera noche en su nueva residencia, la pasó en la computadora visitando portales que mostraban casas disponibles en el área, y tiendas de muebles donde podría comprar todo lo que necesitaría para amueblarla.

Pero nada le gustaba, la idea de un hogar donde vivir permanentemente estaba grabada en su

mente: la casa de Diego era el único hogar que realmente deseaba.

Tomó el celular varias veces con la intención de escribirle. No se atrevía a llamarlo, ya que un rechazo escrito sería menos doloroso que escucharle decirle que no quería saber nada de ella; sin embargo, cada palabra que escribía le parecía insuficiente para expresarle cuánto lamentaba su comportamiento al desaparecer de su vida, cuánto lo extrañaba y cuánto deseaba estar con él.

No pudo enviarle nada, soltó el teléfono frustrada. Buscó una botella de vino que le habían regalado a su regreso, se tomó un par de copas y se acostó a dormir.

Ese fin de semana se encontraba inquieta, durante la semana había adelantado buena parte de su trabajo y prácticamente no tenía nada que hacer, rebuscó en sus apuntes y documentos el proyecto literario que había iniciado; escribir sus textos de filología sería una gran distracción, pero no podía concentrarse, ya que Diego era dueño de sus pensamientos, se había alojado en su cabeza y ella no se encontraba en la disposición de expulsarlo.

Sintió hambre, y tomó la decisión de salir a comer, debía despojarse de aquella costumbre de limitarse cualquier gusto para ahorrar dinero, ahora tenía las posibilidades de disfrutar de los placeres que se le antojaran, ella nunca fue materialista, ir a un restaurant no debía considerarse como un despilfarro.

Tomó un taxi hasta aquel restaurant de comida china donde había compartido alguna vez con Diego, lo extrañó una vez más, y sintió que su corazón se detuvo cuando lo vio sentado de espaldas en una de las mesas. No le hacía falta ver su rostro para saber que era él.

Pensó en irse, pero supo que esta era una oportunidad que debía aprovechar, el destino había dispuesto que lo viera, y ella sintió que no debía negarse a descubrir cuáles eran sus sentimientos respecto a ellos. Se acercó a la mesa temblando de pies a cabeza, mucho más cuando lo encaró.

—Hola —saludó Camila.

Diego supo que era ella antes de levantar su mirada de la pantalla del celular, se encontraba relejendo la *Iliada*, no solo porque les recordaba a sus padres, sino porque le recordaba a su hada.

—Hola —saludó él. La expresión de su rostro era indescifrable.

—¿Te molesta si me siento contigo? —preguntó ella encogiéndose por dentro esperando una negativa.

El tardó unos segundos en responder, Camila contuvo sus ganas de salir corriendo.

—Puedes sentarte si lo deseas —dijo él llamando con un gesto al camarero que lo estaba atendiendo para que su ninfa celestial pudiera ordenar su comida. Él tampoco había solicitado nada todavía, llevaba tres cervezas, indeciso de su elección. Aquel lugar le recordaba a ella, pero no podía evitar seguir yendo.

Los siguientes minutos se sintieron como una tortura, el tiempo que tomó leer el menú y escoger algunos platos fueron como momentos perdidos por el desespero que sentía Camila por expresarse, disculparse, convencerlo de que la perdonara; sin embargo, un rato después de que el empleado se retirara a indicar el pedido a la cocina, ambos guardaron silencio al no encontrar las palabras adecuadas para hablar.

La tensión entre ambos se podía cortar con un cuchillo, la falta de comunicación era insoportable, la comida llegó, y ninguno podía comer.

—Diego —dijo ella finalmente—. No sé qué decir, esa es la verdad, hace un año pensé que estaba actuando de la mejor manera, hoy en día me arrepiento. He debido hablar contigo, dar la cara, escuchar lo que desearas decir sobre lo que me estaba ocurriendo.

De nuevo, Diego se tomó unos segundos para responder, ordenó las ideas en su mente antes de

hablar:

—Desapareciste, eso no estuvo bien.

—Lo sé, no sé qué decir para que sepas cuánto lo lamento, no sé qué hacer para que me perdones —replicó ella.

—Regresaste hace semanas, ¿cuánto tiempo hubiera pasado para que me dijeras esto si no me hubieras encontrado aquí? —preguntó él.

Camila había decidido, desde que supo que volvería a la universidad, que sería totalmente sincera con él cuando lo viera, entonces dijo:

—Soy una cobarde, lo admito. Sentía vergüenza, y miedo. Estoy consciente de que, si no quieres saber más nada de mí, tendrías razón.

—Pensaba que no volvería a verte. Supe que habías vuelto por los anuncios de la universidad sobre su renovada imagen: nuevos rectores, nuevos profesores. Han invertido mucho en relaciones públicas, vi tu imagen y tu nombre, no pude hacer nada al respecto. Obviamente no querías verme, perdiste todo por mi culpa, y no me diste la oportunidad de enmendarlo —reclamó el chico.

—¡Eso no es cierto! ¡Moría por verte! ¡No sabía cómo! —exclamó Camila.

—Sabes dónde vivo, sabes dónde estudio, tienes mi número telefónico, aunque hiciste todo lo posible para que yo no tuviera el tuyo.

—Sé que es difícil de entender qué no sabía cómo reunir el valor para confrontarte, pero te extraño, todos los días. Todo me recuerda a ti, todo me hace pensar en ti, lamento que no tenga la capacidad de cambiar el pasado. Deseo que me perdones y no sé cómo lograrlo —explicó ella.

—Tienes razón, no lo entiendo —replicó Diego—. No hay manera de que entienda que quisieras verme y no hicieras nada para lograrlo; yo jamás me hubiera detenido hasta lograr verte. No tuve otra opción, no me dejaste otra opción; pero si lo que quieres es mi perdón, lo tienes. No te guardo ningún rencor.

—¡Diego! ¡Por favor! ¡Créeme que soy sincera cuando te digo que te extraño, que deseo que me perdones de verdad, que muero por verte todos los días! —suplicó la chica.

—Lo siento, Camila. No, no puedo creerte. Me hiciste daño, y no lo merecía. No te odio. Eso te lo garantizo —dijo él.

—No es suficiente —susurró Camila lamentando sus palabras, no tenía derecho a exigir que volvieran a estar juntos.

—Tienes algo que ver con el escándalo de la universidad, ¿verdad? Alguien te hizo daño. Las fotos de Angelina no fueron las únicas responsable de tu partida, ¿cierto? —dijo Diego.

Ella no se sorprendió de que supiera el motivo de su despido, había contratado un investigador privado para buscarla, y consciente de su decisión de contarle toda la verdad, no dudó en decir:

—Algo así —la chica tragó grueso antes de continuar—: La razón por la que me reasignaron un apartamento, la razón por la que tuviste que ayudarme a reacondicionar mi nueva vivienda, fue porque Visser, el decano, tenía una obsesión conmigo, intentó sobrepasarse en varias ocasiones, siempre lo rechacé, pero una noche llegó borracho a mi casa, y...

Camila guardó silencio al recordar aquella noche, las palabras se atragantaron en su garganta, las lágrimas se asomaron en sus ojos, y las contuvo para que no se deslizaran por sus mejillas.

—Si no te sientes cómoda hablando de eso, no quiero forzarte —dijo Diego mostrando suavidad por primera vez aquella tarde. Sus palabras fueron sinceras.

—No, no —replicó ella sacudiendo su cuerpo para liberarse de sus demonios—. Quiero que lo sepas todo, quiero que entiendas.

—No —insistió Diego—. No me pongas a mi primero que tus sentimientos. Una mujer no debe

ser forzada a nada por beneficio de otro.

Ella deseó abalanzarse en sus brazos, ¡qué gran hombre! No lamentaba su reacción respecto a Visser, lamentaba no haberle dado la oportunidad de apoyarla.

—Decirte todo, es algo que QUIERO hacer —enfaticó ella.

—No quiero que revivas algo que te hace infeliz —dijo él.

—Seré más feliz cuando sepas lo que ocurrió.

Él asintió, si su ninfa celestial deseaba contar su historia, él estaría ahí para escucharla, suavizó sus gestos para animarla a continuar, y ella lo hizo:

—Fue espantoso, su olor, sus palabras, su cuerpo presionando el mío contra la pared cuando traté de alejarme...

Diego apretó los puños bajo la mesa, lamentó que aquel hombre hubiera muerto y no pudiera hacerle pagar el daño que causó, Camila continuó hablando:

—No puedo afirmar que hubiera pasado si Jackie... la profesora London... mi vecina, no hubiera percibido mi tono asustado a través de la pared y se hubiera apresurado a tocar mi puerta. Ella me salvó, y al día siguiente, cuando intentó denunciarlo, la forzaron a retirarse, la amenazaron, tuvo que irse, me aseguró que la verdad saldría a la luz, y cuando la contactaron para entrevistarla para el reportaje que estaban haciendo sobre el tema, no dudó en participar, no sé si lo viste, dijo casi todo lo que sabía.

—Sí, lo vi, tuve una corazonada de que estabas involucrada, me pareció ver tus imágenes borrosas en las grabaciones de esos pervertidos —admitió el chico.

Camila se sonrojó por la humillación, nunca se le ocurrió que Diego pudiera reconocerla como lo hizo ella, bajó la mirada apenada.

—Camila —llamó Diego obligándola a mirarlo—. Lo que sentí al reconocerte, fue una rabia que no sabría describir, deseé asesinarlos, a todos. Fuiste víctima, no culpable.

Ella asintió para continuar su relato:

—Hablé con Jackie hace unos días, es una persona maravillosa, agradezco todo lo que hizo por mí.

—Si tuviera la oportunidad, yo también lo agradecería... lo que me cuesta comprender, es que parecía que muchos de los que, en teoría, no estaban involucrados, sabían o sospechaban la situación y no hicieron nada —dijo Diego.

—¿Cómo explicar tantas injusticias en el mundo? Temor, conveniencia, desinterés...

—Fueron cómplices —interrumpió Diego.

—Yo también lo fui al permanecer callada —dijo ella.

—¡No se te ocurra pensar, ni por un momento, que tuviste alguna responsabilidad por las acciones de esos enfermos! —exclamó Diego furioso.

Ella se encogió, nunca lo había escuchado tan molesto. Él se apresuró a disculparse:

—Lo siento, no es mi intención que sientas mi ira por la situación, mi rabia está dirigida hacia los perpetuadores, hacia más nadie.

—Visser buscaba una excusa para castigar mis rechazos, y Angelina le dio una en bandeja de plata —replicó Camila.

—No sabes lo mal que me he sentido por eso, cuando lo supe, pensé que iba a explotar, me sentí responsable —dijo él.

—Tú no fuiste responsable —afirmó Camila.

—Con el tiempo lo entendí, así como entendí que merecía un mejor trato de tu parte. Creí haberte demostrado que podías apoyarte en mí, me hiciste dudar sobre la claridad de mis

intenciones... no me malinterpretes, sé que fue una situación complicada, pero me abandonaste y, creo, que yo no actué mal, y salí perjudicado en un escenario donde yo no tuve la culpa.

—No te malinterpreto —admitió Camila—. Fue una situación imposible para ambos.

El silencio reinó de nuevo, como un tirano que los obligó a mantenerse inmersos en los pensamientos de cada quien. Habían llegado a una calle sin salida, los dos estaban bastante claros de la postura del otro:

Camila, estaba arrepentida, era entendible que ocultara su mala experiencia con Visser, pero evadió apoyarse de la bondad de Diego, y lo abandonó sin darle ninguna oportunidad de ser su soporte y ayudarla a lidiar con toda la situación.

Diego, entendía el silencio de Camila sobre su acoso sexual, pero fue profundamente herido por su abandono y que le arrebatara la posibilidad de arreglar su situación laboral y económica.

No había más nada qué decir, habían llegado a un impase, ambos lo supieron.

Luego de unos minutos, en los cuales ambos se mantenían silentes frente a la comida fría, Camila sacó un papel de su cartera donde escribió su número telefónico para entregárselo a Diego y decirle:

—Si quieres hablar conmigo... o verme; estoy disponible.

Se marchó de aquel lugar con lágrimas en los ojos. Caminó varias cuadras hasta que logró tomar un taxi que la llevara a su casa.

Esa noche, cuando estaba llorando inconsolable en su cama, la chica recibió un mensaje de Diego:

“Muero por verte”.

Capítulo XIX

Camila pensó que su corazón no iba a soportar la felicidad al leer el mensaje, sus dedos recorrieron la pantalla de su celular para redactar una respuesta, sin embargo, se detuvo, borró las letras escritas y se dispuso a prepararse para salir.

Los recuerdos de lo ocurrido más de un año atrás la hicieron sonreír; se depiló, acicaló y perfumó para salir.

Vistiendo un vestido que había comprado para un coctel de bienvenida que la universidad organizó para todo el profesorado al inicio del semestre, solicitó un taxi para dirigirse a casa de Diego, si moría por verla, ella lo complacería. Si no se encontraba, Josefina le abriría la puerta, y si la mujer no estaba ahí, esperaría en el porche el tiempo que fuera necesario.

Estaba preparada, llevaba una muda de ropa en su bolsa y un libro para leer, aquel mensaje era una señal de esperanza y se iba a aferrar a él como a un salvavidas en medio del mar.

Las luces encendidas de la residencia de Diego le hicieron suponer que había alguien en casa, eran las once de la noche, pero no le importaba el decoro y las buenas costumbres en ese momento, sin embargo, tuvo la delicadeza de no tocar el timbre, se sentó en uno de los asientos del porche y, finalmente, luego de unos largos minutos de indecisión, respondió el mensaje de Diego escribiendo:

“Estoy afuera de tu casa”.

Camila escuchó pasos resonantes en el interior de la residencia, ubicó cada sonido: primero el de alguien, que supuso que era Diego, bajando de la planta superior al vestíbulo, luego, los movimientos de unas llaves que abrieron la puerta, por último, la respiración de Diego al verla.

Ella no dudó en abrazarlo, se dispuso a besarlo apasionadamente, sus labios recordaron el camino preciso para seducir la boca de su amado. Se sorprendió a sí misma al aceptar que lo amaba. Sí, era su amado, lo amaba, estaba enamorada de él. Era evidente. Supo, por el recibimiento que tuvo, que él la amaba de la misma manera.

La chica se dispuso a demostrarle cuánto lo extrañaba, y agradecía que la vida le diera otra oportunidad con él, rodeó la espalda del chico con sus brazos utilizando sus dedos para rozar la piel bajo la remera que llevaba puesta. Diego la levantó del suelo, permitió que ella rodeara su cintura con sus piernas, y en esa postura, la subió a su habitación. Las palabras eran innecesarias en ese momento, ambos estaban conscientes de que solo querían amarse, más nada. No hacían falta aditivos, ni complementos.

Camila cayó sobre sus espaldas sobre la cama, su vestido facilitaba el acceso a las manos de Diego, quien se dispuso a desnudarla inmediatamente. La chica quedó en ropa interior; él no estaba listo para dejar de adorar aquel cuerpo que tanto extrañaba.

Con la chica acostada en su lecho, bajó su cabeza hasta sus pies, rozó sus labios en sus tobillos, recorrió la piel de sus pantorrillas y muslos, hasta llegar a su entrepierna, sobre la tela de sus bragas, aspiró aquel olor celestial. Ella convulsionaba de placer, cada caricia la acercaba aquel lugar que le hacía olvidar que el resto del mundo existía, y le hacía creer que solo Diego era la única vida existente en el planeta.

El chico utilizó su nariz para rozar el centro de su placer sobre la braga que se interponía, ella desesperada, movía sus caderas exigiendo más. Negada a que siguiera jugando con sus ansias, Camila se dispuso a desprenderse de su ropa interior, y sin pudor alguno, abrió sus piernas y tomó la cabeza de Diego para enterrarla en su sexo.

Él rio complacido, su anhelo lo excitó aún más, utilizando su lengua como arma de sumisión, se dispuso a absorber y lamer los pliegos de su vagina, succionó su monte de venus provocando gritos que reclamaban más intensidad, sus manos se alzaron para alcanzar las puntas de sus senos, sus dedos pellizaron sus pezones provocando que corrientes de placer recorrieran cada terminación nerviosa de su cuerpo, su mente observó un campo blanco que le indicaba que estaba a punto de alcanzar el clímax, su garganta gritó su nombre cuando llegó el orgasmo.

El cuerpo de Camila todavía convulsionaba de gozo cuando sin pensarlo se sentó y con rápidos movimientos guio a Diego a la cama, lo acostó y bajó su cabeza hasta su miembro erecto, su boca deseó agradecer todo lo que había experimentado, abriendo sus labios introdujo su pene lo más que pudo, succionó, lo lamió y besó sintiendo que el chico gemía complacido, sintió como aquel órgano pulsaba bajo sus sentidos, supo que estaba a punto de acabar, cambió su postura y se sentó a horcadas sobre él, con la ayuda de sus manos lo colocó en el lugar preciso, lo invitó a su interior y gritó dándole la bienvenida.

Diego deseó llevar el control de la situación en ese momento, la deseaba demasiado, estar dentro de ella era lo más cercano a la gloria que había conocido. Sus manos fuertes tomaron sus caderas e invirtió la posición, la colocó a ella sobre su espalda y la embistió con fuerza; la apasionada violencia con la que entraba y salía producía sonidos en la chica que despertaban cada sentido de su cuerpo.

Ambos exclamaron su deleite al llegar al orgasmo en sincronía, Camila sintió como sus ojos asomaron unas lágrimas de felicidad, lo besó con intensidad, lo abrazó con fuerza, le susurró al oído que lo amaba.

—Yo también te amo —replicó Diego besando su cuello y sus labios.

—Perdóname —murmuró Camila.

—Ya todo pasó —dijo él.

—No imagino mi vida sin ti —admitió ella.

—Moriría si no te veo —admitió el chico.

Ella rompió en carcajadas de felicidad mientras besaba cada parte que su postura le permitía, su boca, mejillas, orejas, cuello.

Unos rasguños anunciaron la exigencia de los gatos que se negaban a dormir fuera de la cama de la que estaban acostumbrados.

Diego se levantó y abrió la puerta para permitir que Tito y Cleo entraran a la habitación. Los mininos utilizaron sus agraciados movimientos para apostarse en el lecho junto a ellos, no les importó si eran bienvenidos o no, aquel lugar les pertenecía, y un par de humanos no iban a privarlos de su derecho.

Camila se abrazó al chico que tanto extrañaba, feliz de sentir que estaba con quien consideraba que había alcanzado todo lo que deseaba en la vida. Los gatos se acurrucaron entre ellos.

—Sabes que no puedes desaparecerte de nuevo, ¿verdad? —preguntó Diego rodeando el cuerpo de su ninfa con sus brazos.

—Prometo que nunca pasará algo similar, cualquier evento que me perturbe, será compartido contigo —aseguró ella.

—Tus promesas deben exceder eso que dices, no puedes huir cuando algo este mal; la vida no

es justa, no es perfecta, problemas ocurrirán todo el tiempo. Debes estar consciente de que somos uno, y que lo que le afecte a uno, le afecta al otro —dijo el chico.

—Lo sé, he tenido el tiempo para pensar mucho. No quiero caer en repeticiones, pero quisiera que comprendieras que dudé de mis acciones una y otra vez, no quise ser una mantenida. Sabía que me recibirías en tu casa, que te ocuparías de mi madre, y que tendría estabilidad, pero resentiría no poder estudiar y trabajar, y eso no sería tu culpa. Hubiera sido injusto darte esa carga —explicó Camila.

—Solo te pido que no vuelvas a asumir cuál sería mi respuesta ante alguna situación, de haber sabido lo ocurrido con Visser, hubiera utilizado todos los medios posibles para exponerlo y recuperar tu vida. No te culpo por acallar tu experiencia, sé que es algo personal y que cada agraviado debe denunciar a su agresor a su manera y en el tiempo que esté preparado, pero no me diste la oportunidad de ayudarte, y eso me dolió —dijo Diego.

—Lo sé, y lo lamento. Te aseguro que la comunicación abierta contigo será mi filosofía de vida, aprecio tu comprensión, me hace feliz que estemos juntos. Ya nada más importa, y si estás dispuesto a que, de ahora en adelante, seamos honestos entre nosotros, y realmente intentemos que nuestra relación funcione, daré todo lo que tengo para que seamos felices.

Diego la observó por unos segundos, rozó los labios de su hada con entregada ternura, y luego preguntó:

—¿Me harías el honor de ser mi esposa?

—Muero por ser tu esposa.

Ondrea Lion[®]

[Instagram . Facebook](#)

@ondrealion

[Twitter](#)

@Ondrea_Lion

[ondrealion.blogspot.com](#)